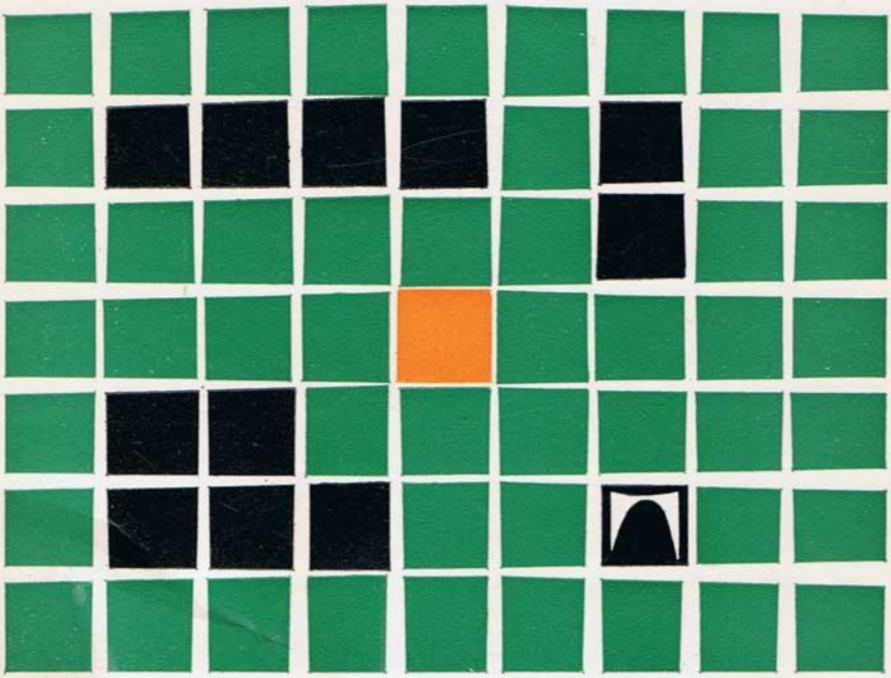
Historia y Crítica

Introducción a la metodología histórica

P. Salmon

teide



Pierre Salmon
Profesor de la Universidad Libre de Bruselas

HISTORIA Y CRÍTICA

Introducción a la metodología histórica

Traducción de
David Romano
Catedrático de la Universidad de Barcelona

Presentación de
Manuel Riu
Catedrático de la Universidad de Barcelona

EDITORIAL TEIDE / BARCELONA

Obra galardonada con el
premio de traducción «Fray Luis de León» 1973,
concedido por el Ministerio de Educación y Ciencia.

Primera edición: 1972
Segunda edición: 1978

Título original:
HISTOIRE ET CRITIQUE
© 1969 by Éditions de l'Institut de Sociologie de l'Université Libre de Bruxelles

Derechos de la edición en castellano
© 1972 Editorial Teide, S. A.
Viladomat, 291 - Barcelona - 29
ISBN: 84-307-7318-5 Printed in Spain

Gràfiques Universitat, S. A. - Arquímedes, 3 - Sant Adrià
Dip. Leg.: B-35.611-78

Printed in Spain

PRESENTACIÓN

Hace unos dos años, el Instituto de Sociología de la Universidad Libre de Bruselas, con el patrocinio del Ministerio de la Educación Nacional y de la Cultura de Bélgica, y en su colección de publicaciones de Sociología general y filosofía social, editó el volumen de Pierre Salmon Histoire et critique, *precedido por un breve prefacio de Henri Janne, presidente del Colegio Científico del mencionado Instituto de Sociología.*

Cuando el volumen, impreso en Bruselas en 1969, llegó a mis manos, hube de sentir que no estuviera al alcance de todos nuestros estudiantes y pensé en la posibilidad de traducirlo; hablé de ello a mis amigos Jorge Rubió Lois, director técnico de Editorial Teide, y David Romano Ventura, catedrático de la Universidad de Barcelona. Me constaban las preocupaciones metodológicas de ambos y no ignoraba que el doctor Romano estaba elaborando una metodología destinada a los investigadores jóvenes. Interesarles por el libro de Pierre Salmon no resultó difícil, puesto que los dos advirtieron el interés que podía ofrecer para la formación de un espíritu de trabajo científico en nuestros universitarios, e hicieron suya la propuesta de traducirlo a la lengua castellana.

Pierre Salmon, nacido en Lieja en 1926, doctor en Filosofía y Letras, estudioso en varios países europeos, africanos y asiáticos, profesor en distintos centros universitarios belgas, especialista en historia antigua y atento a la historia contemporánea, a la vez que viajero incansable, investigador y vulgarizador, era, como ha observado Henri Janne, un hombre especialmente preparado para llevar a cabo la empresa de presentar el quehacer intelectual y los principios que deben caracterizar el trabajo del historiador a quienes se preparan para la tarea de historiar, faceta de la cultura humana que se halla en el cimiento de nuestra civilización. Y para explicar, en fin, dicho quehacer y hacerlo con claridad, de forma sistemática y práctica.

Pierre Salmon acredita en su libro las cualidades de síntesis y no es el primer historiador belga en hacérnoslas saborear. Su obra no surge de la nada, ni se escribió con precipitación. Es el fruto de numerosas lecturas, anotadas con cuidado. Acaso alguien piense que no es excesivamente original. Pero creemos que, en este caso, no puede reprochársele. Porque lo que intenta Pierre Salmon es facilitar al estudiante el acceso a los logros de una muy nutrida bibliografía —en la cual no faltan los nombres de Raymond Aron, Henri Berr, Marc Bloch, Lucien Febvre, Léon-E. Halkin, Louis Halphen, Pierre Harsin, H. I. Marrou, Charles Morazé o René Sédillot, entre otros muchos— que aprovecha y cita puntualmente.

Su probidad científica se atestigua precisamente en la mención continua de los trabajos de sus colegas. Una obra colectiva parece haberle atraído en particular, la dirigida por Charles Samaran, con el título L'Histoire et ses méthodes *(Encyclopédie de la Pléiade, París, 1961). El grosor del volumen y la disparidad de los importantes estudios monográficos reunidos en esta obra hacían necesaria una labor de síntesis que la convirtiera en legible para los espíritus jóvenes sin una preparación o un tiempo suficientes para asimilar bien sus múltiples hallazgos. Pero, al propio tiempo, no resultaba fácil resumir en pocas palabras la doctrina de los maestros que, desde los tiempos de un Bourdeau, de un Langlois o de un Seignobos hasta la actualidad, se han preocupado por la ciencia histórica, sin traicionar su pensamiento.*

En la coordinación de ideas y sugerencias muy diversas y en la estructura de esta síntesis estriba la principal originalidad de Pierre Salmon. Desde las nociones y conocimientos más indispensables para iniciar el trabajo histórico, el autor se adentra en la investigación documental y en el aprovechamiento de las disciplinas auxiliares, para remontarse luego a exponer con rigor el método crítico y, por último, la síntesis histórica. Ninguna idea básica escapa a su atención y muchas orientaciones son fruto de la circunspección de un hombre que, inscrito en los postulados de la historia total, cree en su utilidad aunque no se le ocultan los problemas planteados por la objetividad.

El apoyo de la objetividad en la experiencia personal y en las realidades actuales, dependerá mucho de la riqueza de una y otras. En todo caso, la historia es una ciencia perfectible y en constante perfeccionamiento que cada vez se va aproximando más a la verdad. Acaso, pensando en la necesidad de enriquecimiento de la autenticidad histórica, cabría no olvidar que la crítica puede llegar a ser excesiva —convirtiéndose en hipercrítica— con lo cual perdería su base y razón de ser. Y que el historiador, sin que pueda con facilidad sustraerse a su escuela, a su formación o a su método de trabajo y a su realidad ambiente, y sin

que deba rechazar la experiencia de su propia época, ha de saber mirar al pasado sin clisés preconcebidos, guiándose de la intuición que no es pura imaginación, sino fruto maduro de su propia madurez mental y de la amplitud de sus conocimientos sobre la época que está estudiando y reconstruyendo, sin recrearla distinta de cómo fue.

En pocas palabras, el libro de Pierre Salmon puede constituir una guía muy estimable para quienes busquen en la historia la aproximación a la objetividad científica.

La síntesis de Pierre Salmon está pensada, sin lugar a dudas, para los estudiantes belgas. Su traducción requería, pues, una adaptación. Con excesiva frecuencia se vierten a la lengua castellana obras extranjeras sin pensar en la adecuación al lector de habla hispana. Y el carecer de esta adecuación, a menudo difícil, las hace sólo medianamente útiles. De aquí que al pensar en traducir este libro se estudiara también su posible adaptación. En este caso hacerla resultaba muy delicado porque, como verá el lector atento, el autor expresa unas ideas muy concretas sobre las traducciones, que no cabía traicionar en su propio libro.

Creemos que, por fortuna, Editorial Teide ha sabido soslayar tales inconvenientes entregando el original, para su traducción, a una persona que no podía ser más idónea: el doctor David Romano. Para cuantos le conocemos desde hace muchos años —desde nuestra época de estudiantes— y nos honramos con su amistad, no es ningún secreto la escrupulosidad con que lleva a cabo el menor trabajo.

El doctor David Romano Ventura, nacido en Estambul en 1925 y nacionalizado español, catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Barcelona, historiador, hebraísta y poliglota, investigador nato y enamorado de la perfección, colaborador muy directo del profesor Jaime Vicens Vives en la estructura y normativa de «Indice Histórico Español» y primer secretario de redacción de esta revista de crítica bibliográfica, traductor de obras científicas de varios idiomas, aceptó el encargo por su vocación metodológica y pienso que lo ha llevado a feliz término con la honradez que le es propia, buscando interpretar siempre con la máxima fidelidad el pensamiento del autor y el de los restantes autores citados por éste.

La traducción, como hemos anticipado, para ser verdaderamente eficaz requería una adaptación cuidadosa. Se ha realizado con un cuidado extremo. Cuando ha sido preciso añadir algún concepto o precisarlo, se ha hecho incluyendo entre paréntesis rectos cuanto se ha añadido. Se han sustituido por otros, buscando su equivalencia, aquellos ejemplos incluidos que, por pertenecer a detalles de la Historia de Bélgica o a particularidades de la lengua francesa, podían carecer de significación para el estudioso hispánico; pero se han conservado todos los que tienen

plena vigencia por su carácter más general. Se han señalado las traducciones castellanas de las obras relacionadas en la bibliografía y, en cambio, en el texto, se restituyeron a su lengua originaria títulos que el original traducía al francés. Las normas de fichaje de obras y artículos de revista se han puesto de acuerdo con la normativa de «Indice Histórico Español». Poco más se ha innovado, por estimar que los añadidos excesivos podían desfigurar el pensamiento del autor y el contenido de su obra.

Acaso alguien se pregunte por qué una obra de iniciación metodológica para la historia se ha de traducir del francés y no se ha escrito directamente en español y por autores de lengua castellana. Ya hemos indicado que el propio traductor tiene escrita una metodología de carácter práctico que va a publicar en breve. Por otra parte, no es la primera obra de carácter metodológico que se traduce de otras lenguas —baste recordar por el momento la bibliografía que se incluye al final del volumen— y es de desear que tampoco sea la última. Pero tal vez no resulte ocioso mencionar aquí algunos ejemplos que muestran que la preocupación por la metodología no es nueva entre nosotros. Sin pretender ahora, en pocas palabras, hacer historia de las obras de metodología españolas, quisiéramos relacionar algunos trabajos cuyo conocimiento puede rendir aún buenos servicios al joven investigador español que se inicie en este quehacer.

Para no remontarnos más allá de nuestro siglo, y limitándonos a consignar que entre los eruditos de los siglos XVII y XVIII hubo ya figuras de relieve en este campo, conviene no ignorar, aun viniendo de un mundo científico en cierto modo distinto, obras de la talla humana de las Reglas y consejos sobre la investigación científica *de Santiago Ramón y Cajal († 1934), que son un claro indicio de la persistencia de una preocupación metodológica. Esta obra de 1897, discurso de ingreso en la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, con el título* Los tónicos de la voluntad, *se ha reeditado ocho veces en la Colección Austral (Madrid, [8]1963) después de haber sido reimpresa en 1898 y publicada en tercera edición en 1912.*

Limitándonos al campo estricto de la historia, baste relacionar aquí las Cuestiones modernas de historia *de Rafael Altamira (Madrid, 1904), las* Cuestiones históricas, Metodología *de Antonio y Pío Ballesteros (Madrid, 1913) o la* Metodología y crítica históricas *de Zacarías García Villada (Barcelona, [2]1921), por citar algunos viejos ejemplos. En particular el último, entre sus dos ediciones de 1912 y 1921, ejerció una considerable influencia en la adecuación metodológica de los historiadores hispánicos de la generación de anteguerras. Cuando apareció por primera vez, en 1912, llevaba un título mucho más revelador del contenido:*

Cómo se aprende a trabajar científicamente. Lecciones de metodología y crítica históricas. *En su segunda edición se simplificó el título, pero se añadieron unas ciento cuarenta páginas a las doscientas cuarenta iniciales.*

Entre las obras de carácter práctico de la posguerra, recordemos las Normas de transcripción y edición de textos y documentos *elaboradas por la Escuela de Estudios Medievales del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (Madrid, 1944), la* Metodología científica general (compendio) *de Narciso García Garcés (Madrid, 1945), pequeña introducción metodológica destinada en particular a la investigación de ciencias eclesiásticas, reimpresa en 1958, y los* Esquemas de metodología *de José Vives (Barcelona, 1947) que con el título* Normas de metodología para el trabajo científico *(Madrid, 1967) han vuelto a reimprimirse, prescindiendo de la primera parte. Ireneo González Moral en su* Metodología del trabajo científico *(Santander, 1955) proporciona también consejos y normas útiles para los estudiantes.*

Los distintos tratados y manuales de Javier Lasso de la Vega que enseñaban a manejar la bibliografía y las fuentes, hasta mostrar Cómo se hace una tesis doctoral *(Madrid, ²1958), han tenido su culminación en el* Manual de documentación. Las técnicas para la investigación y redacción de los trabajos científicos y de ingeniería *(Madrid, 1969) y a la vez han encontrado una simplificación en la* Guía para la redacción y presentación de trabajos científicos, informes técnicos y tesinas *de Prudenci Comes (Barcelona-Vilassar de Mar, 1971), obra en la cual el estudiante puede aprender a estructurar y presentar un primer trabajo de investigación.*

Al lado de estas obras de carácter práctico, tampoco han faltado otras, mucho más teóricas, que ahondaron en la interpretación filosófica o epistemológica del quehacer histórico, desde El conocimiento histórico y el científico *de Pedro Font y Puig (Barcelona, 1945), en que reivindicaba —como otros muchos lo han hecho— la categoría de ciencia para la historia, hasta la* Teoría del saber histórico *de José Antonio Maravall (Madrid, ³1967), ensayo en el cual se proponía hallar respuesta a la doble pregunta acerca de la esencia de la historia y del papel que desempeña en nuestra vida, o hasta la* Introducción a la historia *de Juan Reglá (Barcelona, 1970) quien, con estilo coloquial y con finalidad didáctica, reflexiona sobre el trabajo científico del historiador en el marco de las ciencias humanas. En la breve orientación bibliográfica con que concluye esta última obra, podrá el lector de habla castellana seleccionar otras lecturas.*

No queremos insistir ahora sobre la producción hispana en el campo conceptual de la historia y en la interpretación de su esencia, objeto

y sentido, porque lo creemos innecesario para la finalidad del libro y es hora ya de que el estudioso que tiene este volumen en sus manos deje de leernos a nosotros y empiece a leer a Pierre Salmon, a través de la fiel versión que hemos de agradecer a David Romano. Nuestro mayor deseo es que la lectura le resulte provechosa y agradable, a la vez que le sirva de acicate para nuevas búsquedas en el fértil campo de la metodología histórica y de estímulo para avanzar con mayor seguridad por el camino de la propia investigación.

MANUEL RIU

INTRODUCCIÓN

Para Jacob Burckhardt «el estudio de la historia constituye la ocupación más digna del hombre culto»[1]. En cambio, para Paul Valéry «la historia es el más peligroso de los productos elaborados por la química del intelecto»[2]. Jules Romains, más agrio aún, considera que es «un amasijo de hechos (casi siempre odiosos y absurdos, reducidos a una brutalidad elemental), un entramado de circunstancias que resultan ilegibles sin lentes especiales, una sucesión de movimientos contradictorios cada uno de los cuales enmascara o anula el anterior; en resumen: un vacío repleto»[3].

Pero si la historia ha sido siempre admirada o desacreditada, no es posible prescindir de ella: la condición humana se define por la historia. Es a la vez memoria colectiva, lucha contra el olvido, conciencia de la duración, permanencia en el tiempo[4] y profunda necesidad de la humanidad, porque es necesaria para comprender el presente. Esta ciencia difícil, que sólo llega a alcanzar una verdad relativa, otorga al pasado su estatuto de existencia y nos da a conocer la vida en toda su compleja diversidad.

Con demasiada frecuencia la historia figura en los programas oficiales de enseñanza como un conjunto tradicional de afirmaciones dog-

1. BURCKHARDT, J., en la traducción francesa de STELLING-MICHAUD, S.: *Considérations sur l'histoire universelle*, «Travaux d'histoire éthico-politique» (Genève), VII (1965), pág. IX.
2. VALÉRY, P.: *Regards sur le monde actuel* (Paris, 1931), pág. 63.
3. ROMAINS, J.: *Les hommes de bonne volonté*, vol. XXV: *Le tapis magique* (Paris, 1946), págs. 144 y ss. Este texto está citado por HOURS, J.: *Valeur de l'histoire* (Paris, 1954), pág. 3.
4. Cf. BAZIN, G.: *Le Temps des Musées* (Liège, 1967), pág. 5: «El peso del tiempo aumentó a partir del momento en que la humanidad tuvo conciencia de un destino propio —un destino profano— y se consideró responsable de las *res gestae*, cuando el individuo, separado del grupo, creyó ser causa y ya no efecto».

radas con escenas militares, episodios de la gran batalla de Qadesh (en Siria), en los que se ve cómo los egipcios aplastan a los hititas (hacia el 1300 a. de C.); pero, por otra parte, sabemos que los documentos hititas exaltan la victoria conseguida en Qadesh contra los ejércitos de Ramsés II. Este hecho demuestra claramente que en el Próximo Oriente el concepto de historia oficial difiere esencialmente del nuestro y podemos preguntarnos con inquietud cuál es el valor real que un occidental ha de atribuir a una historia de Egipto, construida a base de documentos en su mayor parte de procedencia faraónica, es decir, que preconizan la tendencia de la ideología real basada en la idea de la providencia divina.

En cuanto al Extremo Oriente, es un hecho que la historiografía japonesa exalta el prestigio de la Casa imperial considerada como el reflejo de la historia del Japón. En la India, los elementos míticorreligiosos falsean considerablemente la perspectiva histórica; los indios reconocen el predominio divino en la historia y se esfuerzan en realizar los designios de la divinidad. En China, hasta principios del siglo XX el historiador concede mayor importancia a los hechos particulares en perjuicio de los hechos generales. Los «anales» chinos se refieren principalmente a los representantes de las clases superiores. Dado que la moral se basa en los hechos del pasado, la historia se convierte en una verdadera crónica de acciones buenas y malas; y, sin embargo, el historiador chino relata *objetivamente* los hechos y sólo se permite enjuiciarlos subjetivamente en sus conclusiones. Mientras que el historiador occidental, tras haber analizado y clasificado los sucesos cronológicos, intenta explicarlos por sus causas y sus efectos, el historiador chino no agrupa los hechos en cuadros cronológicos y se limita a clasificar las fuentes primarias absteniéndose de emitir juicios personales acerca del encadenamiento de los hechos.

El Islam vincula su concepto de la historia con la revelación coránica. Desde el siglo VIII al XIV los historiadores musulmanes, sin descuidar el género biográfico, compilan (sobre todo califato por califato) anales en los que se registran minuciosamente todos los hechos, tanto religiosos como profanos. Copian y copian a sus predecesores sin ver en ello mal alguno. Se refieren principalmente al Corán y a la Tradición (es decir, todo lo relacionado con los hechos y acciones del profeta). Únicamente Ibn Jaldún, historiador y gran viajero, nacido en Túnez en 1332 y muerto en El Cairo en 1406, que vivió en una época de grandes convulsiones políticas —se entrevistó con Tamerlán—, escribió una *Historia universal* en siete tomos en la que concede lugar destacado al principio de causalidad. Aunque, al igual que todos los historiadores islámicos, admite implícitamente que Dios es la causa de las causas, presta

también atención a los hechos e intenta explicarlos unos mediante otros. Se preocupa sobre todo de estudiar las sociedades y subordina lo económico a lo social. Trata de los individuos en relación con la vida colectiva de una sociedad determinada. «He aquí», escribe al principio de su obra, «el verdadero sentido de la palabra 'historia': debe enseñarnos cuanto se refiere al hombre que vive en sociedad, es decir, la civilización en este mundo». Este concepto sociológico muy moderno va unido en Ibn Jaldún a una visión pesimista de la historia: para él la evolución de las sociedades está sometida a una ley que, a semejanza de la que rige el organismo humano, las hace pasar por fenómenos inevitables de crecimiento, de madurez y de decadencia.

Hoy la humanidad entera tiende a adoptar una visión global del pasado basada en el concepto histórico del Occidente moderno.

En cuanto a nosotros, europeos contemporáneos, hay que subrayar que nuestro concepto de la historia orientada hacia la aventura humana surgió de un interés nuevo por el pasado que apareció en la segunda mitad del siglo v en los primeros historiadores destacados de la Grecia antigua [11].

El primer historiador griego conocido es Hecateo de Mileto (hacia 550-475), autor de una *Periégesis*, descripción geográfica y etnográfica del mundo basada en viajes personales y en relatos de periplos más antiguos, y de unas *Genealogías* en las que intenta criticar los héroes de la tradición épica. En uno de los escasos fragmentos de sus obras que se han conservado, declara: «*Voy a escribir aquí lo que me parece que es la verdad*. En efecto, a mi juicio los relatos de los griegos son demasiado divergentes y muy poco serios»[12]. Sin embargo, es más mitógrafo que historiador: ¡se considera descendiente de un dios en la decimosexta generación!

Heródoto, nacido en Halicarnaso hacia 485 y muerto siendo ciudadano de Turio, hacia 425, es el verdadero precursor de nuestra historia. ¡El mismo Cicerón (*De Leg.* I,5) ya le llama «el padre de la historia»! Heródoto deja de lado la época de los dioses y de los héroes y se ocupa de la historia de las guerras médicas (490-479), aunque a veces se remonte a un siglo atrás si así lo cree preciso para explicar el curso de los acontecimientos: dos terceras partes de sus *Historias* son digresiones

11. Señalemos, sin embargo, con CHATELET, F.: *La naissance de l'histoire. La formation de la pensée historienne en Grèce* (Paris, 1962), pág. 25, que «la ciencia histórica es moderna» y que «su construcción sólo empieza a realizarse a partir del siglo XIV». Por lo tanto, «sería un grave anacronismo expresar con terminología científica términos que, en la mentalidad griega, tenían muy distinto alcance».

12. HECATEO DE MILETO: *Historias*, fragmento I (F. JACOBY), en la traducción francesa de VAN EFFENTERRE, H.: *L'histoire en Grèce* (Paris, 1967), pág. 89.

acerca de los antecedentes de las guerras médicas. En su obra figuran descripciones de países extranjeros y de ciudades griegas así como detalles biográficos y genealógicos. Aún no distingue el campo de la historia del campo de la geografía humana, de la etnología y de la sociología. Su relato se basa en buena parte en observaciones y en tradiciones recogidas en el curso de sus viajes. Procura reconstruir los sucesos pasados en su realidad vivida e intenta descubrir cuáles son las mejores fuentes de información válidas. «Si he de expresar», exclama, «una opinión que me hará ser mal visto por la mayoría de las gentes, desde el momento mismo en que creo que es conforme a la verdad, no vacilaré en hacerlo»[13]. Pero también escribe: «Mi deber es dar a conocer lo que se dice, pero de ningún modo estoy obligado a creerlo. Y esto es válido para toda mi historia»[14]. A Heródoto le falta a veces sentido crítico al aceptar o rechazar en bloque un testimonio, al hacer generalizaciones abusivas o al no comprobar las fuentes sospechosas. Cree en la intromisión de los dioses en las cosas humanas. Sin embargo, distingue distintas clases de causas históricas, pero al explicar el proceso histórico aún no tiene conciencia de la contradicción existente entre causas racionales e irracionales. Cuando los dioses no intervienen, se niega a aceptar aquello que está en contradicción con las leyes de la naturaleza. En esto parece que estuvo influido por el retroceso del pensamiento religioso en beneficio de la razón, fenómeno que se manifestó en la sociedad ateniense entre 460 y 440 a. de C.

Helánico de Mitilene (siglo v), historiador y compilador prolijo, sienta las bases de la técnica de la erudición documental: entre 420 y 400 traza el primer cuadro cronológico conocido, tomando como marco la lista de las sacerdotisas del santuario de Hera en Argos. También es autor de la primera monografía erudita (*Atthis* o Historia de Atenas), género nuevo muy importante ya que la historia sólo puede progresar mediante la especialización. Sin embargo, Helánico carece de espíritu crítico y no vacila en mezclar la ficción con la realidad al atribuir a personajes imaginarios un papel de primer orden.

Tucídides (hacia 460-400), general y político ateniense, escribe su *Historia de la guerra del Peloponeso* (431-404) durante un exilio de veinte años largos. En esta magnífica obra, precedida por un resumen de la historia griega desde sus orígenes (la «Arqueología») y de los principales acontecimientos desde las guerras médicas hasta el comienzo de la

13. HERÓDOTO: *Historias*, VII, 139, en la traducción francesa de VAN EFFENTERRE, H.: *op. cit.*, pág. 118.
14. HERÓDOTO: *Historias*, VII, 152, en la traducción francesa de VAN EFFENTERRE, H.: *op. cit.*, pág. 118.

guerra del Peloponeso (la «Pentecontecia»), Tucídides centra sus investigaciones en el hombre y descarta cualquier explicación irracional. Testigo ocular o directo de los sucesos, organiza su relato —interrumpido en 411— en una apretada sucesión que se ordena de antemano según un plan perfectamente coherente. Da amplia cabida a la retórica mediante la inclusión de discursos ficticios puestos en boca de determinados personajes. Su información es amplia y precisa; su análisis, penetrante; su crítica, perspicaz. Él mismo define sus métodos de investigación y las dificultades con que tropieza el historiador en su afán de averiguar la verdad: «En cuanto al relato de los acontecimientos de la guerra, para escribirlo no me he creído obligado a fiarme ni de los datos del primer llegado ni de mis conjeturas personales: hablo únicamente como testigo ocular o después de haber hecho una crítica lo más cuidadosa y completa posible de mis informaciones. Esto no se consigue sin esfuerzo, ya que para cada suceso los testimonios difieren según las simpatías y la memoria de cada individuo. Quien me oiga podrá lamentar la ausencia del mito y de sus encantos; pero me daré por satisfecho si la juzgan útil quienes quieren elucidar la historia del pasado y reconocer en el futuro las semejanzas y las analogías de la naturaleza humana. Se trata de un logro definitivo más que una obra pomposa para un auditorio del momento»[15]. Señalemos también que Tucídides se eclipsa ante los documentos y logra una explicación completamente racional de los hechos históricos al distinguir en ellos causas profundas y causas ocasionales. Y sin embargo, como ha señalado H.-I. Marrou, «a veces tenemos la impresión de que supone que la realidad es demasiado inteligible y de que tiende con excesiva facilidad a reducirla a las leyes de lo racional. El caso-tipo es el de los relatos de batallas: para Stendhal o Tolstoi una batalla no es más que un cúmulo confuso de episodios cuyo desarrollo y cuyo sentido escapan a sus actores; en cambio, Tucídides ve en ello el triunfo mismo de la inteligencia: la táctica se convierte en el arte de prever, que comprende incluso, para limitar de antemano sus efectos, la intervención del azar, y así la victoria resulta ser la comprobación del razonamiento acertado»[16]

En el siglo IV, por influencia de la retórica, la historia se hace cada vez más literaria y moralizante. Jenofonte (hacia 426-355), autor de memorias, ateniense cuyas simpatías políticas van hacia Esparta, quiere continuar en sus *Helénicas* la obra de Tucídides; pero al narrar los sucesos de la historia griega desde el año 411 al 362 lo hace de una manera

15. TUCÍDIDES I, 22, en la traducción francesa de VAN EFFENTERRE, H.: *op. cit.*, págs. 120 y sig.
16. MARROU, H.-I.: *Qu'est-ce que l'histoire?*, pág. 10.

superficial y parcial. Su apego a los movimientos aristocráticos le lleva a omitir varios sucesos importantes de la época. Además, en su obra abundan las digresiones moralizadoras: Jenofonte intenta destacar los rasgos edificantes de las acciones humanas. Teopompo (hacia 378-300) se esfuerza torpemente en sus *Helénicas* en proseguir el relato de Tucídides desde 410 a 393, y en sus *Filípicas* se lanza a enaltecer enfáticamente a Filipo II de Macedonia. Éforo (siglo IV a. de C.) escribe la primera historia universal (desde la invasión del Peloponeso por los dorios hasta el año 340) adornándola con consideraciones filosóficas y morales. «Para los sucesos de nuestra época», escribe Éforo, «creemos que es preciso atribuir mayor confianza a quienes dan los detalles más precisos. Para los sucesos del pasado, creemos que de ningún modo hay que dar crédito a los autores muy minuciosos, pues sería inverosímil que alguien conservara durante tanto tiempo el recuerdo de todas las acciones y de la mayoría de las palabras»[17]. Aristóteles (384-322) dirige la redacción de 158 constituciones de ciudades griegas, de las que hoy sólo nos queda la *Constitución de los Atenienses*. Decididamente orientado hacia la ciencia política, Aristóteles quiere sobre todo entender los orígenes y la evolución de los regímenes constitucionales. En su *Política*, síntesis de sus investigaciones históricas, se dedica a comparar las instituciones existentes con el fin de determinar cuál es el mejor régimen social. Timeo de Tauromenio (hacia 350-245) basa sus *Historias*, dedicadas al Occidente griego desde los orígenes hasta la muerte de Pirro, en una sólida documentación y en un agudo sentido crítico.

Polibio (hacia 208-128), político de Acaya deportado a Roma, escribe en 40 libros una historia general de los años 264 a 146; pero, desgraciadamente, no ha llegado íntegra hasta nosotros. Esta obra se basa en una documentación precisa y de primera mano (documentos o bien preguntas directas a coetáneos de los sucesos), en la que el autor considera el valor de las fuentes, se limita a lo esencial y, a fuer de verdadero historiador, trata de averiguar la conexión de causas y consecuencias. «Afirmo», escribe, «que los elementos más necesarios de la historia son las consecuencias, las concomitancias de hechos y, sobre todo, las causas»[18]. Exige que los hechos indiquen relaciones inteligibles: «Cuando escribimos o leemos una historia, debemos conceder menos importancia al relato de los hechos que a lo que ha precedido, acompañado o seguido a los acontecimientos; porque si a la historia se le suprime el porqué,

17. ÉFORO: *Historias*, I (citado por Harpocración), fragmento 9 (F. JACOBY), en la traducción francesa de VAN EFFENTERRE, H.: *op. cit.*, pág. 199.
18. POLIBIO: *Historias*, III, 32, 6, en la traducción francesa de PÉDECH, P.: *La méthode historique de Polybe* (Paris, 1964), pág. 32.

el cómo, aquello por lo que se ha realizado un acto y su fin lógico, lo que queda no es más que un ejercicio literario y no puede convertirse en objeto de estudio; eso puede distraer de momento, pero no sirve absolutamente para nada en el futuro»[19]. Polibio, enemigo declarado de los sabios de gabinete partidarios de una historia libresca, viaja para enriquecer su conocimiento del mundo. «Queremos», señala, «llamar la atención de quienes desean estar informados acerca de esos problemas [la geografía], pues por ellos precisamente hemos soportado los esfuerzos y los peligros de un viaje a África, Hispania, Galia y por el mar que baña exteriormente a dichos países, a fin de rectificar los errores de nuestros predecesores y dar a conocer a los griegos esas partes de la tierra»[20]. Con todo, este protegido de los Escipiones no tiene la imparcialidad objetiva de Tucídides. Para él la verdad histórica ha de servir para la formación política y moral: «Si los historiadores que nos han precedido», escribe, «hubieran olvidado hacer el elogio de la historia, quizás sería necesario orientar todas las mentes hacia esa búsqueda y conservación del pasado. En efecto, no hay formación humana más útil que la de la ciencia histórica. Pero es una actitud frecuente, sin reservas, casi general, decir a cada instante que no hay escuela más auténtica ni mejor ejercicio para los asuntos políticos que las lecciones de la historia. Nada nos enseña con más eficacia a soportar dignamente los embates de la fortuna que el recuerdo de las desgracias ajenas»[21].

Después de Polibio, la mayoría de los historiadores griegos trabajan con materiales de segunda o de tercera mano y reelaboran el tema a su aire, añadiendo descripciones literarias y reflexiones que pretenden ser filosóficas. Sin embargo, sus obras, a menudo fragmentarias, constituyen una aportación positiva al conocimiento histórico. Citemos, por ejemplo, al compilador Diodoro de Sicilia (siglo I a. de C.) que escribe una *Biblioteca histórica* en 40 libros, en la que plagia a sus predecesores. Por otra parte, el destino excepcional de Filipo II de Macedonia y de Alejandro Magno impulsa a algunos autores a destacar el papel de los grandes hombres cuando quieren exponer el desarrollo de los hechos históricos, tendencia que explica la moda del género biográfico. Plutarco (hacia 46-125) redacta las *Vidas paralelas*, un conjunto de anécdotas basadas en abundantes lecturas. Preocupado por la utilidad de la historia, insiste en el carácter psicológico y en el medio social de los hombres

19. POLIBIO: *Historias*, III, 31, 11-13, en la traducción francesa de PÉDECH, P.: *op. cit.*, pág. 33.
20. POLIBIO: *Historias*, III, 59, 7-8, en la traducción francesa de PÉDECH, P.: *op. cit.*, pág. 555.
21. POLIBIO: *Historias*, I, 1, en la traducción francesa de VAN EFFENTERRE, H.: *op. cit.*, pág. 202.

ilustres cuya vida cuenta. «Empecé a escribir mis *Vidas*», dice Plutarco, «para utilidad de los demás. Hoy sigo dedicándome a ellas para mi satisfacción personal. Esta historia es para mí un espejo en el que contemplo a esos grandes personajes con el fin de ordenar mi vida según el ejemplo de sus virtudes. Es como si conversara familiarmente con ellos. Les doy, por decirlo así, hospitalidad en mí cuando averiguo atentamente las costumbres de cada uno en particular, cuando examino 'aquello que constituye su grandeza y sus virtudes', cuando elijo en su vida lo más importante y lo más maravilloso que pueda haber en ella»[22].

Señalemos, también, que prosiguen las investigaciones eruditas (monografías de ciudades y naciones). A partir de las conquistas de Alejandro los historiadores griegos se dedican a describir las civilizaciones orientales (Egipto, Judea, Fenicia, Mesopotamia, India).

Eratóstenes de Cirene (hacia 275-196) y Apolodoro de Atenas (siglo II a. de C.). intentan sistematizar la suma de los conocimientos históricos en amplios cuadros cronológicos que abarcan la historia desde Nino, rey de Asiria, hasta Pompeyo. El obispo Eusebio de Cesarea (hacia 264-340) quiere fundir la cronología bíblica y la cronología profana clásica en los *Cánones cronológicos y resumen de la historia universal de los helenos y de los bárbaros* (desde el nacimiento de Abraham, fijado arbitrariamente en 2016/15, hasta el año 325), obra que fue traducida al latín y continuada hasta 378 por san Jerónimo (hacia 331-420).

En Roma, en el siglo II a. de C., los analistas se limitan a enumerar escuetamente los sucesos importantes, aunque sin dejar de exaltar la grandeza de la patria. En el siglo I, Salustio (hacia 86-35) quiere narrar con imparcialidad los acontecimientos que ha presenciado o que le han contado sus coetáneos. «Decidí», escribe, «desgajar de la historia del pueblo romano los episodios que me parecieron dignos de ser recordados con el fin de consignarlos por escrito; más aún por el hecho de que no me guiaba ni esperanza, ni temor, ni pasión de partido»[23]. Salustio escribe entonces la *Guerra de Yugurta* y la *Conjuración de Catilina* en las que se trasluce su afición por el análisis psicológico y por la disertación moral. En sus escritos intenta justificar al partido democrático y desacreditar al aristocrático. Julio César (101-44) quiere ganarse la opinión pública escribiendo una apología personal en tercera persona en sus *De Bello Gallico* y *De Bello Civili*. En ellas se presenta como un pro-

22. PLUTARCO: *Vida de Paulo-Emilio*, I, 235, en la traducción francesa de VAN EFFENTERRE, H.: *op. cit.*, pág. 226.
23. SALUSTIO: *Conjuración de Catilina*, IV, en la traducción francesa de ROMAN, J.: *Salluste, Conjuration de Catilina, Guerre de Jugurtha*, collection des Universités de France (Paris, 1924), pág. 4.

cónsul preocupado por la justicia y por la paz, un estratega de excepcionales cualidades, un héroe victorioso, todas las acciones del cual parecen abocadas al éxito. Su relato constituye una réplica a las críticas formuladas por sus adversarios, y así ¡transforma todas sus ofensivas en ataques preventivos! Cornelio Nepote (hacia 95-31) y Varrón (hacia 116-27) se refugian en el género biográfico. Tito Livio (59 a. de C. -17 d. de C.) escribe su *Ab urbe condita,* en 142 libros, dos tercios de la cual están consagrados a los sucesos coetáneos. Gran parte de esta obra se ha perdido, pero se conservan importantes fragmentos. El relato, escrito con fines nacionales y patrióticos, es sobre todo externo y concreto. Para Tito Livio la expansión victoriosa de Roma es una consecuencia lógica de las virtudes cívicas y morales de sus ciudadanos. Rara vez recurre a documentos originales y escribe casi siempre de segunda mano: «He seguido», dice, «a todos los autores que me han precedido». No ve la amplitud de los problemas planteados ni busca las causas de los hechos; concede excesiva importancia a los relatos de batallas, traza retratos de héroes idealizados, cita un mismo suceso dos veces y en fechas distintas cuando se vale de dos fuentes de cronología divergente, y con excesiva frecuencia traspone al pasado las realidades políticas, económicas y sociales de su época. Por último, acepta sin previo examen las falsificaciones de las *gentes* (es decir, los «linajes», que cínicamente se atribuían la paternidad de los grandes hechos de armas del pasado) y a menudo intercala en su relato presagios y prodigios.

Bajo el Imperio, Tácito (hacia 54-120) procede con parcialidad en la redacción de las *Historiae* (del 69 al 96) y de los *Annales* (del 14 al 68), en los que a veces recurre a fuentes primarias, aunque de ordinario trabaja con materiales de segunda mano; tiende a exagerar los efectos y a dramatizar los hechos, y sin embargo se esfuerza por captar los caracteres de los personajes. En efecto, según él el curso de la historia depende esencialmente de los factores psicológicos. Relata los acontecimientos año por año, aunque no siempre evita las digresiones y algunas veces reúne ciertos hechos en agrupaciones lógicas. Intercala en su relato discursos, en parte ficticios, pero de una notable concisión de pensamiento. Suetonio (hacia 75-160) vuelve al género biográfico en su *De vita Caesarum* (Julio César, Augusto, Tiberio, Calígula, Claudio, Nerón, Galba, Otón, Vitelio, Vespasiano, Tito y Domiciano), en la que hace gala de un agudo sentido crítico. Establece los hechos a base de documentos archivísticos y a veces incluso inserta literalmente estos documentos en su relato. En los siglos III y IV varios compendiadores mediocres compilan secos resúmenes históricos centrados en torno a los grandes temas de la propaganda imperial.

La aparición del cristianismo, religión esencialmente histórica ya

que Dios interviene en la historia de los hombres, ejerce enorme influencia en el desarrollo de la técnica histórica; los acontecimientos de la vida de Jesús y de la evolución del pueblo judío se sitúan en el espacio y en el tiempo. He aquí como fija el evangelista san Lucas los comienzos del ministerio y la predicación de san Juan Bautista: «En el año decimoquinto del imperio de Tiberio César, siendo Poncio Pilato gobernador de Judea, Herodes tetrarca de Galilea, su hermano Filipo tetrarca de Iturea y de la Traconítida, Lisanias tetrarca de Abilene, bajo el pontificado de Anás y Caifás, fue dirigida la palabra de Dios a Juan, el hijo de Zacarías, en el desierto»[24].

Eusebio de Cesarea (hacia 264-340), en su *Historia eclesiástica*, redacta la primera síntesis de los orígenes y progresos de la Iglesia durante los cuatro primeros siglos. El imperio cristiano de Constantino representa para él la realización definitiva del poder salvador de Dios: «Y cuando todo eso se hubo cumplido, cuando el gran Dios todopoderoso y celestial de los cristianos hubo manifestado Sus amenazas y Su ira contra todos los hombres, según hemos indicado, entonces Él, en compensación de todo lo que nos han hecho sufrir indignamente, nos devolvió el esplendor de Su benévola y luminosa providencia hacia nosotros. Desde lo hondo de las tinieblas ha hecho brillar sobre nosotros la luz de la paz y ha manifestado que Él mismo, Dios, era el guardián eterno de todos nuestros asuntos humanos, que sabe castigar a Su pueblo y cuando es preciso enderezarlo por medio de los accidentes de la historia, pero que, por otra parte, sabe también, cuando la educación ha sido suficiente, mostrarse misericordioso y benévolo hacia quienes ponen sus esperanzas en Él»[25].

Para el cristianismo la historia «es la manera de cumplirse el plan formado por Dios para la salvación de la Humanidad»[26]. Los historiadores cristianos medievales, por ejemplo, Gregorio de Tours (siglo VI), en su *Historia Francorum*, muy a menudo interpretarán el curso de los acontecimientos situándose en el punto de vista de Dios (plano providencial). Incluso en el siglo XVII, Bossuet (1627-1704), que pone la historia al servicio del catolicismo, en su *Discours sur l'Histoire Universelle* (1681) pretende demostrar de qué manera la divina Providencia, en general actuando por medio de empresas humanas, regula las revoluciones de los imperios»[27]. Esta tendencia entorpecerá durante mucho tiempo el desarrollo de la ciencia histórica.

24. LUCAS 3, 1-2.
25. EUSEBIO: *Historia eclesiástica*, IX, VIII, 15, en la traducción francesa de VAN EFFENTERRE, H.: *op. cit.*, pág. 261.
26. MARROU, H.-I.: *art. cit.*, pág. 18.
27. «Desde lo más alto de los cielos Dios lleva las riendas de todos los reinos; tiene todos los corazones en sus manos: unas veces frena las pasiones, otras veces

A los historiadores medievales les falta asimismo rigor crítico para distinguir lo verdadero de lo falso, la «noción de lo posible» de la de lo «imposible». No contentos con agrupar hechos dispares en «crónicas universales» o en «anales monásticos», los eclesiásticos, que escriben en latín, se dedican sobre todo a las «vidas de santos». Lo maravilloso cristiano obtiene un éxito extraordinario en la literatura hagiográfica. El fin de ésta es edificar las masas medievales y atraer una clientela a los principales lugares de peregrinación.

A comienzos del siglo XIII, Geoffroy de Villehardouin (1152-1212) inicia la serie de los «grandes cronistas» que ya no escriben en latín sino en vulgar. Mariscal de Champaña, toma parte en la cuarta cruzada (1202-1204) y escribe *La conquête de Constantinople*. En ella explica con gran claridad, pero con sinceridad relativa, por qué la cruzada fue desviada de su objetivo. Testigo ocular de los sucesos y a la vez hombre de acción, prefiere callar la verdad antes que alterarla. A pesar de la parcialidad del autor y de la monotonía de su estilo, esta obra nos informa tanto sobre los sentimientos de los cruzados como sobre las costumbres de la época. Jean de Joinville (1225-1317) es autor de una *Histoire de Saint-Louis*, escrita después de la canonización del soberano, en la que demuestra ser más hagiógrafo y narrador que historiador: su psicología es rudimentaria y se dedica principalmente a edificar a sus lectores y a describir, con frecuencia de un modo pintoresco, el mundo exterior. Jean Froissart (1338-1404), después de haber sido historiógrafo de Philippa de Hainaut, reina de Inglaterra, redacta en Valenciennes sus *Crónicas*. En ellas registra lo que ha visto, se basa en informaciones orales (entrevistas), pero acepta sin crítica todos los testimonios. Su objetivo esencial consiste en narrar «las grandes hazañas y los hermosos hechos de armas» que habrán de crear en los caballeros el afán de realizar proezas. Las causas profundas de los acontecimientos casi siempre se le escapan. Cree en lo maravilloso (hadas y magos), acepta versiones tendenciosas favorables a sus protectores y comparte los prejuicios de los nobles a quienes se dirige: para él, los villanos no son más que «carne de horca», «canalla», «gentuza». Philippe de Commynes (1445-1511), lúcido estadista, partidario primero de Carlos el Temerario, se pasa luego a Luis XI y a Carlos VIII. Sus penetrantes *Memorias*, destinadas a la formación de príncipes y diplomáticos, descubren los ocultos móviles de las almas. Denuncia, por ejemplo, la frivolidad del rey Eduardo de Inglaterra: «Nada

suelta la brida, y así mueve a todo el género humano. ¿Quiere producir conquistadores? Hace andar el terror ante ellos, e inspira en ellos y en sus soldados un arrojo invencible. ¿Quiere producir legisladores? Les envía su espíritu de sensatez y de previsión.» Cf. BOSSUET, J.-B.: *Discours sur l'histoire universelle*, vol. I (nueva edición, Paris, 1780), parte III.ª, cap. VIII, pág. 523.

tenía en su mente sino las damas (y mucho más de lo razonable), las cacerías y darse buena vida» (III, 5). Analiza con realismo la flexibilidad de Luis XI: «El más avisado para salirse de una dificultad era el rey Luis onceno, nuestro señor, el más humilde en palabras y en costumbres, el que más se preocupaba por atraerse a un hombre que podía servirle o que podía perjudicarle» (I, 10). Commynes busca las causas, demuestra las influencias y las pondera. Sin embargo, considera que la Providencia dirige el curso de la historia: «Dios quiere siempre que sepamos que los juicios y el entendimiento de los hombres de nada sirven en aquellas cosas en las que Él quiere poner su mano» (VII, 5).

Los humanistas del Renacimiento habrán de volver a la tradición crítica de los historiadores antiguos. Preconizan el retorno a las fuentes, así como el análisis filológico de los textos, de lo cual surge el concepto de anacronismo, desconocido en la Edad Media. Con todo, la historia sigue siendo una fuente de *exempla* morales. Los precursores de este movimiento fueron Leonardo Bruni (1370-1444) y Lorenzo della Valle, cuyo nombre fue latinizado en la forma Laurentius Valla (1405-1457). Leonardo Bruni escribió una *Historia Florentina,* en la que excluye por completo leyendas y milagros, pero sacrifica la realidad ante efectos de retórica convencional y se limita exclusivamente a la historia política y militar. Lorenzo Valla pone de manifiesto en su *Declamatio* (1440) el carácter apócrifo de la supuesta Donación de Constantino (documento inventado en tiempos de Pipino el Breve o de Carlomagno) en la que, desde mediados del siglo XI, el papado basaba la legitimidad de su poder temporal en Occidente (de todos modos, hay que señalar que el estudio de Valla no fue editado hasta 1517, por la propaganda luterana). En sus *Annotationes in Novum Testamentum* Lorenzo Valla se revela también como precursor de la crítica textual.

Los grandes historiadores italianos del Renacimiento adoptan una actitud más racional ante la historia al preocuparse más por el valor de las fuentes que utilizan. Excluyen lo maravilloso y sustituyen el afán de edificación por un afán de formación política. De ahí que procuren sacar lecciones políticas de los documentos, pero que se olviden de escudriñar los hechos en sí mismos. Prefieren obras históricas anteriores que documentos originales.

Niccolò Machiavelli (1469-1527) —en español Maquiavelo—, político florentino, es autor de los *Discorsi sopra la prima Decada di T. Livio,* de las *Istorie Fiorentine,* así como de un ensayo político titulado *Il Principe,* cuyo modelo es César Borgia.

«Bien sé», señala, «que muchos sostuvieron y sostienen que las cosas de este mundo están gobernadas por la fortuna y por Dios, y que los hombres con todo su saber no pueden corregirlas ni siquiera remediar-

las; por esto podrían considerar que es inútil sudar en dominarlas y que hay que dejarse gobernar por la suerte. Esta opinión ha vuelto a tener crédito en nuestro tiempo por las grandes variaciones que se han visto y se ven todos los días, que superan cualquier conjetura humana. De manera que, pensando a veces en ello, en parte me he sentido inclinado hacia tal opinión. Sin embargo, para que nuestro libre albedrío no se apague, creo que puede ser verdad que la fortuna sea árbitra de la mitad de nuestras acciones, pero que *etiam* ella nos deje gobernar, o casi, la otra mitad»[28].

Maquiavelo, por opinar que la naturaleza humana es intangible a través de los siglos, se esfuerza en buscar las causas profundas de la política. Y así, entre la masa movediza de los hechos, logra reconocer las grandes conexiones históricas. Este psicólogo avisado se interesa también por los problemas sociales y económicos. Sin embargo, se le puede reprochar que a menudo tome como fondo de su relato una fuente única en la cual intercala extractos tomados de otros autores.

Francesco Guicciardini (1483-1540), alto magistrado florentino, es autor de una *Storia d'Italia* elaborada a base de fuentes literarias y de documentos archivísticos que intenta someter a crítica; sin embargo, se limita a comprender los sucesos y no se arriesga, como hace Maquiavelo, a emitir juicios sobre ellos.

En Francia, Étienne Pasquier (1529-1615) redacta las *Recherches de la France* (1560), conjunto de ensayos sobre la evolución interna de la sociedad y de las instituciones francesas. Le preocupa la verdad y recurre a fuentes muy variadas. En su estudio sobre los orígenes de Francia abandona sin vacilar los tópicos legendarios que hablan de Príamo y Héctor como antepasados troyanos de los francos, para remontarse directamente a los galos. En 1566 Jean Bodin publica su *Methodus ad facilem historiarum cognitionem* (*Método para facilitar el conocimiento de la historia*) con el fin de enseñar cómo debe construirse una historia universal de estructura sociológica basada en la confrontación del curso de los acontecimientos humanos y de las necesidades naturales. Sus reflexiones suelen tener un aire muy moderno. He aquí, por ejemplo, lo que escribe acerca de las relaciones entre historia y moral: «Estoy terriblemente perplejo ante la cuestión de saber si el historiador está calificado para elogiar, censurar o juzgar los hechos que narra, o bien si debe dejar a los lectores libertad total para apreciarlos. Si realmente la historia no debe ser sino la imagen de la verdad, un panorama de las acciones pasadas expuesto a la plena luz del juicio público, cualquier

28. MACHIAVELLI, N.: *Il Principe*, XXV.

apreciación anticipada del historiador parece que deforma los hechos relatados, ya que impone prejuicios a las mentes poco avisadas y hace que el relato resulte muy sospechoso para los lectores más circunspectos que temen equivocarse al aceptar una opinión que no han pedido»[29]. En 1599 Lancelot de la Popelinière (1540-1608) publica *La historia de las historias, con noción de la historia perfecta,* en la que sostiene que el objetivo del historiador consiste no en narrar los hechos sino en comprenderlos.

La Reforma promueve polémicas religiosas: con el fin de convencer al adversario se intenta afianzar más sólidamente los argumentos y hallar pruebas de ellos mediante la crítica de las fuentes (*Centurias de Magdeburgo* en el bando protestante y *Anales eclesiásticos* por el católico). Estas investigaciones sobre el pasado de la Iglesia cristiana desembocarán en las *Mémoires pour servir à l'histoire ecclésiastique des six premiers siècles* (1693-1712), obra crítica del jansenista Louis-Sébastien Lenain de Tillemont (1637-1698) que, a pesar de basarse exclusivamente en la tradición literaria, sigue siendo consultada en nuestros días.

En el siglo XVII se constituyen las principales técnicas de la investigación histórica. En 1643, Jean de Bolland (1596-1665), jesuita de Amberes, inicia la amplia recopilación crítica de las *Acta sanctorum,* que se propone reunir todas las fuentes hagiográficas. Sus sucesores, los bolandistas, prosiguen esa enorme obra basada en la crítica de las fuentes. El escepticismo hipercrítico del bolandista Daniel Van Papenbroeck (Papebroch) acerca de los documentos medievales —afirma, en 1675, en el prefacio del tomo II de los *Acta sanctorum,* que todos los diplomas anteriores a Dagoberto son falsos— impulsa al benedictino francés Jean Mabillon (1632-1707) a descubrir las reglas de la diplomática y los criterios para determinar la autenticidad de los documentos públicos o privados (*De re diplomatica,* 1681).

En el siglo XVIII se amplía la visión de la historia y la curiosidad pasa a ser universal, según lo demuestran las numerosas relaciones de viajeros y misioneros sobre Asia, América y África. En sus *Considérations sur les causes de la grandeur des romains et de leur décadence* (1734) y en *De l'esprit des lois* (1748), Montesquieu (1689-1755) basa su estudio de la historia en la filosofía política e intenta explicarla mediante un determinismo científico. «Varias son las cosas que gobiernan a los hombres: el clima, la religión, las leyes, las normas de gobierno, los

29. J. BODIN, en la traducción francesa de MESNARD, P.: *La méthode de l'histoire,* «Publications de la Faculté des Lettres d'Alger», 2.ª serie, XIV (1941), págs. 37 y sig. Esta traducción se basa en la edición de 1572, que presenta notables adiciones respecto a la edición de 1566.

ejemplos de las cosas pasadas, los usos, las costumbres, con lo que se forma un espíritu general resultante. A medida que, en cada nación, una de estas causas actúa con más intensidad, las demás se retraen en la misma proporción. La naturaleza y el clima dominan casi exclusivamente en los salvajes; los modales gobiernan a los chinos; las leyes tiranizan al Japón; las costumbres dieron antaño el tono en Lacedemonia; las normas de gobierno y las costumbres antiguas lo daban en Roma» (*De l'Esprit des lois,* XIX, 4). Sin embargo, Montesquieu se preocupa sobre todo de las grandes corrientes sociales y concede escasa parte a las obras creadoras de los individuos. A menudo le falta espíritu crítico: se vale de materiales fragmentarios para sacar generalizaciones prematuras basadas a veces en un hecho excepcional; acepta las leyendas más extravagantes; a veces fecha erróneamente sucesos históricos importantes.

Voltaire (1694-1778) crea una historia no sólo política y militar sino ampliamente humana. «La historia de Europa», escribe, «se ha convertido en un voluminoso legajo de contratos matrimoniales, genealogías y títulos controvertidos que esparcen por doquier tanta oscuridad como sequedad y que ahogan los grandes acontecimientos, el conocimiento de las leyes y de las costumbres, objetos más dignos de atención» (*Essai sur les mœurs,* LXXIV). «Aquí, pues», prosigue más adelante, «tomo en consideración más la suerte de los hombres que las revoluciones del trono. En la historia hubiera debido concederse atención al género humano; cada escritor debió decir: *Homo sum;* pero la mayoría de los historiadores han escrito acerca de las batallas» (*Essai sur les mœurs,* LXXXIV). Tanto en su *Siècle de Louis XIV* (1751) como en su *Essai sur les mœurs et l'esprit des nations* (1756), Voltaire se basa en una sólida documentación, a la vez oral (interrogatorio de los testigos de sucesos pasados aún en vida) y escrita (consulta de las obras de sus predecesores, así como de cartas, memorias privadas y documentos archivísticos). Después de haber comprobado minuciosamente la autenticidad, sinceridad y exactitud de las fuentes consultadas, clasifica los hechos según su encadenamiento interno y a continuación trata sucesivamente de la política exterior, las finanzas, la religión, etc., aunque sin indicar las conexiones existentes entre esas materias (sistema de compartimentos estancos). A fuer de innovador, se preocupa de los problemas económicos (variaciones de precios, evolución del sistema fiscal, rentas de los estados, etcétera) y demográficos. En su exposición procura mantener el interés del lector mediante la narración de numerosas anécdotas pintorescas, dramáticas, singulares o graciosas, por lo que a veces resulta que los hechos esenciales quedan sumergidos en una masa de detalles inútiles. Además, sus prejuicios filosóficos le inducen a emitir juicios parciales: para él, la Edad Media no es más que ignorancia y superstición; el empe-

rador de China es el mejor de los príncipes porque para impedir disturbios en su imperio destierra de él a los misioneros cristianos... Por otra parte, la evolución de la humanidad le inclina al pesimismo: «Si repasamos la historia del mundo vemos que las debilidades son castigadas mientras que los grandes crímenes hallan recompensa; y el universo es un amplio escenario de pillaje abandonado al azar» (*Essai sur les mœurs,* CXCI). Finalmente, considera que la razón es el único juez acerca de la autenticidad de los testimonios; afirma la necesidad de la duda en historia y tiende al escepticismo. «Toda certeza», escribe en su *Dictionnaire philosophique,* «que no es demostración matemática no es más que una probabilidad mayor que las otras: no hay ninguna otra certeza histórica».

Edward Gibbon (1737-1794), en su *Historia de la decadencia y ruina del Imperio romano* (1776-1788), logra una magnífica síntesis entre el espíritu filológico y un profundo sentido de lo humano, gracias a lo cual puede reconstruir la rica variedad y la vida del pasado. Es el primero que trata con detalle de las circunstancias que acompañaron el nacimiento y difusión del cristianismo.

En el siglo XIX se generaliza el interés por el pasado. En Francia, a la vez que prosiguen las investigaciones eruditas (la «École des Chartes» se funda en 1821, la «École d'Athènes» en 1846, la «École Pratique des Hautes Études» en 1868, la «École de Rome» en 1874) los románticos vuelven a poner de moda la historia narrativa. Augustin Thierry (1795-1856), en su *Histoire de la conquête de l'Anglaterre par les normands* (1825) y en sus *Récits des temps mérovingiens* (1840), insiste en la precisión del colorido. Pretende aunar el arte y la erudición. Se esfuerza, asimismo, en sustituir la historia de los grandes y de los príncipes por la de las masas populares. Sin embargo, no es demasiado riguroso en la crítica de las fuentes. Por ejemplo, todos los testimonios acerca de la Edad Media, tanto si son coetáneos como de varios siglos posteriores, los juzga bajo la misma perspectiva. Jules Michelet (1798-1874), precursor del actual concepto de «historia total», intenta *resucitar íntegramente el pasado* con sus organismos internos y profundos al conceder amplia cabida a los hechos económicos, sociales, culturales, religiosos y psicológicos. Consulta muchísimos documentos con el fin de reconstruir la plenitud de la vida y la intensidad de las pasiones humanas. Sin embargo, su imaginación desbordada, su énfasis teatral y su parcialidad política, obligan a emitir serias reservas acerca del valor histórico de su obra. Según él, la historia hace al historiador mucho más de lo que es hecha por él. Y en el *Préface à l'histoire de France* para la edición de 1869 no vacila en afirmar: «Mi vida estuvo en este libro, ha pasado a él».

Por influencia del positivismo los historiadores franceses intentan

formular las leyes de la evolución histórica de la humanidad y, a continuación, fijar los hechos con rigor crítico dogmático. Ernest Renan (1823-1892) aplica estos principios a la *Histoire des origines du Christianisme* (1866-1881) y se esfuerza constantemente en hallar una explicación racional de los milagros transmitidos por la tradición cristiana. Se le puede reprochar que a veces recurra a hipótesis atrevidas. Hippolyte Taine (1828-1893) cree que la evolución histórica está determinada por tres fuerzas permanentes: el *momento*, el *medio* y la *raza*. En *Les origines de la France contemporaine* (1876-1894), aunque tiene el mérito de conceder atención a los hechos económicos, Taine se deja llevar por sus preferencias hacia la aristocracia y cae en el panfleto al fustigar a los miembros del gobierno revolucionario (Danton es «el bárbaro»; Marat, «el loco»; Robespierre, «el pedante»). Asimismo da crédito a fuentes sospechosas y elige arbitrariamente textos adecuados para confirmar sus tesis. Numa Denis Fustel de Coulanges (1830-1889) pretende, en *La cité antique* (1864), explicar las estructuras de las sociedades antiguas mediante el hecho religioso. No demuestra excesivo rigor en la crítica histórica, que para él consiste esencialmente en el estudio minucioso e imparcial de los documentos escritos; pero no se preocupa de averiguar la procedencia y la veracidad de las fuentes narrativas. Para Fustel de Coulanges la historia «no es un arte, sino una ciencia pura. No consiste en relatar con gracia o en disertar con profundidad. Consiste, como cualquier ciencia, en exponer hechos, analizarlos, cotejarlos, indicar los lazos que los unen. Es muy posible que de esta historia científica se desprenda alguna filosofía; pero es preciso que se desprenda de una manera natural, por sí misma, casi sin la voluntad del historiador. Éste no tiene más pretensión que la de apreciar bien los hechos y comprenderlos con exactitud. No los busca ni en su imaginación ni en su lógica; los busca y los halla mediante la observación minuciosa de los textos, del mismo modo que el químico halla sus hechos mediante experimentos realizados con todo cuidado. Su única habilidad consiste en extraer de los documentos todo lo que contienen y en no añadir nada de lo que no contienen. El mejor historiador es aquel que se mantiene más aferrado a los textos, el que los interpreta con mayor precisión, el que ni escribe ni siquiera piensa sino según ellos»[30]. Fustel de Coulanges opina también que sin independencia de espíritu no es posible ser verdadero historiador. «El espíritu de investigación y de duda es incompatible con cualquier idea preconcebida, con cualquier creencia exclusiva, con cualquier tendencia partidista. No debemos tener *prejuicios* ni en política ni en religión. No hay

30. Fragmento de *La monarchie franque* (1888), citado por EHRARD, J.; y PALMADE, G.P.: *L'histoire* (colección U. Paris. 1964), pág. 324.

que ser ni republicano, ni monárquico, ni católico, ni anticatólico. Porque cada una de esas opiniones da a la mente una manera personal de ver los hechos»[31].

En Alemania, Berthold Georg Niebuhr (1776-1831) estudia en su *Römische Geschichte* los problemas sociales y políticos de Roma hasta las guerras púnicas. Aunque su crítica se basa en el análisis filológico de las fuentes, sin embargo da muestras de un entusiasmo romántico por una supuesta epopeya popular romana. En su *Deutsche Geschichte im Zeitalter Reformation* (1839-1847), Leopold von Ranke (1795-1886) instaura una historia positiva de raigambre filológica que pretende, sin ideas preconcebidas, reconstruir el pasado en toda su realidad y complejidad. Ranke opina que el historiador debe comprender cómo han ocurrido realmente las cosas (*wie es eigentlich gewesen ist*). Expone con penetrante análisis psicológico los matices y los detalles del carácter de los individuos. Como fondo de su exposición recurre siempre a las relaciones diplomáticas. Con todo, cabe reprocharle que escribiera una historia puramente política. El filósofo e historiador italiano Benedetto Croce (1866-1952) considera, sin embargo, que Ranke es uno de los máximos representantes del *historicismo*, corriente filosófica que afirma que el espíritu humano no conoce más realidad que la historia, porque la hace. En efecto, Ranke cree que el conocimiento de la historia puede proporcionar las normas de la acción[32]. En 1840 Leopold von Ranke funda el primer «seminario» de historia, en el que maestro y discípulos se dedican conjuntamente a la crítica de textos. En dicho seminario concede amplio lugar a las fuentes diplomáticas, que coteja con las fuentes narrativas tradicionales. Uno de sus discípulos, Godefroid Kurth (1847-1916) fundará más tarde en la Universidad de Lieja un seminario en el que haría su aprendizaje Henri Pirenne (1862-1935). Johann Gustav Droysen (1808-1884), en su *Geschichte des Hellenismus*, contrapone los pequeños estados griegos decadentes a la poderosa monarquía macedónica, que facilitó la expansión del helenismo por Oriente. Dedica su atención a los hombres de estado que lograron crear un gran imperio. Theodor Mommsen (1827-1903) asocia la historia a las ciencias sociales en su famosa *Römische Geschichte*, basada tanto en materiales arqueológicos, numismáticos y epigráficos como en las fuentes narrativas tradicionales. Sin embargo, la obra no puede separarse del hombre: a través de las instituciones de la Roma antigua, Mommsen critica indirectamente el régimen social y económico de Alemania a fines del siglo XIX.

31. FUSTEL DE COULANGES: *Une leçon d'ouverture et quelques fragments inédits*, «Revue de Synthèse Historique» (Paris), II:1 (1901), pág. 262.
32. Cf. C. ANTONI, traducido por DUFOUR, A.: *L'historisme*, «Travaux d'Histoire Éthico-Politique» (Genève), I (1963), págs. 78 y sig.

Karl Marx (1818-1883) y Friedrich Engels (1820-1895), padres del *materialismo histórico,* consideran que «toda la presunta historia del mundo no es más que la producción del hombre por medio del trabajo humano». Sostienen que la infraestructura económica, basada en los modos de producción, condiciona la superestructura, es decir, los hechos políticos, jurídicos, sociales, religiosos y culturales; en otras palabras: las condiciones materiales constituyen la base de todas las motivaciones psicológicas; en la historia de toda sociedad hasta nuestros días, el análisis de la estructura económica subyacente demuestra la importancia preponderante de la lucha de clases. «La historia de toda sociedad hasta nuestros días es la historia de la lucha de clases. Hombre libre y esclavo, patricio y plebeyo, amo y siervo, maestro y oficial, en una palabra: opresores y oprimidos, se han hallado en constante oposición; han librado una lucha sin tregua, unas veces disimulada y otras abierta, que siempre acababa o bien por una transformación revolucionaria de toda la sociedad o bien por la ruina de las diversas clases en pugna... La sociedad burguesa moderna, surgida de las ruinas de la sociedad feudal, no ha superado los viejos antagonismos de clases. Ha establecido nuevas clases, nuevas condiciones de opresión, nuevas formas de lucha. Con todo, nuestra época —la época de la burguesía— se distingue de las demás por un rasgo particular: ha simplificado los antagonismos de clases. Cada vez más la sociedad se divide en dos grandes campos enemigos, en dos grandes clases que se enfrentan directamente: la Burguesía y el Proletariado»[33]. La lucha de clases indefectiblemente habrá de desembocar en la eliminación de una burguesía cada vez más reducida a causa de la concentración del capital, en la victoria del proletariado y en el establecimiento de una sociedad sin clases en la que el Estado será inútil y en la que el hombre obtendrá la libertad. Para Marx y Engels la historia no es una colección de hechos, pero de ella se deducen leyes que permiten prever el futuro y demostrar que las sociedades evolucionan hacia un fin determinado. Al tomar como base las condiciones materiales de la vida, el marxismo renovará y enriquecerá el trabajo del historiador.

La tendencia que hoy prevalece es la historia de las civilizaciones, que intenta reconstruir globalmente el conjunto de las actividades humanas del mundo entero. Esta tendencia, que se remonta a Voltaire, conoció ya un pleno florecimiento con *Kultur der Renaissance in Italien* (1860) del suizo Jacob Burckhardt (1818-1897), que se esforzó en analizar profundamente el pensamiento, la religión, el arte, la sensibilidad, las costumbres, en una palabra, el ambiente mental y moral del Renacimien-

33. MARX, K.: *Le manifeste comuniste,* a base del texto francés fijado por M. RUBEL, en «Oeuvres, Économie» I (Paris, 1963), págs. 161 y ss.

to (*Kultur*). Sin embargo, cabe hacerle el reproche de que se preocupó esencialmente por la cultura de las clases superiores [34].

En nuestros días, y por influencia del marxismo, la historia económica experimenta intensa actividad. Si se ahonda más en ella, se convierte en historia social. Como muy bien señala Georges Smets, la historia es una disciplina de carácter científico que intenta responder a preguntas que el hombre se formula en relación con su pasado, sobre todo con su pasado de ser social. Por consiguiente, la historia debe preocuparse de los «caracteres constantes del hombre que vive en sociedad»[35].

En 1929 Lucien Febvre (1878-1956) y Marc Bloch (1886-1944) fundan los «Annales d'Histoire Économique et Sociale»[36]. Frente a la estrecha concepción tradicional de los historiadores historicistas, inclinados a valorar los aspectos políticos y los aspectos institucionales, se preocupan del medio humano, comparan el pasado con el presente a fin de diferenciarlos y patrocinan métodos nuevos basados en la colaboración entre la historia y las ciencias humanas con el propósito de captar al hombre por entero, de volverlo a crear en su totalidad original. Consideran que no es válido disociar el aspecto político del aspecto económico, el aspecto institucional del aspecto social, etc., y patrocinan una *historia total*, auténtica síntesis de los aspectos políticos, institucionales, económicos, sociales, culturales, religiosos, científicos y psicológicos de la historia.

El desarrollo de las ciencias humanas (desde el psicoanálisis a la sociología) ofrece a los historiadores la posibilidad de captar directamente los mecanismos mentales y colectivos, es decir, llegar a un mejor conocimiento del hombre. «Hoy la historia», escribe H.-I. Marrou, «se ha convertido en un conocimiento mucho más amplio, que pretende abarcar el pasado del hombre en su totalidad en toda su complejidad y en su riqueza total»[37]. Lucien Febvre insiste muchísimo en este punto: «Jamás debemos olvidar que el sujeto de la historia es el hombre. El hombre, tan prodigiosamente distinto y cuya complejidad no es posible reducir a una fórmula sencilla. El hombre, producto y heredero de millares y millares de uniones, mezclas, amalgamas de razas y sangres distintas»[38].

Desde hace una generación los estudios históricos están marcados

34. JACOB BURCKHARDT es también autor de las *Consideraciones sobre la historia universal* (publicadas póstumas, en 1905), en las que distingue tres factores heterogéneos de la historia: el estado, la religión y la cultura.
35. Cf. SMETS, G.: *Histoire et sociologie*, «Revue de l'Institut de Sociologie» (Bruxelles), mayo 1926, págs. 509 y sig.
36. Esta revista, que hoy lleva el título de «Annales», ostenta el significativo subtítulo de «Économies, Sociétés, Civilisations».
37. MARROU, H.-I.: *art. cit.*, pág. 32.
38. FEBVRE, L.: *Pour une histoire à part entière* (Paris, 1962), pág. 365.

por una orientación nueva. En la actualidad se intenta dar a los estudiantes y al gran público la sensación del dinamismo de la historia, destacando no sólo sus progresos, sino también sus dudas y vacilaciones.

En Francia, sin embargo, se nota hoy un predominio de los estudios centrados en la historia económica y social, la demografía histórica, la geografía de las prácticas religiosas y la sociología electoral. Aunque no suelen negar un papel activo al individuo, estos estudios se preocupan sobre todo de abarcar el factor colectivo, el problema de las masas. Gracias al desarrollo de la mecanización los investigadores se orientan hacia lo cuantitativo y la estadística: los resultados se expresan en forma de cuadros, curvas y gráficas. Esta tendencia representa un peligro real para la investigación histórica: como consecuencia del predominio de la técnica sobre la cultura, el historiador corre el peligro de perder su personalidad. Además, no pueden compararse válidamente conjuntos cualitativamente distintos. En efecto, si retrocedemos uno o dos siglos las cifras, al igual que las palabras, cambian de sentido. «A larga distancia (incluso a no *muy* larga)», escribe Pierre Vilar, «no son comparables ni la expresión monetaria, ni el contenido-utilidad, ni el contenido-trabajo de un bien. No deben compararse los *niveles* de *modos* distintos de vida. La satisfacción que un televisor habría proporcionado a un hombre del siglo XVI es inimaginable. Del mismo modo que una *media económica* no refleja un *modo social* de nivel de vida. Por todo ello, comparar el francés de 1960 con el francés de 1700 es un ejercicio *cuantitativo* totalmente ocioso»[39].

Sin embargo, hemos de reconocer que durante demasiado tiempo la historia fue patrimonio de eclesiásticos, nobles y burgueses ilustrados cuya principal preocupación era describir sus propias clases. Incluso en el siglo XIX se insistía en el aspecto político de una historia orientada casi siempre en sentido conservador y considerada ante todo como una técnica de gobierno destinada a las clases superiores. Con el logro del sufragio universal y la desaparición del analfabetismo, la conciencia colectiva de las clases inferiores se ha ido afirmando progresivamente. De ahí que hoy, para determinados lugares y tiempos, se intente reintegrar las clases inferiores a la historia mediante un estudio cuantitativo basado en un conjunto de datos homogéneos de las sociedades del pasado.

En *Les mémoires de Zeus*, Maurice Druon describe festivamente los avatares de Clío, la musa de la Historia, que «había de ser ayudante de su madre y llevar el archivo de cuanto se realizara en la tierra durante

39. VILAR, P.: *Pour une meilleure compréhension entre économistes et historiens. «Histoire quantitative» ou économie rétrospective?*, «Revue Historique» (Paris), CCXXXIII (1965), pág. 306.

mi reinado. Pero Clío no siempre me dio satisfacción completa. Muy indolente en su juventud, se limitaba a seguir a su hermana mayor y cargaba a ésta con su misión. ¡Cuántos hechos notables, en el origen de las naciones, se consideran fábulas porque nos han sido relatadas por Calíope y no por Clío! Sospecho que esta última se enamoró de mi hijo Ares, o Marte, como preferís llamarle, porque durante mucho tiempo sólo estuvo atenta al estruendo de las batallas. Nos ha conservado los nombres de los jefes de los escuadrones que sitiaron Tebas, pero no ha anotado quién inventó el torno y la polea, la escalera, la escuadra, el ladrillo y el cemento, la clave de bóveda, el papiro. ¡Enviados divinos, sin duda, pero que sin embargo tenían manos de hombre! Clío no empezó a demostrar un poco su actividad hasta que mi hijo Hermes le proporcionó la escritura. Pero, orgullosa de su origen, se interesaba más por los príncipes que por el pueblo. Para ella un tejedor carecía de mérito a menos que hubiera asesinado a un rey; un pastor sólo le interesaba si había sido amante de una reina. Envidiosa de los honores que se rendían a Calíope, deseaba brillar, gustar, trataba de halagar a los poderosos y de seducir a las masas. Pero, con los años, se dio cuenta de sus errores y, cual frívola arrepentida, quiso enmendarlos. Recogió todas sus fichas; vio tantas lagunas que asustada se esforzó en colmarlas más por medio de la imaginación que por medio de la certeza. Hoy ya no la podemos detener. Lo anota todo, desde lo enorme hasta lo ínfimo, controla, compara, deduce, invade todas las jurisdicciones, incluso la de Temis, y con gusto se las daría de más importante que yo. ¡Pobre Clío! No debemos tenérselo muy en cuenta. Rara vez ha tenido los amantes que deseaba y de ello se ha resentido su humor»[40].

40. DRUON, M.: *Les mémoires de Zeus* (Paris, 1963), págs. 109 y ss.

I. CONOCIMIENTOS PREVIOS AL TRABAJO HISTÓRICO

A. Conceptos principales

1. El concepto de verdad histórica

El historiador no puede, como le es dado al físico, reproducir en el laboratorio las condiciones de un suceso pasado: está limitado por sus fuentes. El trabajo histórico lleva al descubrimiento de la verdad histórica, pero de una verdad que es *frágil* y *relativa*. Un testimonio no se considera históricamente verdadero hasta que ha pasado por el tamiz de la crítica histórica. Sin embargo, lo que realmente ocurrió, lo que ya no es ni nunca más será, nos es inaccesible. Nuestro conocimiento del pasado, excepto del pasado inmediato, es necesariamente «indirecto»: ningún egiptólogo ha conocido a Akenatón. E incluso para el pasado inmediato, para los hechos que hemos «vivido», sólo tenemos acceso a una mínima parte de lo que los ha condicionado.

Desconocemos casi todo acerca de la época en que vivimos: en efecto, nuestro conocimiento se limita al medio geográfico, profesional y social restringido en el que nos movemos. Lo real sólo se le manifiesta al hombre por medio de la conciencia que de ello tiene. La información le proporciona la mayor parte de su conocimiento del mundo exterior. La percepción de los hechos jamás es perfecta, la transmisión de los hechos a menudo es infiel y la selección de los hechos ocasiona una deformación sistemática de la verdad. De donde se infiere que nuestro conocimiento es inexacto, incompleto y superficial.

En cuanto a los grandes problemas de la actualidad, somos tributarios de las agencias de prensa que, de entre el cúmulo de hechos que diariamente se producen, orientan una opinión pasiva al seleccionar para ella los sucesos aparentemente importantes. Esta selección a menudo va unida a deformaciones: el titular de un artículo, compuesto en caracteres de gran tamaño para impresionar al gran público, no siempre re-

fleja el contenido del texto [1]. Las *noticias de transmisión intensa*, reproducidas en lugar destacado por la prensa, la radio, el cine y la televisión, se refieren a hechos de gran alcance y también a ciertos hechos de tipo oportuno. Viceversa, hechos aparentemente anodinos, así como ciertos hechos de tipo inoportuno, constituyen las *noticias de transmisión debilitada*, generalmente impugnadas, atenuadas o bien omitidas [2]. Por consiguiente, gracias a la concentración de medios de comunicación y de propaganda, estados o monopolios económicos de nuestros días pueden actuar sistemáticamente sobre el pensamiento y las creencias de las masas. Es obvio que un régimen democrático supone por parte de los gobiernos una amplitud de información para el conjunto de los ciudadanos.

El historiador, que conoce las consecuencias de la evolución histórica, jamás verá los sucesos del mismo modo que un coetáneo. Como acertadamente ha subrayado J. Dhondt: «El pasado que el historiador logrará reconstruir en ningún caso será el mismo que conocieron los contemporáneos de los acontecimientos estudiados. Este pasado reconstruido será más real que el pasado vivido por los coetáneos, porque el historiador tiene acceso simultáneamente a los datos que conocían todas las personas bien informadas de determinada época; pero este pasado reconstruido será también mucho más pobre que el pasado vivido por los coetáneos, porque nuestra reconstrucción estará limitada: por la proporción bastante escasa de datos que han sido registrados por escrito, por lo que se ha conservado de lo que fue puesto por escrito e incluso por lo que es efectivamente consultable de lo que se ha conservado. Esto quiere decir que en general llegamos a reconstruir el pasado mediante un número limitado de momentos, de acciones o de sucesos. Una parte enorme de la realidad se nos escapa desde el principio»[3]. El historiador, pues, sólo puede lograr una reconstrucción parcial e imperfecta del pasado.

«Si la humanidad», señala acertadamente Ch. Morazé, «pretendiera recordar la totalidad de lo que es, absorta en la contemplación de sí misma no seguiría avanzando y esterilizaría su memoria»[4]. De ahí que, entre el fárrago de hechos de todo tipo registrados por los documentos

1. Cf. HUYGHE, R.: *Dialogue avec le visible* (Paris, 1955), pág. 52: «Abra su periódico: desde los titulares de los artículos (y su intención) hasta el anuncio de las últimas páginas, todo pretende causar sensación, como bien decimos mediante una confesión involuntaria».
2. Cf. SAUVY, A.: *Mythologie de notre temps* (Paris, 1965), págs. 44 y sig.
3. DHONDT, J.: *Histoire et reconstitution du passé*, en «*Raisonnement et démarches de l'historien*», «Revue de l'Institut de Sociologie» (Bruxelles), núm. 4 (1963), págs. 822 y sig.
4. MORAZÉ, CH.: *La logique de l'histoire* (Paris, 1967), pág. 46.

que atestiguan el pasado, el historiador separe los sucesos que le parecen significativos —dignos de convertirse en «históricos»— y elimine aquellos que, según su parecer, no merecen ser tenidos en cuenta. Esta selección se basa en cuestiones que el presente plantea al pasado. Por otra parte, dado que el historiador conoce las consecuencias de la evolución histórica, su visión de los hechos siempre será distinta de la del coetáneo que no podía prever el futuro. El historiador, pues, sustituye una representación vivida por una representación crítica.

«Para hablar claro», escribe H.-I. Marrou, «la historia es sólo aquello que consideramos razonable tener por verdadero de lo que hemos entendido de lo que nuestra documentación nos revela del pasado»[5].

Pero los principios de la crítica histórica, que forman la base de todo conocimiento, se transforman y mejoran sin cesar, al igual que ocurre con la verdad histórica. Esta última «es, en cierto modo, una verdad dinámica y no estática, una verdad que se va estableciendo progresivamente sin poder alcanzar jamás un nivel de certeza absoluta que no es propio de su esencia»[6].

Para R. Aron «el constante descubrimiento o redescubrimiento del pasado expresa un diálogo que durará tanto como la humanidad misma y que define la esencia de la historia: las colectividades, al igual que los individuos, se reconocen a sí mismas y se enriquecen al contacto de unas con otras»[7].

2. El concepto de hecho histórico

¿Qué es un hecho histórico? Es un acontecimiento que realmente ha ocurrido, que el historiador ha considerado digno de ser recordado y que ha aislado artificialmente de la evolución, y que luego ha reconstruido, simultáneamente a partir de los datos objetivos de las fuentes y a partir de su experiencia personal. «En historia», ha escrito Émile Callot, «com-

5. Marrou, H.-I.: *Comment comprendre le métier d'historien*, en «L'Histoire et ses méthodes» (Paris 1961), pág. 1524.
6. Harsin, P.: *Comment on écrit l'histoire* (Liège, [7]1963), pág. 24.
7. Aron, R.: *Dimensions de la conscience historique* (Paris, 1961), págs. 14 y ss. Cf. también Ricœur, P.: *Histoire et vérité* (Paris, [2]1955), págs. 24 y ss.: «Esperamos de la historia cierta objetividad, la objetividad que le corresponde; la manera en que la historia nace y renace nos lo atestigua; deriva siempre de la *rectificación* del arreglo oficial y pragmático de su pasado por las sociedades tradicionales. Esta rectificación no tiene distinto carácter que la rectificación que representa la ciencia física respecto al primer arreglo de las apariencias en la percepción y en las cosmologías que siguen siendo tributarias de ella».

prender un hecho significa reconstruirlo como una imagen o una idea, como una representación de la inteligencia, de la misma manera que comprender un fenómeno natural. Para ello recurrimos a nuestro poder de revivificación de este pasado en nuestra conciencia presente, bajo el riguroso control de los datos objetivos y a título de hipótesis; en ello reside la fecundidad del método de restauración del pasado, opuesto a su reconstrucción retrospectiva»[8]. El hecho histórico puede ser elemental e instantáneo (asesinato, duelo, pelea) o bien complejo y de larga duración (batalla, guerra); cuanto más complejo sea el hecho histórico, más decisiva es la parte del historiador en su elaboración y valoración: la batalla del Marne, por ejemplo, es un concepto abstracto y cómodo que permite dar cierta unidad a una serie de acciones militares. El hecho histórico no es algo absoluto; si queremos comprenderlo debemos situarlo en su circunstancia. En efecto, detrás del hecho histórico se vislumbran gigantescos lienzos de historia y múltiples cadenas de causalidad; un hecho nunca es independiente de otros hechos; se inserta en la perspectiva de una explicación del pasado; es siempre uno de los elementos integrantes de una estructura o de un medio particular, en un momento del tiempo y en un lugar del espacio[9]. El hecho histórico puede ser un fenómeno de opinión, es decir, la creencia que se ha formado alrededor de la realidad (ejemplo: las voces que oyó Juana de Arco; la leyenda napoleónica); también puede ser un fenómeno de conciencia (ejemplo: las intuiciones religiosas de Lutero); incluso puede ser un simple elemento estadístico (ejemplo: el precio del trigo en cierta época y en determinada región). La verdad es que en todos estos casos nos hallamos ante un hecho *ocurrido* que ha dejado una *huella* (*documento*).

Las guerras de la prehistoria no son, por falta de documentos, acontecimientos históricos. «Sin documentos no hay historia»[10].

8. CALLOT, E.: *Ambiguïtés et antinomies de l'histoire et de sa philosophie* (Paris, 1962), pág. 66. Cf. DARDEL, E.: *L'Histoire, science du concret* (Paris, 1946), pág. 9: «El pasado siempre es reconstruido».

9. Cf. AUBERT, R.: *Historiens croyants et historiens incroyants devant l'histoire religieuse*, en «*L'Histoire et l'historien*», en «Recherches et Débats du Centre Catholique des Intellectuels Français» (Paris), 47 (1964), págs. 36 y sig.: «La mente del sabio nunca capta un hecho en estado puro, sino siempre como un elemento de un conjunto. Todos los hechos adquieren parte de su sentido de la tela de fondo sobre la que se destacan. Dicho de una manera menos metafórica: todo hecho es necesariamente captado e interpretado en función de una concepción general del mundo, de una *Weltanschaung*».

10. LANGLOIS, CH.-V.; y SEIGNOBOS, CH.: *Introduction aux études historiques* (Paris, [5]1902), pág. 2.

3. El concepto de documento histórico

En la mayoría de los casos el *documento histórico* es un *documento escrito*, a mano o impreso (inscripción, ostracon, papiro, manuscrito, carta, diario, matasellos). También puede ser un *documento grabado* o *audiovisual*, es decir, transmitido por el sonido o la imagen (cilindro, disco, cinta magnetofónica, fotografía, clisé, diapositiva, película, microfilm) o una simple *tradición oral*, sin base material, que se ha recogido con la intención de fijarla. Puede también ser un *documento figurado*, es decir, un vestigio material del hombre (documento arqueológico, documento numismático) o un paisaje que muestra la huella de los hombres que lo han modelado (observación geográfica); pero hay que decir que si el documento figurado o la observación geográfica no van acompañados de textos, difícilmente lograremos captar su significado. Señalemos, por último, que el historiador puede ser él mismo *testigo directo* de algunos hechos.

«La historia», escribe Lucien Febvre, «se hace con documentos escritos, sin duda. Cuando los hay. Pero puede hacerse, debe hacerse, sin documentos escritos cuando no los hay. A base de todo aquello que el ingenio del historiador puede utilizar para fabricar su miel, a falta de flores normales. Por consiguiente, con palabras. Con signos. Con paisajes y tejas. Con formas de campos y malas hierbas. Con eclipses de luna y correas de atelaje. Con dictámenes de piedras por geólogos y análisis de espadas de metal por químicos. En una palabra, con todo aquello que es del hombre, depende del hombre, sirve al hombre, expresa el hombre, denota la presencia, la actividad, los gustos y las maneras de ser del hombre»[11].

El documento histórico es el intermediario entre el pasado y el historiador, el espejo de la verdad histórica... ¡y con frecuencia un espejo deformador!

Efectivamente, los documentos históricos no están exentos de error o de mentira. Por ejemplo, las tres cuartas partes de las vidas de santos de la Alta Edad Media nos proporcionan noticias inverosímiles acerca de esos piadosos personajes. En cambio, resultan valiosas para conocer la manera de vivir o de pensar de las épocas en que fueron escritas, cosas de las que el hagiógrafo sólo habla involuntariamente. La misión

11. Febvre, L.: *Combats pour l'histoire* (Paris 1953), pág. 428, Cf. Morazé, CH.: *Trois essais sur histoire et culture* (Paris 1948), págs. 50 y sig.: «El estudio de un objeto contemporáneo es extraordinariamente revelador. La carrocería de una locomotora permite reconstruir una civilización tan bien, o incluso mejor, que un fragmento de cerámica. Permite conocer detalles importantes que los documentos escritos difícilmente revelan».

de la crítica histórica consistirá en extraer la verdad de los documentos recogidos: para ello establecerá una distinción entre *documentos conscientes* —testimonios redactados por hombres que declaran que han asistido o han participado en los hechos relatados o que se consideran capaces de narrarlos con exactitud— y *documentos insconscientes* —huellas dejadas por los hechos, independientemente de la voluntad de los hombres que en ellos intervinieron (ejemplo: la cerámica griega)—. El historiador deberá aplicar a todos los documentos, conscientes e inconscientes, las reglas de la crítica externa; pero las de la crítica interna tan sólo a los documentos conscientes.

B. La búsqueda de documentos (heurística)

El historiador empieza por reunir todos los documentos precisos para estudiar el punto de historia que quiere aclarar. «La diversidad de los testimonios históricos es casi infinita. Todo lo que el hombre dice o escribe, todo lo que fabrica, todo cuanto toca, puede y debe informarnos acerca de él»[12].

Algunos problemas históricos carecen de solución por falta de documentación adecuada. Ningún documento nos proporciona la fecha exacta del nacimiento de Cristo.

Con todo, hay descubrimientos que pueden suministrar detalles inesperados sobre períodos mal conocidos. Así, en 1947, el hallazgo casual de los llamados manuscritos de Qumrán (o del Mar Muerto) proyectó nueva luz sobre los orígenes de la historia del cristianismo.

En historia antigua, en lo que a la época clásica se refiere, solemos trabajar únicamente a base de fuentes literarias cuyos autores sólo consultaron testimonios de segunda o de tercera mano. Las escasas fuentes primarias de que disponemos están representadas por documentos arqueológicos, numismáticos, epigráficos y papirológicos, descubiertos casualmente en las excavaciones. En tales condiciones, al no poder determinar la importancia real de los hechos de la Antigüedad que el azar nos ha dado a conocer, es evidente que el historiador de

12. BLOCH, M.: *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien* (Paris [6]1967), pág. 27. Cf. MORAZÉ, CH.: *L'histoire et l'unité des sciences de l'homme*, «Annales» (Paris), XXIII (1968), pág. 235: «El historiador hace fuego con cualquier madera: por el hecho de tener que relatar fenómenos de todo tipo está dispuesto a inspirarse en los hallazgos de todas las disciplinas. La historia es sincrética por naturaleza».

las épocas más remotas sólo puede reconstruir una Antigüedad aproximada.

En cambio, en historia contemporánea los documentos suelen ser demasiado numerosos. Problemas muy interesantes resultan prácticamente inabordables: un análisis extraordinariamente minucioso a menudo será desproporcionado con el resultado presumible. Y sin embargo, gracias a la abundancia de fuentes, el historiador puede trazar una imagen más válida del pasado reciente.

Además, a cada problema histórico no le corresponde un tipo único de documentos: los testimonios suelen ser de muy diversa índole. Ahora bien, las técnicas eruditas relativas a los distintos tipos de datos exigen un aprendizaje y, a menudo, una larga práctica. Por lo tanto, es preciso que el historiador conozca al menos el abecé de las principales técnicas de su profesión. La variedad de conocimientos exigidos al investigador con frecuencia obligará a realizar un *trabajo en equipo*, que parece ser la fórmula del porvenir en historia[13] —fórmula, ¡ay!, poco favorecida por el Estado, que suele dedicar muy escasos créditos al desarrollo de las ciencias humanas—.

El buen historiador no será aquel que, después de haber recopilado los documentos, se limite a interpretarlos puntualmente: será aquel que logre, con amplio sentido de lo humano, utilizarlos y extraer de ellos todos los elementos aprovechables.

1. La búsqueda de los documentos inéditos

a) *Conservación de los documentos*

Por desgracia todos los documentos son siempre perecederos. Una masa considerable de ellos ha sido destruida en el transcurso de los siglos y con frecuencia no disponemos más que de fragmentos aislados relativos a un período alejado de la historia.

Los efectos naturales del tiempo —sobre todo la excesiva humedad o la excesiva sequedad del aire— son los principales responsables de ello. Las manipulaciones también acaban por provocar sea desgarrones

13. Cf. Febvre, L.: *op. cit.*, pág. 334: «La historia se hará mediante el esfuerzo convergente de hombres de distinta procedencia, cultura y aptitudes, pues no se precisa la misma formación para describir el contenido de una conciencia cristiana del siglo xv que el proceso de invención de la máquina de vapor o el concepto que los contemporáneos de J.-J. Rousseau tenían de la ciencia».

parciales, sea la desaparición completa de algunas hojas. Por otra parte, los actuales papeles y tintas corrientes son de mala calidad. Las copias en papel cebolla que hoy se utilizan son prácticamente ilegibles al cabo de cincuenta años. ¡Nuestros escritos están destinados —salvo intervención prematura y decisiva de gusanos, termitas u otros «roedores»— a desaparecer en el plazo máximo de un siglo!

Asimismo circunstancias accidentales ocasionan la pérdida de numerosos documentos (ejemplos: el bombardeo de Bruselas en 1695; la destrucción de los libros del registro civil en el incendio del Ayuntamiento de París en 1871; el incendio del archivo general central de Alcalá de Henares en 1939, etc.).

La negligencia es también causa de otras pérdidas (ejemplos: los robos cometidos en instituciones estatales; los expurgos sistemáticos que antaño se hacían en los archivos antiguos, con criterios hoy superados, por personal incompetente o sobrecargado, etc.).

Por último, la destrucción sistemática de los documentos puede ser decidida por la autoridad (ejemplo: los archivos del Estado Independiente del Congo, a raíz del decreto promulgado por Leopoldo II, el 23 de junio de 1906, antes de que Bélgica recuperara el Congo: «Les daré mi Congo, decía el rey, pero no tienen derecho a saber qué he hecho allí»[14].

Los documentos oficiales librados por administraciones públicas en general debieran conservarse (aunque, por falta de espacio y de personal, hay evidentes fugas).

En cuanto a los documentos de carácter privado, los archivos de las viejas familias aristocráticas (documentos meramente familiares; documentos señoriales y feudales; instrumentos patrimoniales: títulos de propiedad y documentos de explotación, etc.) en general se han conservado hasta nuestros días; pero en la actualidad el abandono de la mansión señorial y el traslado a un piso constituye una amenaza para la conservación. Los archivos familiares de las demás clases sociales (los «archivos de los humildes o de los desconocidos») suelen destruirse sistemáticamente al cabo de dos o tres generaciones (papeles familiares, certificaciones del registro civil, títulos, hojas de servicios, agendas, fichas de salarios, cuentas domésticas, cuadernos de apuntes, correspondencia, documentos de tipo judicial, etc.). Ni siquiera las clases dirigentes contemporáneas, integradas por hombres nuevos o tecnócratas, manifiestan deseos de conservar sus archivos, a pesar de que suelen contener papeles de gran interés. Entre los fondos privados cabe mencionar los archivos de los partidos políticos, de los sindicatos, de las

14. STINGLHAMBER, G.; y DRESSE, P.: *Léopold II au travail* (Bruxelles, 1945), pág. 52.

universidades, así como los de empresas financieras, comerciales e industriales y de asociaciones culturales, literarias, artísticas, etc. Por desgracia, muchos de ellos se han perdido; pero hay empresas que conservan archivos muy antiguos y muy importantes.

b) *Centralización de los documentos*

La dispersión de los documentos históricos representa un obstáculo para las investigaciones históricas. Y los documentos, títulos jurídicos auténticos, constituyen la fuente directa y fundamental a la que debe recurrir todo historiador. Los documentos «dan existencia física a la historia, pues sólo en ellos queda superada la contradicción entre un pasado acabado y un presente en el que este pasado sobrevive»[15]. La reunión de los documentos archivísticos es consecuencia de la actividad cotidiana de una administración pública, religiosa o privada.

El concepto de «fondo archivístico» se opone por completo al de «colección». Una colección —la de un museo, una biblioteca o un aficionado— se forma a posteriori según criterios forzosamente subjetivos, que responden a determinados gustos o bien a ocasionales ventas, donaciones y legados. En cambio, los documentos se depositan en los archivos exactamente igual que se forman los sedimentos de los estratos geológicos, progresivamente, ininterrumpidamente»[16].

Los documentos se conservan desde la más remota antigüedad porque pueden servir de precedente de los asuntos tratados (ejemplo: los archivos de Samshi-Addu, rey de Mari, que contienen más de 20 000 tabletas de arcilla relativas al II milenio a. de C.). Lo que figura en nuestros documentos públicos, en Grecia y en Roma se inscribía sobre piedra: se han encontrado tratados de alianza entre ciudades, cuentas públicas, cuentas e inventarios de templos. Salvo contadísimas excepciones, de todo lo que en Grecia se escribió en papiro o pergamino no ha quedado nada. En cambio, en las arenas de Egipto se han conservado muchos papiros que, amén de numerosos documentos privados, nos han deparado papeles procedentes de departamentos oficiales —equivalentes a nuestros documentos— que habían sido entregados a embalsamadores y que se han conservado pegados unos a otros en los cartonajes con que estos individuos envolvían las momias.

15. LÉVI-STRAUSS, CL.: *La pensée sauvage* (Paris 1962), pág. 321.
16. BAUTIER, R.H.: *Les archives*, en «L'histoire et ses méthodes» (Paris, 1961), pág. 1120. Cf. también SALMON, P.: *De la collection au musée* (Bruxelles, 1958), pág. 5: «Una colección es la acumulación de objetos de la misma especie —o que guardan relación entre sí— reunidos por una misma persona, con fines estéticos, utilitarios o ilustrativos».

Poco nos queda de la Alta Edad Media, época en que el procedimiento era sobre todo oral (por ejemplo, fragmentos de registros del papa Gregorio el Magno, diplomas de los soberanos merovingios, etc.).

Entre los siglos XII y XVI se forman volúmenes manuscritos en los que se registran y clasifican más o menos sistemáticamente los documentos importantes (diplomas, tratados, contratos, testamentos, cédulas, etc.). Muchas instituciones religiosas se preocupan de transcribir los privilegios importantes en las compilaciones llamadas «cartularios», «tumbos» y «becerros» y lo mismo hacen las instituciones civiles, sobre todo los municipios y gremios. Empiezan también a registrarse (en oportunos «registros») los documentos expedidos por las cancillerías reales. Poco a poco, cada servicio administrativo se preocupa de conservar sus propios documentos.

En el siglo XVI asistimos al nacimiento de los archivos de Estado. En 1567 Felipe II crea el primer depósito de privilegios y documentos administrativos en el castillo real de Simancas, cerca de Valladolid. El ejemplo es seguido por los demás estados, cuyos soberanos obtienen así un eficaz instrumento de gobierno. En esta época a los archiveros les está prohibido prestar los documentos sin autorización expresa del monarca.

En el siglo XVII aparecen los primeros tratados archivísticos y a mediados del siglo XVIII asistimos a un nuevo esfuerzo de concentrar los documentos en grandes depósitos centrales, administrados por el Estado. En 1749 la emperatriz María Teresa crea en Viena el *Haus-, Hof- und Staatsarchiv* en el que se reúnen los documentos de los Habsburgo.

En Francia, la Revolución de 1789 fomenta la primera centralización moderna de los documentos con objeto de facilitar la administración de la nación; el principio de publicidad de los documentos sustituye al del secreto de Estado. Sin embargo, por lo general y hasta nuestros días el secreto subsiste durante un período de cincuenta años, aunque también puede darse el caso de un Estado que decida publicar anticipadamente una selección documental, evidentemente orientada (ejemplo: *Le Livre Jaune Français,* publicado a comienzos de la Segunda Guerra Mundial).

En el transcurso del siglo XIX los demás países europeos seguirán el ejemplo de Francia. «Dirigidos por archiveros historiadores, generalmente medievalistas, los archivos se convierten en laboratorios de la ciencia histórica»[17].

17. BAUTIER, R.-H.: *art. cit.*, pág. 1135.

El extraordinario incremento de las atribuciones del Estado a partir de mediados del siglo XX ha provocado un aumento tan considerable de papeles, que para asegurar la conservación o la eliminación racional de documentos se ha hecho indispensable la organización unificada de los archivos del Estado. En todos los países la extensión de los archivos exige una política de construcción o adaptación de edificios. Incluso los nuevos estados, como la India, Ghana, Nigeria, Túnez, etc., han establecido, desde su creación, una organización archivística.

[En España, los documentos de carácter público relativos a los antiguos reinos y dominios se conservan en los archivos generales (Archivo Nacional, en Madrid; Archivo de Simancas; Archivo de Indias, en Sevilla; Archivo de la Corona de Aragón, en Barcelona) y en los archivos regionales (Archivos de los reinos de Galicia, Valencia y Mallorca y de las reales chancillerías de Granada y Valladolid) y, además, en el Archivo General de Navarra, en Pamplona. Los documentos más modernos se guardan en los archivos de los distintos ministerios —el más importante es el de Asuntos Exteriores—; pero cuando pierden su valor administrativo se trasladan a los archivos históricos: los de los ministerios militares van a parar al alcázar de Segovia, mientras que los que proceden de los civiles habrán de depositarse en el recién creado Archivo Central de la Administración, en Alcalá de Henares.

En las capitales de provincias existen archivos históricos provinciales que reúnen los documentos que las delegaciones ministeriales (Audiencia, Hacienda, etc.) ya no consideran necesarios para desarrollar su actividad.

Hay, además, una enorme variedad de archivos con importantes fondos históricos. Entre ellos hay que mencionar los eclesiásticos (metropolitanos, diocesanos, catedralicios, parroquiales y monásticos), municipales, de las diputaciones, notariales (o de protocolos), etc., no siempre fácilmente accesibles a los investigadores.

Señalemos, por último, que los archivos privados sólo rara vez han sido depositados en archivos oficiales abiertos al público.]

En los países del Este se ha nacionalizado buena parte de los archivos privados (excepto los fondos religiosos). En Francia se adquieren sistemáticamente los papeles privados que se ponen a la venta y se invita a las empresas a entregar sus fondos a los archivos nacionales o departamentales.

Asimismo, en todos los países empiezan a formarse archivos sonoros, fotográficos y de películas. Señalemos, por último, que el microfilm ha revolucionado los métodos de los archivos y de las investigaciones históricas: gracias a él pueden reunirse fondos dispersos y ofrecer los documentos a los investigadores a precios asequibles.

c) *Inventario de los documentos*

Los archiveros, que están al frente de los depósitos públicos, tienen la misión de clasificar e inventariar sus riquezas documentales. Los municipios que carecen de archivero suelen ignorar la importancia de los documentos que conservan: documentos esenciales olvidados en sótanos o graneros a veces no son utilizados por la sencilla razón de que no son conocidos.

[En España los depósitos oficiales están abiertos al público; la petición y utilización de los documentos no suele exigir requisitos especiales, excepto para períodos muy recientes (regla de los cincuenta años)[18].]

Los archiveros quisieran que la masa de documentos reunidos en sus depósitos no sólo fueran útiles a los funcionarios de la administración estatal y a los historiadores, sino que también contribuyeran a incrementar la cultura histórica de la población estudiantil y del público en general.

De ahí que en Bélgica, a partir de 1961 y en el adecuado marco de la Casa flamenca de Anderlecht, se haya organizado una Exposición permanente de documentos relativos a la historia nacional: su objetivo es poner a los visitantes en contacto directo con las fuentes del pasado y hacer más viva la enseñanza de la historia.

En conclusión, el papel de los archivos puede resumirse en estas palabras: «máxima concentración del potencial documental de la nación en beneficio del público y de los estudios históricos»[19].

2. La búsqueda de los documentos impresos

Los historiadores acuden a las bibliotecas en busca de bibliografía, documentos e instrumentos de investigación.

Mediante la publicación de colecciones y repertorios sistemáticos se han puesto a disposición de los investigadores fuentes importantes (por ejemplo, los *Acta Sanctorum* de los bolandistas, que desde 1643 publican las vidas de los santos siguiendo el orden del calendario; los

18. Señalemos, sin embargo, que después de la Segunda Guerra Mudial algunos países han suavizado esta norma: así, los archivos diplomáticos alemanes del *Auswärtiges Amt* hasta el año 1945 son hoy accesibles por completo a los investigadores. Pero en ciertos estados la legislación archivística es más severa: por ejemplo, la consulta de los archivos secretos del Vaticano sólo está permitida hasta el pontificado de Pío IX (1846-1878).

19. Bautier, R.-H.: *art. cit.*, pág. 1161.

Monumenta Germaniae Historica, en curso de publicación desde 1826, que reúnen las fuentes relativas a la historia germánica durante la Edad Media).

La investigación bibliográfica exige mucho tiempo y minuciosidad [20], pero la lectura de las obras dedicadas al tema objeto de estudio le brindan al historiador la posibilidad de acudir a las fuentes publicadas y a los trabajos de sus predecesores. Sin embargo, hay que procurar fijarse sólo en lo esencial y no atascarse en los detalles ínfimos. En un futuro próximo, las investigaciones históricas serán más cómodas y más rápidas merced al uso de ordenadores.

Los documentos conservados en las bibliotecas comprenden *manuscritos* —acerca de estas fuentes, en general literarias, véase lo que antes hemos dicho al hablar de los fondos archivísticos—, *grabados* (fuentes iconográficas), *mapas* y *planos* (fuentes cartográficas), *monedas* y *medallas* (fuentes numismáticas) e *impresos* (libros, folletos, revistas y diarios). Acerca de estos últimos, ya Ernest Renan en 1848, en el *Avenir de la Science* (publicado en 1890), denunciaba los peligros del gigantismo de ciertos fondos de libros: «Si la Bibliothèque National de Paris sigue enriqueciéndose con todas las producciones nuevas, dentro de cien años será totalmente inmanejable y su misma riqueza la invalidará»[21]. Un siglo más tarde y a pesar de la predicción de Renan, siguen existiendo bibliotecas enciclopédicas. [Así, la Biblioteca Nacional de Madrid atesora hoy casi dos millones y medio de obras impresas (es decir, cien kilómetros de estanterías). Aunque la creación de pequeñas bibliotecas de institutos, como, por ejemplo, de los que integran el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, parece que favorezca el trabajo de los especialistas, en realidad este sistema resulta muy costoso (multiplicidad de locales, de personal y de obras de consulta, necesarias en todas las bibliotecas).]

Los inventarios (enumeraciones descriptivas), catálogos o repertorios (listas sistemáticas con resúmenes explicativos) de todas clases son los instrumentos de investigación que habrá de utilizar el historiador para conocer la existencia y la localización de los documentos. En efec-

20. Véase MALCLÈS, L.-N.: *Les sources du travail bibliographique*. I. *Bibliographies générales;* II. *Bibliographies spécialisées. Sciences humaines,* 2 vols.; III. *Bibliographies spécialisées. Sciences exactes et techniques*. — Paris-Genève 1950-1958. El estudiante podrá consultar una redacción abreviada y puesta al día de esta importante obra, es decir MALCLÈS, L.-N.: *Manuel de bibliographie*. — Paris, 1963, que pretende señalar los métodos y los medios de buscar los textos impresos a partir del siglo XV.

21. Citado por JOSSERAND, P.: *Les bibliothèques,* en «L'Histoire et ses méthodes» (Paris, 1961), pág. 1110.

to, un fondo que carece de repertorio (o que lo tiene malo) no será muy útil al historiador.

Sólo algunas grandes bibliotecas publican catálogos de autores de libros impresos (por ejemplo, el del British Museum consta de 263 volúmenes en folio publicados entre 1959 y 1966 y completados anualmente con volúmenes de adiciones; citemos también el de la Bibliothèque National de Paris, iniciado en 1897 y que pronto alcanzará los 200 volúmenes en 8.º).

En la actualidad se utiliza sobre todo el sistema de catálogo en fichas (manuscritas o impresas). Es el sistema que siguen las bibliotecas españolas. El lector dispone de dos catálogos generales en fichas: en el primero de ellos las fichas están clasificadas por orden alfabético de autores y de títulos de obras anónimas, revistas, diarios y colecciones; en el segundo catálogo las fichas van clasificadas por materias (según el sistema de la Clasificación Decimal Universal) o, algunas veces, por orden alfabético de temas. Gracias a una serie de obras de consulta (diccionarios, enciclopedias, manuales, atlas, anuarios, catálogos, biografías, bibliografías) el lector puede hallar directamente cualquier información o bien verse encaminado hacia publicaciones que contengan dichas informaciones.

Por otra parte, para un bibliotecario *conservar y prestar* los libros son dos deberes contradictorios. En efecto, a fuerza de manejarlos los libros se estropean, en especial los libros contemporáneos que suelen ser de papel de calidad muy mediocre. Los libros agotados no pueden reponerse, aunque se va introduciendo la costumbre de fotografiarlos.

El préstamo nacional e internacional entre bibliotecas es cada vez más frecuente; pero debiera prohibirse el préstamo de los volúmenes raros y de las obras de consulta. El hecho es que el historiador a menudo habrá de desplazarse para llevar a cabo el trabajo de documentarse.

En la mayoría de las grandes bibliotecas existe un servicio de reproducción fotográfica, que se encarga de hacer fotografías, fotocopias, xerocopias y microfilms de obras existentes en sus fondos. El microfilm es un medio que ahorra al investigador desplazamientos demasiado costosos y le permite disponer de una documentación a menudo muy dispersa. Por el hecho de reproducir cualquier tipo de documento a escala reducida y en negativo, el microfilm permite: prevenir una posible destrucción de documentos preciosos, ahorrar espacio, reconstituir colecciones descabaladas de diarios y periódicos, así como completar fondos de archivos existentes. Los microfilms suelen conservarse en filmotecas y en doble ejemplar: 1.º los *microfilms de seguridad* se depositan en un local templado y en general en rollos de 120 metros metidos en cajas metálicas: personal especializado se encarga de comprobar el estado de

conservación y cuando lo considera oportuno manda reproducirlos; 2.º los *microfilms de consulta,* a menudo cortados en bandas standard de 23 cm son ejemplares de trabajo cuya gelatina acaba por rayarse y han de ser sustituidos periódicamente.

3. La búsqueda de documentos grabados

El progresivo retroceso del documento escrito ante el sonido y la imagen, fragmento de historia viva, es una de las características de la civilización contemporánea.

a) *Los archivos sonoros*

En 1877 el norteamericano Thomas Edison (1847-1931) inventa la primera máquina parlante, el fonógrafo: un estilete graba las vibraciones sobre una banda de papel de estaño arrollada en torno a un cilindro, con lo cual resulta posible la grabación directa y la reproducción. En 1889 otro norteamericano, Charles Sumner Tainter (1854-1940) mejora la calidad de la grabación al sustituir el cilindro con papel de estaño por otro cilindro de cera y parafina. El mismo año, Emil Berliner (1851-1929) crea el gramófono, el primer aparato de discos con grabadura lateral, llamados duros, obtenidos por el procedimiento de copia por galvanoplastia. El disco duro, del que se hacen industrialmente tiradas de miles de ejemplares, dominará el mercado hasta 1930, año en que aparece en Alemania el disco de grabación directa, llamado blando, constituido por una placa de aluminio o de zinc recubierta de barniz celulósico. Esta fórmula es adoptada muy pronto por las emisoras de radiodifusión; pero el magnetófono de cinta lisa, inventado ya en 1935, destrona al disco blando después de la Segunda Guerra Mundial y es adoptado tanto por la radio como por los «cazadores de sonido». Finalmente, a partir de 1948 el microsurco de larga duración goza de un éxito extraordinario.

La idea de conservar los documentos sonoros de interés histórico es reciente. Poco es lo que queda del período 1877-1945: ¡toneladas de grabaciones antiguas han sido destruidas! Sin embargo, a partir de 1945 disponemos de una masa tal de documentos sonoros grabados que, para evitar la acumulación e inmovilización de un número desmesurado de cintas magnetofónicas, resulta necesario eliminar los documentos menos interesantes. Los documentos sonoros se clasifican en discotecas, fonotecas y tenidiotecas (depósitos de cintas magnetofónicas) públicas,

las más ricas de las cuales suelen depender de los organismos nacionales de radiodifusión-televisión.

Además de documentos sonoros históricos indirectos (grabaciones musicales, literarias, folklóricas, etc.) existen documentos sonoros históricos directos, testimonios más vivos que los textos, pues permiten apreciar la manera de hablar y las inflexiones de voz de los personajes célebres: así, por ejemplo, se ha conservado el discurso pronunciado por René Viviani, el 4 de agosto de 1914, en la Cámara de Diputados. Pero los documentos sonoros son fáciles de trucar: la grabación de sonido puede falsearse mediante una adecuada colocación y combinación de micrófonos; la cinta magnetofónica ofrece posibilidades de borrado y de montaje (una cinta continua puede haberse grabado con una serie de fragmentos empalmados). Por eso, las grabaciones sonoras no se consideran prueba legal ante los tribunales. Es decir, que el historiador siempre habrá de demostrar la autenticidad del testimonio sonoro mediante documentos escritos.

b) *Los archivos fotográficos y los archivos de películas*

En 1822 el francés Nicéphore Niepce (1765-1833) hace la primera fotografía al obtener sobre una lámina de cobre impregnada de betún de Judea una representación de objetos exteriores. Con el correr de los años el invento de Niepce será perfeccionado por otros inventores. Desde 1878, al generalizarse el procedimiento fotográfico de la gelatina con bromuro de plata, que permite la fabricación industrial de placas, y luego, a partir de 1890, de rollos de película de celuloide transparente, se inicia la era de la fotografía moderna. Después de 1900 empieza a utilizarse la fotografía en color, que gracias al constante progreso de la técnica acaba por ocupar un lugar cada vez más predominante en el mercado.

La publicación de semanarios ilustrados a partir de 1910 aproximadamente, gracias a los procedimientos de heliograbado y offset, ha permitido conservar numerosos documentos fotográficos. Asimismo se conservan millones de fotografías y clisés en las fototecas de los estados (que a menudo son anexos de las secciones de grabado de las grandes bibliotecas), de las agencias de prensa y de los semanarios ilustrados. Existen también colecciones privadas que tratan de salvar una mínima parte de los millares de millones de fotocopias, diapositivas y clisés hechos por aficionados. La clasificación de estos documentos fotográficos, que con excesiva frecuencia son anónimos o no identificables, plantea problemas casi insalvables.

El historiador no debe olvidar que una fotografía no siempre representa la realidad y que el trucaje permite modificar el significado y el sentido. Entre las deformaciones posibles figuran: destacar la actitud aislada de un personaje, los retoques a la aguada de los retratos oficiales, los decorados fotografiados a centenares de kilómetros del lugar auténtico, la leyenda sin relación con el tema representado, las vistas «sensacionales» obtenidas *post eventum* con la colaboración de los actores de un suceso pasado y, sobre todo, el fotomontaje. Así, después de haber caído en desgracia en la U.R.S.S., Trotski desapareció de las fotografías oficiales del grupo de dirigentes de la Revolución de Octubre. De ahí que para autentificar los documentos fotográficos sospechosos siempre será preciso recurrir a la comprobación mediante documentos escritos.

En 1889 y basándose en el principio de la persistencia de las impresiones luminosas en la retina, Thomas Edison filma las primeras películas mudas formadas por fotografías fijas en bandas verticales transparentes. Para poderlas ver inventa el kinetoscopio, un aparato que hace pasar la película entre una serie de rodillos y gracias al cual el espectador puede seguir el desarrollo a través de un ocular. En 1895 Louis Lumière (1864-1948) patenta su cinematógrafo, aparato tomavistas y de proyección. En dicha máquina la película pasa delante de un objetivo: la imagen ampliada es proyectada sobre una pantalla a la velocidad de 16 imágenes por segundo (que luego se elevó a 24 para el cine sonoro). En 1927-1931 se realizan ya las primeras demostraciones de televisión y se generaliza el cine hablado.

Todos los años se filma una masa enorme de noticiarios y de documentales, entre los que figuran testimonios históricos insustituibles (por ejemplo, el desembarco aliado en Normandía en junio de 1944, que contiene informaciones inéditas que los documentos escritos no revelan). Sin embargo, no hay que desdeñar las películas de escenificación pues también constituyen testimonios involuntarios acerca de la historia de la civilización (usos, costumbres, comportamiento de grupos y de individuos, mentalidades, mutaciones psicosociales, etc.).

A partir de 1935 las cinematecas públicas o privadas, raras a principios de siglo, se multiplican en el mundo entero. En 1938 se crea la Federación Internacional de los Archivos del Film. Desgraciadamente la inmensa mayoría de los largometrajes mudos y buena parte de las películas habladas han sido destruidas. Hoy todavía se recupera la plata y el celuloide enviando a la fundición las películas usadas o los negativos que han perdido su valor comercial. Subrayemos que la conservación sistemática de todos los negativos y copias de películas sería deseable para los historiadores del mañana. Todos los gobiernos debieran

seguir el ejemplo de la U.R.S.S., que ha establecido el depósito legal obligatorio para todas las producciones cinematográficas [22]. [En España tal obligación fue decretada en 1958.]

Todas las películas han sido objeto de un montaje, operación consistente en pegar cortos fragmentos filmados por separado. El montaje se hace tanto para la banda visual como para la banda sonora, que casi siempre se graba por separado y posteriormente se sincroniza con las imágenes. El montaje de la película modifica su valor documental. Georges Sadoul afirma que a consecuencia del uso del montaje «los noticiarios y los documentales no constituyen una reproducción mecánica de la vida, sino que presuponen una recreación que puede llegar a ser falsificación»[23]. Un ejemplo: durante la guerra árabe-israelí de junio de 1967, los egipcios se hallaban a sólo veinte kilómetros de Tel Aviv. El alto mando egipcio estaba tan seguro de que esta ciudad iba a ser destruida que, desde el principio de la guerra, el 5 de junio de 1967, la televisión egipcia transmitía imágenes de la ciudad en llamas: ¡éstas procedían de un noticiario que ilustraba el gigantesco incendio que unos meses antes había asolado el inmueble de la compañía marítima «Zim»!

En los noticiarios, erróneamente considerados documentos directos, entre los fragmentos filmados el día mismo suelen intercalarse secuencias retrospectivas; a continuación se sonoriza el conjunto en un laboratorio (música, ruidos y comentarios). La grabación simultánea del sonido y de las imágenes es un hecho excepcional. Por otra parte, ciertos planos pueden ser verdaderas escenificaciones; algunas secuencias pueden ser «adaptadas», es decir, ser objeto de un nuevo «montaje»; las versiones dobladas pueden diferir mucho de las versiones originales; finalmente, no hay que olvidar que los gobiernos ejercen un control más o menos discreto sobre los noticiarios, los cuales, por consiguiente, reflejan las tesis oficiales de la época en que fueron grabados.

«El historiador que se valga de una fuente filmada procedente de noticiarios deberá siempre —y sobre todo para la banda sonora— cotejar estos datos con los que proporcionan las fuentes tradicionales: diarios, documentos, testimonios orales, etc.» [24].

22. Asimismo, según sugiere FERRO, M.: *Société du XXe siècle et histoire cinématographique*, «Annales» (Paris), XXIII (1968), págs. 581 y ss., habría que establecer a escala internacional un catálogo sistemático de los documentos filmados y televisados, en que se mencionara la clase de fuente (noticiario, documental, película de ficción, etc.) así como la lista de los planos y de las secuencias.
23. SADOUL, G.: *Témoignages photographiques et cinématographiques*, en «L'Histoire et ses méthodes» (Paris 1961), pág. 1394.
24. SADOUL, G.: *art. cit.*, pág. 1396.

C. Las ciencias auxiliares de la historia

Para dedicarse al estudio de la historia con alguna esperanza de éxito hay que conocer algunas ciencias auxiliares; precisemos, sin embargo, que se trata de un *conocimiento técnico* y no de un saber enciclopédico.

Para estudiar la historia antigua de Asiria es preciso conocer las escrituras cuneiformes. Un documento escrito debe ante todo ser descifrado: antes del descubrimiento de Michael Ventris en 1952, las tabletas de arcilla (del último tercio del II milenio) halladas en Creta y en el continente, con textos en caracteres gráficos de la escritura lineal B, eran ininteligibles para nosotros. Con la colaboración de John Chadwick, Michael Ventris demostró que tanto en Knossos como en Pilos y en Micenas la lengua escrita con estos caracteres era un dialecto griego arcaico, muy próximo al que más tarde había de usar la epopeya homérica. Hoy sabemos que la lineal B es una escritura silábica que reproduce de una manera muy imprecisa los sentidos y las palabras del griego arcaico. Ejemplos: *pa-te* (griego, pater), padre; *ai-ku-pi-ti-jo* (griego, Aiguptios), egipcio; *po-ni-ki-jo* (griego, Phoinikios), fenicio. Los documentos en lineal B hallados hasta hoy son casi siempre inventarios.

En nuestros días los etruscólogos leen las inscripciones etruscas, pero no siempre las entienden. Recordemos, a propósito de eso, el exabrupto que Aldous Huxley pone en boca de un personaje de una de sus novelas que está visitando Cerveteri (la antigua Caere); «¿Quién sabe? Dentro de un centenar de años un nuevo Keat o un nuevo Busby meterán quizá la sintaxis etrusca y la prosodia etrusca en la cabeza de los mocosos. Nada produciría mayor satisfacción. El latín y el griego tienen un valor práctico infinitesimal, pero el etrusco es total y absolutamente inútil. ¿Puede hallarse mejor base para la educación de un gentleman? Es la lengua muerta del futuro. Si el etrusco no existiera, habría que inventarlo»[25].

La *epigrafía* (estudio de las inscripciones, es decir, de los textos escritos sobre materiales duraderos), la *paleografía* (estudio del desciframiento de las escrituras antiguas) y la *papirología* (estudio del desciframiento de los papiros) constituyen técnicas indispensables para los especialistas de la Antigüedad y de la Edad Media.

Si en el mundo contemporáneo la *epigrafía* es bastante pobre (inscripciones de edificios públicos, civiles y religiosos, placas de nombres de calles, rótulos, placas de señalización de carretera, hitos kilométricos,

25. Cf. HUXLEY, A.: *Marina di Vezza*, en la traducción francesa de J. BASTIN (Paris, 1938), pág. 337.

exvotos y epitafios), en el mundo antiguo conoció extraordinaria difusión. Se han encontrado centenares de millares de inscripciones griegas y romanas (leyes, decretos, tratados, exvotos, epitafios, cuentas, inventarios, calendarios, himnos, crónicas, basas de estatuas, documentos triunfales u honoríficos, etc.). Estos documentos, grabados en piedra para asegurarles perdurabilidad, son copias o resúmenes de documentos escritos en papiro o pergamino. Constituyen testimonios directos que ilustran de un modo a menudo sorprendente la historia política, institucional, económica, social, religiosa y cultural del mundo grecorromano. La publicación de *corpus* o colecciones epigráficas, que contienen importantes series de inscripciones griegas y latinas, ponen en manos del historiador un importante material para reconstruir las inscripciones mutiladas a base de compararlas con inscripciones semejantes, pues con frecuencia utilizan fórmulas idénticas para fechar y garantizar la autenticidad de los documentos lapidarios. Pero ciertas lagunas a veces son imposibles de suplir. De ahí que siempre haya que evitar restituciones atrevidas. Acerca de ello Mabillon refiere una anécdota muy curiosa. Durante el pontificado de Urbano VIII (1623-1644), «llegó a Roma la súplica de una iglesia de España, que solicitaba indulgencias para la festividad de un *san Viar*, cuyo cuerpo pretendía poseer. La novedad del nombre sorprendió al Papa. Antes de acceder a la solicitud quiso saber en qué monumentos se basaba el culto al supuesto santo. La investigación reveló que todas las pruebas de su santidad se reducían a una piedra colocada en el lugar en que se creía que estaba enterrado y sobre la que se leía, con toda claridad, su nombre: S. VIAR. La piedra fue cuidadosamente examinada por epigrafistas algo más hábiles que el clero y los habitantes de la localidad española, y esos eruditos no tuvieron mayor dificultad en reconocer los restos de una inscripción borrada casi por completo, en la que se citaba a un *praefectu*S VIAR*um* o intendente de las calzadas públicas en tiempos de la dominación de los romanos»[26]. Recordemos también que en epigrafía se usan numerosas abreviaturas. Citemos, por ejemplo, este epitafio latino: N.F.F.N.S.N.C. que equivale a *Non fui, fui, non sum, non curo* («No fui, fui, ya no soy, ya no me preocupo»). Subrayemos por último que el constante aumento del material epigráfico permite profundizar y renovar nuestros conocimientos de la antigüedad clásica.

La *paleografía* se ocupa de las escrituras antiguas, es decir, de los signos convencionales usados para transmitir el lenguaje, así como de

26. MABILLON: *Iter italicum* (Paris, 1724), pág. 143. Este texto está citado en DE SMEDT, CH.: *Principes de la critique historique* (Liège, 1883), págs. 192 y ss.

los materiales y utensilios de escritura. El campo de la paleografía es extraordinariamente amplio, pues incluye todos los tipos de escritura usados en el mundo desde hace cinco milenios. Sin embargo, la paleografía griega, la paleografía romana y la paleografía medieval constituyen hoy importantes ciencias autónomas. Los principales materiales gráficos de la Antigüedad y de la Edad Media son: las *tabletas de cera*, el *papiro* (cuyas hojas pegadas forman el *volumen* o rollo) y el *pergamino* (o *pergamen* hecho con pieles de animal preparadas y dobladas en pliegos para formar el *codex* o libro). Este último material resulta caro ya que para un manuscrito de 200 páginas se necesitan las pieles de 100 ovejas. Para escribir en papiro o pergamino se utiliza el *estilete* (cálamo cortado) untado en *tinta*. Los primeros manuscritos de *papel* (hecho a base de trapos triturados, procedimiento inventado por los chinos a principios del siglo II de nuestra era) datan en Europa del siglo XIII. Durante la Edad Media algunos manuscritos volvían a utilizarse después de haberlos lavado y lijado *(palimpsestos)*. Para lograr que reaparezca la tinta de los textos desvaídos, se usan hoy los rayos ultravioletas filtrados; cuando los textos quedan ocultos bajo una substancia opaca, se recurre a los rayos infrarrojos. La mayoría de los manuscritos griegos y latinos son de la Edad Media. La principal dificultad de los textos medievales, tanto los escritos en latín como los redactados en lengua vulgar, consiste en resolver las abreviaturas —unas 15 000— usadas por los copistas: hay *abreviaturas por apócope*, que consisten en escribir únicamente las siglas o las letras iniciales de las palabras (por ejemplo: S.C. = *senatus consultum*); *abreviaturas mediante signos especiales* o *notas tironianas* (especie de taquigrafía quizás inventada por Tirón, liberto de Cicerón); *abreviaturas por contracción* (por ejemplo $\overline{\text{Ds}}$ = *Deus;* $\overline{\text{Dns}}$ = *Dominus*) y *abreviaturas por letras superpuestas* (ejemplo: sup^{a} = = *supra*). Señalemos también que a veces se descubren pergaminos manuscritos inéditos en el grueso de las tapas de las encuadernaciones antiguas.

La *papirología*, rama desgajada de la paleografía en el siglo XX, estudia los *ostraca* (fragmentos de cerámica escritos), las *tabletas de cera, de madera o de plomo* y, sobre todo, los *papiros*. Estos últimos proceden casi todos de Egipto y suelen estar redactados en griego, mucho más raramente en latín [27]. La papirología se ocupa de la historia del valle del Nilo desde fines del siglo IV a. de C. hasta comienzos del VII de nuestra

27. Existen también numerosos papiros redactados en egipcio (jeroglífico, hierático y demótico), en arameo, copto, árabe, etc., que pertenecen a los dominios de las papirologías egipcia, aramea, copta, árabe, etc.

era. Hay que distinguir *papiros literarios* (entre los que figuran los fragmentos más antiguos de autores clásicos, que, en conjunto, no son mejores que las copias medievales) y *papiros documentales* (códigos de leyes, reglamentos fiscales, contratos, cartas privadas, cuentas domésticas, etc.). Varias obras históricas perdidas han sido recuperadas gracias a la papirología (por ejemplo, la *Constitución de Atenas*, de Aristóteles; las *Helénicas* del Anónimo de Oxirrincos; etc.). Gracias a las excavaciones sistemáticas y a los hallazgos casuales las fuentes papirológicas —ya muy abundantes— aumentan sin cesar.

Todo el problema de la datación de los documentos se basa en la *cronología* (estudio de la distribución de los hechos históricos en el tiempo). «No hay historia sin fechas. Para convencerse de ello basta con pensar cómo aprende la historia un estudiante: la reduce a un cuerpo descarnado cuyo esqueleto son las fechas. Con razón se ha reaccionado contra este método esterilizador, pero a menudo para caer en el exceso contrario. Aunque las fechas no son toda la historia, ni lo más interesante de la historia, sin embargo sin ellas la historia misma se desvanecería, ya que toda su originalidad y peculiaridad consiste en captar la relación del antes y del después, que estaría abocada a deshacerse si, al menos virtualmente, sus términos no pudieran fecharse»[28].

La repetición regular de determinados fenómenos naturales forzosamente había de proporcionar al hombre el medio para medir el tiempo. La salida y la puesta del sol, las fases regulares de la luna, el ciclo de las estaciones y de la vegetación, que corresponden, respectivamente: a la rotación de la tierra sobre sí misma, al movimiento de la luna alrededor de la tierra, a la translación de la tierra alrededor del sol, favorecían la división del tiempo en días, meses y años. A la larga llegaría a establecerse una concordancia exacta entre estos tres movimientos. Es natural que los hombres, que primero adoptaron sistemas de concordancia de los ciclos basados en observaciones empíricas y divergentes, anduvieran largo tiempo a tientas antes de lograr un resultado satisfactorio. Según las épocas y los países, los pueblos han contado, denominado y numerado de distinta manera los días, los meses y los años; y han introducido algunas divisiones artificiales en el curso de los tiempos. Para prever fácilmente la repetición regular de determinados acontecimientos de la vida religiosa y civil, se han visto obligados a crear un calendario (véanse en el capítulo siguiente los sistemas de datación según varios patrones). El estudio de estos sistemas y la manera de redu-

28. LÉVI-STRAUSS, CL.: *La pensée sauvage* (Paris, 1962), pág. 342.

cir las fechas expresadas según ellos a nuestra manera actual de computar el tiempo constituye el objeto de la cronología[29].

Es sabido que el calendario juliano constaba de 365 días, y que cada cuatro años se intercalaba un día; pero, en realidad, el año solar comprende 365 días, 5 horas, 46 minutos y 14 segundos. Por la bula *Inter gravissimas*, del 24 de febrero de 1582, el papa Gregorio XIII ordenó la supresión de 10 días: el día siguiente al 4 de octubre de 1582 fue el 15 de octubre de 1582. Se decidió también suprimir tres de cada cuatro años bisiestos seculares —siguen siendo bisiestos los años seculares cuyas dos primeras cifras forman un número divisible por 4; ejemplo: 2 000—. De este modo el error se redujo a 24 segundos por año.

El calendario arabigomusulmán, basado en el movimiento lunar, consta de 354 días (6 meses de 30 días que alternan con 6 meses de 29 días, en 19 de cada 30 años) o 355 días (7 meses de 30 días y 5 meses de 29 días, en 11 de cada 30 años). En realidad, el año lunar tiene 354 días, 8 horas, 48 minutos y 36 segundos. Por lo tanto, es imposible cualquier coincidencia *exacta* entre el año arabigomusulmán y el año gregoriano. He aquí las fórmulas de conversión usadas para reducir el año gregoriano al año de la Héjira y viceversa:

$$1)\quad \text{año gregoriano} = \text{año de la Héjira} + 622 - \frac{\text{año de la Héjira}}{33}$$

Ejemplo: ¿a qué año gregoriano corresponde el 1040 de la Héjira?

$$\text{año gregoriano} = 1040 + 622 - \frac{1040}{33} = 1631.$$

$$2)\quad \text{año de la Héjira} = \text{año gregoriano} - 622 + \frac{\text{año gregoriano} - 622}{32}$$

Ejemplo: ¿a qué año de la Héjira corresponde el año gregoriano 1969?

$$\text{año de la Héjira} = 1969 - 622 + \frac{1969 - 622}{32} = 1389.$$

La *geografía* (estudio de los fenómenos físicos, biológicos y humanos localizados en la superficie de la tierra) brinda al historiador la

29. Una fuente documental importante y una posible base de investigaciones podrán hallarse en DELORME, J.: *Chronologie des civilisations*. — Paris, ²1956.

posibilidad de averiguar la influencia del medio en el desarrollo de los hechos históricos. En efecto, hay que tener en cuenta las condiciones físicas (naturaleza del suelo, relieve, clima, hidrografía) que en cierta medida rigen la vida de las sociedades. Sin embargo, ya desde la prehistoria los hombres transforman los paisajes «naturales» (aumento de las extensiones herbáceas mediante el uso de los «fuegos de caza» y la difusión de ciertas especies vegetales). Adoptan luego técnicas agrícolas más avanzadas de producción alimenticia que modifican por completo los paisajes. Sin embargo, hasta el siglo XVIII, antes de la Revolución industrial, las condiciones meteorológicas desfavorables planteaban serios problemas de subsistencia a poblaciones esencialmente agrícolas, incapaces, dentro del marco de sus técnicas, de paliar tales dificultades naturales. El ritmo y la calidad de las cosechas gobernaban por entero la vida material; el hambre era una estructura de la vida cotidiana de las masas subalimentadas [30]. A partir del siglo XIX la sociedad industrial occidental se ha dedicado a dominar la naturaleza, según lo demuestran la apertura de canales interoceánicos, la colonización de tierras desérticas o pantanosas, la regularización del curso de los ríos, la tala de árboles, la repoblación forestal, etc. Por otra parte, el régimen alimenticio ya no depende totalmente de los recursos del medio. Gracias a la elevación del nivel de vida y al progreso de los transportes, en los países industriales contemporáneos el consumo alimenticio tiende a uniformarse. Es decir, que el medio geográfico no coarta a los hombres, que pueden llegar a librarse de él por medio de la técnica. «En las relaciones entre los grupos humanos y las condiciones físicas», escribe Pierre Gourou, «existen encadenamientos indispensables (de ahí que puedan ser objeto de ciencia); pero estos encadenamientos indispensables no son necesarios en su forma: es cierto que hay que alimentarse y exigir esta alimentación a la tierra, pero hay muchos tipos posibles de

30. Cf. BRAUDEL, F.: *Civilisation matérielle et capitalisme (XVe-XVIIIe siècle)*, vol I de la colección «Destins du monde» fundada por L. Febvre y dirigida por F. Braudel (Paris, 1967), pág. 55: «De hecho, carestías y penurias son continuas, familiares incluso en Europa, a pesar de ser privilegiada. El hecho de que haya unos cuantos ricos demasiado bien alimentados, no invalida la regla». Acerca de ello es preciso citar un divertido texto del reverendo Gian Battista Segni, canónigo y prior de San Salvatore de Bolonia, que a comienzos del siglo XVII escribía: «Como castigo de sus pecados Dios envía a los hombres tres plagas: el hambre, la guerra, la peste. Pero de ellas, por grave que sea, el hambre es la menos terrible. Porque así como la guerra y la peste atacan a todos los hombres sin distinción, el hambre respeta a los sacerdotes: cabe, pues, la posibilidad de confesarse antes de morir; respeta a los notarios: se puede hacer testamento; por último, respeta a los príncipes que se preocupan de la salvación del Estado.» Cf. SEGNI, G. B.: *Trattato sopra la carestia e fame, sue cause, accidenti, provvisioni, reggimenti*, Bologna, 1602, citado y traducido al francés por ZANETTI, D.: *L'approvisionnement de Pavie au XVIe siècle*, «Annales» (Paris), XVIII (1963), pág. 62.

alimentos y muy variadas maneras de producirlos»[31]. Por consiguiente, hay que eliminar sin vacilación los arraigados prejuicios de las relaciones simples entre los hechos humanos y las condiciones físicas (por ejemplo, se dice que «las actividades humanas están localizadas al borde del mar», cuando ciertas costas no tienen en absoluto o tienen muy pocas actividades marítimas; se afirma que «los semitas no comen carne de cerdo porque es malsana en los climas subtropicales, pero los vietnamitas consumen grandes cantidades en un clima aún más cálido y más húmedo». «La geografía no explica ni toda la vida ni toda la historia de los hombres. La naturaleza propone y el hombre dispone. El escenario, el país, el lugar en que el hombre vive y actúa no lo determina todo; el hombre a su vez configura a la tierra. 'Entre el hombre y las cosas no decidamos arbitrariamente... Desconfiemos, pues, de las explicaciones demasiado claras, demasiado sencillas, demasiado generales. Busquemos únicamente la parte del medio, su papel como factor de interpretación. Lo que importa es conocer el valor real de las influencias geográficas y de las reacciones humanas en el desarrollo de la historia»[32].

Señalemos también que cada lengua experimenta una evolución en el curso de los siglos. El francés medieval es muy diferente del francés contemporáneo. El conocimiento y la interpretación de los documentos escritos constituyen el objeto de la *filología* (estudio de las lenguas, de las formas, de sus usos y de los procedimientos que han producido el desarrollo del lenguaje). «Para el historiador la filología será esencialmente una ciencia crítica del documento escrito. El vastísimo campo de los textos queda enteramente abierto ante él: testimonios epigráficos, textos conservados en papiros, manuscritos y documentos archivísticos, diplomas, documentos impresos, todo eso es materia propia de la ciencia filológica»[33]. La lengua, verdadero hecho de civilización, refleja la manera de pensar y de vivir de un grupo social. Por otra parte, la *lingüística histórica* permite captar mejor, basándose en las aportaciones extranjeras que enriquecen un fondo antiguo, la historia de las migraciones humanas y de las mezclas étnicas. Por ejemplo, se ha observado que una parte del vocabulario francés de la navegación (*vague, bateau, hisser,* etcétera) constituye un testimonio formal de las invasiones escandinavas.

31. GOUROU, P.: *Pour une géographie humaine,* «Finisterra. Revista portuguesa de geografia» (Lisboa), I (1966), pág. 13.
32. HIGOUNET, CH.: *La géohistoire,* en «L'histoire et ses méthodes» (Paris 1961), pág. 73.
33. DAIN, A.: *Témoignage écrit et philologie,* en «L'histoire et ses méthodes» (Paris, 1961), págs. 450 y sig.

Para distinguir un documento auténtico de otro falso hay que saber *diplomática* (estudio de los diplomas, escrituras y documentos oficiales). Sus objetivos son: establecer la fecha, la autenticidad y el valor de los documentos redactados con fines jurídicos o prácticos. Gracias a ella se publican colecciones documentales basadas en un enorme trabajo de investigación y de crítica. «Quien dice crítica dice juicio. De ahí que el primer paso del diplomatista consista en plantearse la credibilidad del escrito que tiene ante sus ojos y, ante todo, decidir si es realmente lo que aparenta ser. Si la realidad coincide con las apariencias, el documento es sincero, suele decirse auténtico, palabra ambigua que ha de usarse con precaución. En efecto, es importante no confundir la autenticidad diplomática con la autenticidad jurídica. Esta última es el privilegio que tienen ciertos escritos (actas notariales) de dar fe por sí mismos gracias a la intervención de un representante de la autoridad pública, que garantiza la sinceridad del texto. Las escrituras privadas que por definición se oponen a las actas jurídicamente auténticas, también pueden ser completamente sinceras, diplomáticamente auténticas»[34].

La *onomástica* (estudio de los nombres propios), la *genealogía* (estudio de la búsqueda de las filiaciones) y la *heráldica* (estudio de los blasones) son también ciencias muy útiles para el historiador.

La *onomástica* comprende la *toponimia* (estudio de los nombres de lugar), la *hidronimia* (estudio de los nombres de los ríos) y la *antroponimia* (estudio de los nombres de persona). Es sabido que los nombres propios nacen, viven y mueren, igual que los seres vivos. Con el correr de los siglos los nombres propios experimentan un largo proceso de transformación causado por leyes fonéticas que varían según las lenguas y dialectos. «Así, el nombre de lugar galo Mediolanum, atestiguado en diferentes regiones, está representado hoy por Meillan, Meylan, Miolan, Mâlain, Moëslains en Francia, y por Milano en Italia»[35]. Por otra parte, la negligencia de los copistas ocasiona también numerosas deformaciones de los nombres propios. Por último, en un momento determinado una denominación nueva puede hacer desaparecer un nombre antiguo. Dado que los nombres propios se transmiten de generación en generación, la forma y el significado originarios a menudo acaban por perderse; pero, en realidad, esos nombres tienen valor de documentos histó-

34. TESSIER, G.: *Diplomatique*, en «L'histoire et ses méthodes» (Paris, 1961), págs. 670 y ss.
35. LEBEL, P.: *Onomastique*, en «L'Histoire et ses méthodes» (Paris, 1961), pág. 680.

ricos: la onomástica se ocupa de volverlos a colocar en el contexto lingüístico y cultural originario.

La *genealogía* tiene orígenes muy remotos, según nos lo atestigua la Biblia. Antiguamente estaba reservada a las clases privilegiadas que intentaban demostrar su filiación con el fin de poder acceder a diversas funciones honoríficas. En la actualidad, «la ciencia genealógica se extiende a todas las familias, sean cuales sean, y hace pasar a segundo plano las consideraciones nobiliarias»[36]. Cualquier europeo puede buscar sus antepasados al menos hasta el siglo XVII acudiendo al registro civil, a los registros parroquiales y a los protocolos de los notarios. El historiador ha de familiarizarse con esta ciencia, que permite explicar numerosos hechos históricos mediante los parentescos. Sin embargo, no deberá olvidar que un elevado número de documentos genealógicos han sido amañados por falsificadores deseosos de aumentar las prerrogativas de determinadas familias.

La *heráldica* estudia los blasones, es decir, los emblemas simbólicos hereditarios de familias, ciudades, colectividades, etc. Desde mediados del siglo XII la nobleza feudal europea adopta escudos de armas hereditarios. Estas insignias características, por las cuales pueden identificarse los caballeros, son solemnemente proclamadas en los torneos por los reyes de armas o heraldos, de donde deriva el término heráldico. En los siglos XIV y XV el derecho de poseer escudo de armas se extiende a los plebeyos. En Francia, a fines del siglo XVII, mediante pago en metálico se registran los escudos de armas de las familias nobles y burguesas. Hoy el blasón es libre y, por lo tanto, es tan sólo una marca de propiedad. Gracias a ella el historiador puede identificar la familia del antiguo o actual propietario de un edificio, sello, joya, espada, retrato, etc.

Con el fin de analizar los aspectos económicos y sociales, el historiador ha de recurrir a la *economía política* (estudio de los fenómenos referentes a la producción, reparto y consumo de las riquezas en la sociedad), a la *estadística* (análisis de un conjunto de datos numéricos relativos a determinada categoría de hechos) y a la *demografía* (estudio cuantitativo de las poblaciones).

En cuanto a la *economía política*, hay que decir que «el historiador intenta a menudo reunir indicaciones precisas expresadas en cifras y

36. MEURGEY DE TUPIGNY, J.: *Généalogie*, en «L'histoire et ses méthodes» (Paris, 1961), pág. 724.

'medir' la evolución de la coyuntura; quiere sacar conclusiones sólidas, en cierto modo seguras, de sus tablas y de sus curvas. De este modo puede conocer las variaciones profundas o accidentales de la economía, determinar los períodos buenos y malos, las fases de expansión o de contracción, y establecer una cronología de ellas tan exacta como la de los sucesos de tipo político o militar; por último, calibrar su importancia. Luego busca una explicación de los hechos sociales, y enlaza toda la vida de una época con las fluctuaciones de esta coyuntura»[37].

La *estadística* adquiere en nuestros días una importancia cada vez mayor: para captar las fluctuaciones de la actividad económica se estudian ahora los censos, los documentos fiscales, las contabilidades de los organismos públicos y de las empresas privadas, las operaciones comerciales. El análisis cuantitativo se aplica también a los archivos judiciales, parlamentarios y electorales, a los protocolos notariales, etc. Con todo, la interpretación de los datos numéricos obtenidos mediante búsquedas sistemáticas exige a menudo precisiones y matizaciones. «En la época contemporánea una estadística de los cultos establecida a partir de simples declaraciones de pertenecer a una confesión determinada encierra el peligro de dar una idea muy superficial, incluso errónea, de la vida religiosa. En un país como la Francia de los siglos XIX y XX es evidente que hay que distinguir entre el número de bautizados y el número de practicantes. Es más, convendría no confundir lo que Le Bras ha denominado 'práctica ocasional' con la asistencia regular a los oficios dominicales y la comunión pascual»[38].

La *demografía,* durante mucho tiempo desatendida por los historiadores, aspira a conocer y a explicar la importancia numérica de un continente, región o ciudad en una época determinada, así como los coeficientes de natalidad, fecundidad, nupcialidad, mortalidad, emigración e inmigración de la población estudiada. «El número divide, organiza el mundo, da a cada masa viva su peso particular, fija de golpe, o casi, su nivel de cultura y de eficacia, sus ritmos biológicos (e incluso económicos) de crecimiento, incluso su destino patológico»[39]. Antes del siglo XVII la documentación es rara: las cifras son inseguras y a menudo divergentes. Algunos datos aislados los proporcionan los efectivos que una ciudad antigua puede poner en pie de guerra, los empadrona-

37. HEERS, J.: *L'Occident aux XIVe et XVe siècles. Aspects économiques et sociaux* (Paris, 1963, colección «Nouvelle Clio», 23), pág. 263. (Trad. esp. Barcelona, 1968.)
38. MEUVERT, J.: *Les données démographiques et statistiques en histoire moderne et contemporaine,* en «L'histoire et ses méthodes» (Paris, 1961), pág. 915.
39. BRAUDEL, F.: *op. cit.,* pág. 68.

mientos medievales por «fuegos», así como los registros parroquiales de bautizos, matrimonios y defunciones, obligatorios a partir del Concilio de Trento (1563) y que en general se han conservado desde el siglo XVII. La secularización del registro civil, iniciada en la Europa occidental a fines del siglo XVIII (en 1784 en los Países Bajos austríacos; en 1792 en Francia) —en España no se estableció hasta 1870—, trae consigo el registro regular de los nacimientos, matrimonios y defunciones. A partir del siglo XIX (1801 en Francia y Gran Bretaña; 1846 en Bélgica; 1857 en España) la mayoría de los grandes estados europeos realizan censos generales con los cuales se puede evaluar la población, seguir su evolución numérica, así como calcular la densidad y la composición por sexos y por edades. Sin embargo, aún hoy sólo conocemos la población de la tierra con un margen de error del 10 %.

Para estudiar el hombre en cuanto ser individual y ser social, el historiador recurre a las ciencias humanas: la *psicología* o conocimiento del alma humana, el *psicoanálisis* o psicología de las profundidades, que no sólo se ocupa de la vida psíquica, sino que además revela la existencia de una segunda personalidad inconsciente, y la *sociología* o estudio de los fenómenos sociales y de su evolución.

«Nadie mejor que el historiador», escribe J.-B. Duroselle, «tiene conciencia de la infinita diversidad de las personalidades humanas. Cada caso es singular y cada hombre es complejo y ambiguo. ¿Trátase de un político que tiene importantes responsabilidades? Incluso para quienes le conocen bien, quedan en su actitud elementos inexplicables e imprevisibles. La predicción segura es imposible. De ahí que el historiador tienda a dedicarse a cada caso, a cada momento. Una vez resuelto, en lo que cabe, el problema de las fuerzas que han actuado sobre el hombre de estado, algunos aspectos de sus decisiones pueden explicarse por el 'temperamento' del interesado. De ahí que haya que procurar conocer lo mejor posible ese temperamento mediante el estudio de los textos, de los testimonios, del comportamiento»[40].

La *sociología* estudia las relaciones sociales a nivel de individuos y de pequeños grupos (enfoque microsociológico); intenta también llegar a un conocimiento global de la sociedad mediante el análisis de las psicologías sociales, las relaciones sociales características y sus expresiones mentales (enfoque macrosociológico). Todo estudio macrosocioló-

40. RENOUVIN, P., y DUROSELL, J.-B.: *Introduction à l'histoire des relations internationales* (Paris, 1964), pág. 284.

gico depende de la sociología general «cuya misión consiste en valerse de datos de las sociologías especiales para explicar el conjunto del sistema social, así como en buscar las interferencias de esas sociologías especiales entre sí»[41]. Los historiadores han conseguido definir diversas clases sociales sin descuidar sus vínculos de dependencia en los terrenos económico, jurídico y político. «Pero el pertenecer a una de esas categorías, a veces bastante artificiales, 'construidas' a posteriori, no basta para situar el individuo en sus relaciones humanas. Mucho más importantes, más reales, son la comunidad y el grupo basados en vínculos de sangre o largas costumbres de vecindad y de cohabitación, en pasiones e intereses comunes»[42].

La crítica de los documentos figurados exige conocer previamente la *arqueología* (estudio de los vestigios de la actividad humana), la *numismática* (estudio de las medallas y de las monedas) y la *sigilografía* (estudio de los sellos).

En cuanto a la *arqueología*, señalemos ante todo que los vestigios de actividad humana ofrecen una visión concreta del pasado, ya que reflejan la manera de pensar, de trabajar y de vivir de los hombres en todos los continentes y en todas las épocas. Durante la Antigüedad y la Edad Media las excavaciones solían hacerse con fines religiosos (búsqueda de reliquias); en los siglos XV al XVIII pretenden principalmente enriquecer las colecciones privadas y públicas. Pero en el siglo XVIII el descubrimiento de grandes conjuntos de ruinas casi intactas hace avanzar el conocimiento del mundo antiguo (Herculano desde 1711; Pompeya desde 1748; Paestum desde 1750). En el siglo XIX el campo de las investigaciones se extiende a Egipto, Grecia y Asia Menor. En 1850 los primeros descubrimientos prehistóricos de Jacques Boucher de Perthes (1788-1868) dan nuevo impulso a la arqueología, que adopta el método estratigráfico usado en prehistoria. A fines del siglo XIX Heinrich Schliemann (1822-1890) desentierra Troya, Micenas y Tirinto. De 1900 a 1905 Arthur Evans (1851-1941) inicia una serie de célebres campañas en Knossos y descubre al mundo una de sus más antiguas civilizaciones, la que recibirá el nombre de «egea». En la actualidad, los dominios de la arquelogía ya no se limitan a la cuenca mediterránea, sino que se han extendido al mundo entero. Los arqueólogos no sólo resucitan civilizaciones olvidadas desde hace tres milenios (sumeria, hitita, etc.), sino que también transforman

41. JANNE, H.: *Le système social. Essai de théorie générale* (Bruxelles, 1968), página 35.
42. HEERS, J.: *op. cit.*, pág. 299.

nuestra visión histórica de México, Yucatán, India, China, Africa del Sur e islas de Oceanía. Aunque muchas civilizaciones sigan siendo desconocidas, diariamente se realizan nuevos descubrimientos tanto en el viejo como en el nuevo mundo. Los métodos de trabajo de los arqueólogos se perfeccionan constantemente.

Las *investigaciones submarinas* permiten examinar los fondos marinos situados en la proximidad de las costas y proporcionan preciosas informaciones acerca de la historia de la navegación y del comercio. Recordemos, por ejemplo, la recuperación de bronces y mármoles griegos realizada, entre 1907 y 1913, en aguas de Mahdía, en Túnez.

La *fotografía aérea* descubre en el terreno las huellas difuminadas de conjuntos urbanos y de paisajes hoy desaparecidos. La *excavación estratigráfica* es una verdadera disección del yacimiento en el que verticalmente y desde hace siglos se han ido acumulando vestigios de actividad humana; el arqueólogo desbroza sistemáticamente el terreno por capas horizontales. Sin embargo, dado que la excavación destruye definitivamente el yacimiento, el arqueólogo se ve obligado a anotar minuciosamente las estructuras que encuentra en cada fase de la operación, a levantar un plano a escala, tomar notas, hacer croquis y fotografías, fechar, analizar y si es preciso restaurar los restos descubiertos y, por último, publicar un estudio exhaustivo tanto de los monumentos y objetos exhumados como de las circunstancias del hallazgo. No hace falta decir que los resultados detallados de su trabajo deberán ir acompañados de toda la ilustración precisa para que el lector pueda comprobar sus afirmaciones. Con frecuencia los documentos arqueológicos son incompletos, parciales, y están alterados; de ahí que su cronología sea relativa, pues suele basarse en inscripciones, papiros, monedas, joyas, fragmentos de cerámica, fíbulas, lamparillas de aceite, etc., fechables con un margen de error de unos cincuenta años: no hay que olvidar que esos objetos pueden haberse deslizado accidentalmente de una capa a otra o bien haber sido utilizados mucho tiempo después de haber sido fabricados. Con mucha frecuencia la finalidad de determinados objetos o monumentos será hipotética. Únicamente los documentos escritos —cuando los haya— darán la posibilidad de interpretar válidamente los hallazgos arqueológicos [43].

La *numismática*, «fuente de conocimiento histórico, a veces la única que nos revela la existencia de un monarca o de una ciudad, que hace

43. Cf. SALMON, P.: *Réfléxions sur l'archéologie*, «Bulletin de l'Association Guillaume Budé» (Paris), núm. 3 (1954), págs. 19 y sig.

resucitar un monumento o un hecho histórico»[44], tiene como objeto esencial el fenómeno monetario. En los albores de las principales civilizaciones predomina el trueque, que luego es sustituido por variados patrones monetarios (anillos, hachas, barras y lingotes de oro, de plata, de hierro, de cobre, de bronce, cuyo peso se fija según diversos sistemas ponderales preexistentes). A partir del siglo VII a. de C. en las transacciones comerciales del mundo grecoriental se utilizan monedas metálicas. La autoridad monetaria (soberano, ciudad, estado) que emite las piezas de metal marca sobre ellas su emblema con el fin de garantizar el peso y la ley (proporción de metal noble contenido en una aleación). Para poner remedio a las dificultades que plantea la diversidad de amonedaciones algunas grandes potencias intentan que su moneda se convierta en patrón internacional. Citemos, por ejemplo, la «lechuza» ateniense, el tetradracma de Alejandro Magno, el denario romano, el sueldo (*solidus*) bizantino, el florín de Florencia, el ducado de Venecia, el luis de Francia, el táler de María Teresa de Austria, la libra esterlina y el dólar americano. Hoy el oro y la plata han sido substituidos por aleaciones monetarias sin valor intrínseco o por papel-moneda. La numismática estudia también las medallas acuñadas o fundidas en honor de un personaje o para conmemorar variados acontecimientos. Las colecciones monetarias se conservan en gabinetes numismáticos. Gracias a catálogos, repertorios y compilaciones generales pueden adquirirse los conocimientos numismáticos necesarios para determinadas investigaciones históricas. Los numismáticos estudian los tipos y las cecas monetarias, la datación de los tesoros y la difusión de las monedas. Procuran identificar y demostrar la autenticidad de monedas y medallas, pues es sabido que siempre han circulado imitaciones fraudulentas de las monedas de curso legal. Por otra parte, a partir del Renacimiento y con el fin de satisfacer las apetencias de los coleccionistas, hábiles falsificadores fabrican medallas y monedas antiguas, algunas incluso con la pretensión de ser inéditas... La contribución de la numismática a la historia es inapreciable: así, por ejemplo, la abundancia de monedas griegas en los tesoros recientemente descubiertos en Susa y en Cabul demuestran la extraordinaria difusión de la economía y de la cultura griega por Asia después de la conquista de Alejandro.

La *sigilografía* estudia los sellos, así como las estampillas, los cilindro-sellos, los anillos de sello, los escarabeos y los grabados en hueco. «A lo largo de la historia del mundo el sello siempre ha tenido tres

44. BABELON, J.: *Numismatique*, en «L'histoire et ses méthodes» (Paris 1961), página 329.

finalidades: cerrar (y garantizar la integridad de un contenido o el secreto de un texto), afirmar la propiedad y autentizar un documento (declarando que expresa realmente la voluntad de un individuo o de una persona jurídica)»[45]. El sello aparece en el IV milenio a. de C. en una tumba de Susa. El uso del sello conoce una moda ininterrumpida desde la más remota antigüedad hasta fines de la Edad Media. El sello es tanto la materia dura (piedra, marfil, metal) grabada en hueco (la matriz) como la materia blanda (cera —a menudo reforzada con papel—, arcilla, plomo) que lleva la impronta de la matriz. Los sellos aplicados a los documentos pueden ser de placa o colgantes. Estos últimos van unidos a tirillas de cuero o pergamino o bien a cuerdecillas de cáñamo o hilos de seda; a veces van encerrados en cajas de madera o de metal. Los sellos aportan a la historia testimonios inéditos acerca de las relaciones sociales; en diplomática sirven también para identificar la cancillería de la que procede un documento. Los sellos pueden datarse con precisión si se conocen las fechas extremas en que se han usado las matrices (por ejemplo, para los reyes de Francia son las fechas de reinado: recordemos que durante el Antiguo Régimen los sellos de los reyes siempre eran destruidos después de su muerte). El sello sigue utilizándose en nuestros días (por ejemplo, el gran sello del Estado).

Subrayemos también que existen estrechas relaciones entre la sigilografía y las *marcas postales*, cuya garantía de autenticidad es muy parecida a la que se exigía a los sellos medievales. Hasta el siglo XVI las cartas sólo llevan inscripciones manuscritas acerca del sistema de transporte o bien el precio del porte, que suele ser pagado por el destinatario. Las primeras marcas postales impresas mediante un sello húmedo aparecen en el siglo XVII para franquear las cartas. A partir de 1840, cuando se inventa el sello de correos en Gran Bretaña (seguida por Francia y Bélgica en 1849, y España en 1850), el porte corre a cargo del remitente y la importancia recae ahora en el matasellos fechador (con indicación de la hora, día, mes y año de la recogida) que sirve para inutilizar el sello. Desde principios del siglo XX los matasellos postales los imprimen de un modo uniforme las máquinas registradoras, pero suelen ir acompañados de viñetas publicitarias.

Desde que el latín dejó de ser la lengua internacional de los sabios, conocer varias *lenguas vivas* (principalmente francés, inglés, castellano, alemán, italiano, ruso y chino) es requisito necesario para el historiador, al igual que lo es para todos los eruditos que han de acudir a los do-

45. METMAN, Y.: *Sigillographie et marques postales*, en «L'histoire et ses méthodes» (Paris, 1961), pág. 393.

cumentos originales para comprobar la exactitud de las citas en lengua extranjera que se aducen para apoyar una tesis o que han de conocer trabajos escritos en esas lenguas. En efecto, hay que señalar que las traducciones suelen ser engañosas. Muchos traductores sacrifican sus versiones a un ideal estético: añaden, cortan, no respetan ni el modo ni el tiempo ni el número ni la persona, no dan a las palabras su verdadero sentido ni reproducen la andadura del texto. En realidad, debemos esforzarnos en seguir el texto original con la mayor fidelidad posible con el fin de poderlo identificar por completo en la traducción.

Sin embargo, no hemos de llegar a la conclusión de que la formación técnica del historiador exige los conocimientos universales de un Pico della Mirandola. Todo depende de qué parte de la historia queremos investigar. Es inútil saber epigrafía griega para estudiar un tema acerca de la historia de la colonización belga en el Congo. De ahí que la preparación técnica haya de variar según la especialidad histórica (historia antigua, medieval, moderna o contemporánea). Además, cuando el historiador carezca de competencia para resolver un problema, le resultará indispensable consultar a un especialista.

Por último, hemos de averiguar si los documentos reunidos en el curso del trabajo de heurística no han sido objeto de estudios anteriores: eso es lo que la *bibliografía* enseñará al historiador. Los orígenes de la bibliografía se hallan en los inventarios de libros hechos en las bibliotecas. «Los límites de la bibliografía histórica son bastante imprecisos, como lo son los límites de la historia misma. Buena parte de los instrumentos de trabajo creados para el lingüista, el filólogo, el economista, el jurista o el filósofo pueden serle útiles»[46].

Una buena bibliografía ha de ser selectiva y crítica. Existen algunos libros de iniciación en los que los estudiantes pueden hallar los primeros elementos bibliográficos necesarios para las investigaciones históricas. Así:

PETIT, P.: *Guide de l'étudiant en histoire ancienne.* — Paris, ²1962;

HALPHEN, L.: *Initiation aux études d'histoire du moyen âge.* — Paris, ³1952 (revisada por Y. Renouard);

BLOCH, C.; y RENOUVIN, P.: *Guide de l'étudiant en histoire moderne.* — Paris, 1949.

46. MAROT, P.: *Les outils de la recherche historique,* en «L'histoire et ses méthodes» (Paris 1961), pág. 1432.

Desde 1930 los historiadores disponen también de la *Bibliographie internationale des sciences historiques* (desde las publicaciones del año 1926, con una interrupción de 1940 a 1946) en la que los libros y artículos más importantes se citan sin comentario crítico, pero con noticia de las recensiones. La mayoría de los países cuentan también con bibliografías históricas nacionales y regionales. Existen asimismo boletines bibliográficos, publicados anualmente en las revistas, para cada sector de la historia. Algunas revistas se dedican incluso a resumir y analizar el contenido de libros y artículos *(abstracts)*. [Así lo hace para España e Hispanoamérica (a partir de 1953) el «Indice Histórico Español», que no se limita a los estudios propiamente históricos, sino que incluye también trabajos sobre literatura, filosofía, arte, historia de la ciencia, etc.]

El historiador ha de conocer y utilizar esos trabajos con el fin de adquirir la formación práctica indispensable para su profesión.

A. La crítica externa o crítica de autenticidad

«Si la historia no se construye exclusivamente a base de textos, se construye sobre todo con textos, cuya precisión no puede ser substituida por nada más» [1].

La columna trajana es el documento más detallado que conservamos acerca de las guerras del emperador Trajano contra los dacios; sin embargo, por falta de datos cronológicos y topográficos precisos, los historiadores no están de acuerdo acerca de la interpretación de dicho monumento.

Aquí sólo vamos a ocuparnos de la crítica de los textos (documentos escritos); pero, en términos generales, el método crítico vale también para los demás documentos.

Primer ejemplo. Michelet se basa en el retrato de Francisco I por Tiziano para escribir: «En su pintura profunda, fuertemente luminosa y que alumbra el trasfondo, la creatura ligera es tan naturalmente mentirosa que en ella la mentira más que un acto es la floración instintiva de un carácter completamente falso»; pero Michelet olvida aplicar la crítica externa de procedencia, gracias a la cual habría sabido que para pintar ese retrato Tiziano, que jamás vio a Francisco I, tomó como modelo una medalla [2].

1. MARROU, H.-I., citado por MARICHAL, R.: *La critique des textes*, en «L'histoire et ses méthodes» (Paris 1961), pág. 1247.
2. Cf. MARICHAL, R.: *art. cit.*, págs. 1247-1248.

Segundo ejemplo, acerca de los documentos grabados, sacado de un noticiario de televisión. «Telediario del 6 de junio de 1959, última edición de la noche. Viaje del presidente de la República a Auvernia. Película del día transmitida, dicen, de Brioude a París por ondas hertzianas. A los pocos instantes la voz del comentarista de Brioude se quebró, luego se desvaneció por completo y en la pantalla se pudo ver que el general De Gaulle 'hablaba mudo'. Entonces se cortó la retransmisión y un comentarista parisiense presentó excusas y explicó que 'París no había recibido la transmisión de sonido de Brioude'. Ahora bien, durante el tiempo en que el comentarista de Brioude, ausente de la imagen, y el general De Gaulle, presente en la imagen, se habían quedado afónicos, siguió oyéndose un fondo sonoro del tipo 'multitud entusiasmada', con lo que quedaba demostrado que venía de París. Para el observador atento, dotado de buen oído y asiduo telespectador, no cabía la más mínima duda de que este fondo sonoro era el mismo que se había utilizado en otras etapas del mismo viaje del Presidente de la República, en especial en ocasión de una visita a unos pastores en una meseta cubierta de corderos, pero virgen de cualquier balido, claro está. Este fondo sonoro se caracterizaba por la repetición en ondas cíclicas de formidables aclamaciones colectivas, como las que se oyen en los partidos de fútbol importantes, y en efecto es muy posible que procediera de ahí precisamente. Con motivo de un accidente y con un poco de razonamiento, resultó fácil aquel día sorprender a los falsificadores de la sonorización con las manos en la masa» [3].

La primera misión del historiador consiste en preguntarse si el texto que tiene entre manos es o no es tal como lo redactó su autor. ¿Se trata del *documento original* —la *minuta* pertenece a esa categoría—, de una *copia*, de una *copia de copia(s) fiel* o *defectuosa* o bien de un *documento falso?* Para saberlo hay que empezar por investigar la procedencia del documento.

1. La crítica de procedencia

Para resolver el problema de la autenticidad de un documento debe hallarse respuesta a las siguientes preguntas: ¿Quién ha redactado este documento? ¿Cuándo? ¿Dónde? ¿Cómo (forma del documento)? ¿Por qué caminos ha llegado hasta nosotros?

3. Thévenot, J.: *Témoignages sonores enregistrés*, en «L'histoire et ses méthodes» (Paris, 1961), pág. 1415.

Identificar el autor de un documento puede exigir una larga investigación. Evidentemente existen numerosos documentos *firmados* y a veces se encuentran documentos *autógrafos* (cartas, minutas); pero muchos documentos públicos han sido redactados en las oficinas de un soberano o de un ministro, que luego los han firmado sin haberlos leído personalmente.

También hay que preguntarse si la firma puesta al pie de un documento es realmente la de su autor. Entre 1860 y 1869 el falsificador Vrain-Lucas logró vender a Michel Chasles, célebre matemático, miembro del Institut de France y coleccionista de autógrafos, más de 27 000 documentos totalmente falsificados y redactados en francés del siglo XVI con una tinta artificialmente envejecida sobre hojas de papel verjurado amarillentas. Había cartas de Sócrates, Julio César, Cleopatra, Lázaro el resucitado, san Jerónimo, Gregorio de Tours, Dagoberto, Carlomagno, Dante, Cristóbal Colón, Rabelais, Molière, etc. La superchería se descubrió el día en que el crédulo Michel Chasles publicó en los «Comptes Rendus de l'Académie des Sciences» una comunicación basada en documentos inéditos que demostraban que Pascal, gracias a observaciones astronómicas que le había comunicado Galileo, había descubierto, mucho antes que Newton, la ley de la gravitación universal. El 24 de febrero de 1870 Vrain-Lucas fue condenado a 2 años de cárcel y 500 francos de multa.

«Las más explícitas indicaciones de procedencia jamás son suficientes *por sí mismas*. No son sino conjeturas, sólidas o débiles: en general muy sólidas cuando se trata de documentos modernos; con frecuencia muy débiles cuando se trata de documentos antiguos» [4].

Leemos el nombre de un autor en las portadas de un libro; si faltan estas páginas, el libro resulta anónimo. «Esto ocurría con el libro manuscrito, *volumen* o *codex:* nombre de autor y título figuraban en el *incipit* o en el *explicit*, o en ambos, siempre en un extremo, es decir, en un lugar muy vulnerable; es, pues, comprensible que con el correr de los tiempos muchos nombres de autor se perdieran»[5].

La Edad Media abusó de las atribuciones de «autoridad»: a san Agustín se le atribuyeron escritos muy posteriores a su época porque se quería consagrarlos definitivamente poniéndolos a su nombre. A numerosos escritores clásicos les han sido atribuidos apócrifos.

A veces un autor firma su obra con un anagrama, es decir, un nombre obtenido mediante transposición de las letras de su verdadero

4. LANGLOIS, CH.-V.; y SEIGNOBOS, CH.: *Introduction aux études historiques* (Paris, [8]1902), pág. 68.
5. MARICHAL, R.: *art. cit.*, pág. 1307.

nombre: así, en 1533 François Rabelais publicó el *Pantagruel* bajo el nombre de Alcofribas Nasier. Pero si un autor usa un seudónimo sin relación con su nombre, es muy posible que no sea identificado jamás. De ahí que en los regímenes totalitarios, en los que existe una censura severa, muchos autores publiquen sus obras bajo nombre imaginario para evitar la cárcel.

Cuando no se logra determinar quién es el autor de un documento o parece que las atribuciones propuestas son problemáticas, habrá que buscar en el texto mismo elementos de identificación.

La fecha de un documento puede ir indicada en el texto (cartas inscripciones, documentos, manuscritos) de una manera completa o incompleta e incluso puede faltar (lo que no significa necesariamente que el documento sea sospechoso). La costumbre de fechar indicando año, mes y día según la era de la Encarnación (introducida en el siglo VI por Dionisio el Exiguo) y la aparición del calendario gregoriano (1582) son fenómenos recientes. Para fijar o comprobar las fechas de los documentos pertenecientes a épocas muy antiguas hay que hacer investigaciones cronológicas.

Primeramente el cómputo se hizo por generaciones (Heródoto calcula tres generaciones por siglo). Siguieron más tarde los sistemas cronológicos de las eras: era de las Olimpíadas (desde 776 a. de C.); era de la fundación de Roma (desde 753 a. de C.); era de la creación del mundo, introducida por los cronógrafos cristianos— los datos imprecisos del Antiguo Testamento les impidieron ponerse de acuerdo acerca del comienzo de dicha era—; [era hispánica (38 a. de C.)]; era de la Encarnación; era de la Héjira (622); era de la República francesa (que empieza el 22 de septiembre de 1792, entra en vigor el 5 de octubre de 1793 y es suprimida el 1 de junio de 1806); era fascista (en Italia, desde 1922 a 1945), etc.

Otro sistema consiste en contar por años de reinado: las listas reales de Babilonia y de Egipto constituyen la base de la cronología de dichos países. Este sistema presupone la existencia de listas reales muy al día. Por lo tanto hay que saber cómo se ha fijado el cálculo de los años de reinado: en efecto, el año de un cambio de reinado puede ser considerado el último del monarca desaparecido o el primero del nuevo rey; asimismo, hay que tener en cuenta los soberanos que reinaron menos de un año. El cómputo por magistrados epónimos (ejemplo: sacerdotisas de Hera, en Argos; arcontes epónimos en Atenas) se asemeja a esta manera de calcular.

La base de toda la cronología romana se funda en la era consular (que, a partir del 508 a. de C., designa el año por los nombres de los

dos magistrados epónimos). Señalemos que los cómputos por eras o por magistrados suelen ir mezclados; Diodoro de Sicilia fecha los acontecimientos a la vez por los nombres de los cónsules y por las Olimpíadas.

Por otra parte, el comienzo del año no siempre ha sido el 1 de enero. Durante la Edad Media se utilizaron en nuestras tierras diversos usos o estilos cronológicos: el *estilo de Navidad*, que inicia el año el 25 de diciembre; el *estilo de la Encarnación*, que empieza el 25 de marzo; el *estilo de Pascua*, que hace comenzar el año en fechas variables (entre el 22 de marzo lo más pronto y el 25 de abril lo más tarde) y que presenta el grave inconveniente de dar a los años duraciones variables, etc. De ahí que las fechas expresadas en un estilo distinto de la costumbre romana del 1 de enero hayan de reducirse. Así, los coetáneos de Carlos el Temerario fijaron su muerte ante Nancy el 5 de enero de 1476; pero como seguían el estilo de Pascua, hay que añadir una unidad a la fecha del año, lo que da el 1477 de nuestro actual calendario.

El historiador deberá preocuparse de criticar los elementos cronológicos que aparecen en un documento, comprobar que concuerden, identificar el cómputo que sigue cada uno de ellos y, si es preciso, completarlos mediante un análisis del texto estudiado o estableciendo comparaciones con otros documentos.

Cuando se trata de un documento original, criterios valiosos serán proporcionados por: la escritura, la composición de la tinta y de los colores usados en la decoración, la calidad del pergamino o de la vitela, la clase y la procedencia del papel gracias a la identificación de la filigrana, las dimensiones y la composición de los cuadernillos de un *codex*, el número de líneas y su espaciado, la amplitud de los márgenes y de las columnas, la realización y decoración de las encuadernaciones, la estratigrafía de la excavación para las inscripciones, con todo lo cual el historiador podrá situar el documento con un margen de error de medio siglo aproximadamente. Recordemos también que la edad de los cuerpos orgánicos puede determinarse con un amplio margen de error de 150 a 300 años valiéndose del método del carbono 14, método que se basa en el hecho de que, después de la muerte, la radiactividad del carbono que entra en la composición de las materias vivas animales o vegetales decrece con el correr de los siglos; pero no hay que olvidar que pueden transcurrir varios siglos entre la tala de un árbol, que es el cero radioquímico, y la fecha en que el hombre lo utilizó, la única que nos interesa. Asimismo, existe la posibilidad de fechar objetos metálicos o fabricados con compuestos minerales, por ejemplo, las cerámicas, mediante el estudio de su termoluminiscencia, es decir, la luz que

emiten por efecto del calor [6]. La fecha de cocción de la cerámica corresponde en este caso exactamente al cero radioquímico. Este método, cuyo margen de error al parecer es sólo del 10 % cuando se toman varios tipos de cerámicas en el mismo yacimiento, resulta sobre todo útil en prehistoria.

Cuando se trata de una copia, siguiendo el método de los caracteres externos indicado más arriba podrá obtenerse un *terminus ante quem* (límite antes del cual); fundándose en los hechos históricos mencionados en el texto podrá lograrse mayor precisión y fijar un *terminus post quem* (límite después del cual). Si los hechos de historia «factual» pueden fecharse fácilmente, en cambio los hechos de cultura la mayoría de las veces son imprecisos (ignoramos dónde y cuándo se usaron por vez primera la herradura o el timón).

El historiador ha de localizar los hechos e identificar los nombres de lugar transmitidos por los textos. Debe determinar a qué localidades actuales corresponden antiguas denominaciones geográficas. Los nombres antiguos desaparecen o evolucionan; hay localidades que cambian de denominación (por ejemplo, el oppidum galo de Lutetia sobre el Sena toma el nombre de Parisios en la época galorromana). El historiador siempre ha de valerse de los antiguos diccionarios histórico-geográficos así como de los repertorios y de los mapas topográficos. Para localizar con exactitud un lugar ha de tener en cuenta todos los datos que le ofrecen los textos (situación en determinada provincia o diócesis, cita de lugares próximos a la localidad que se busca, etc.). El historiador actual, que desprecia la «historia de gabinete», habrá de tomar contacto con el marco geográfico. Procurará reconstruir el paisaje de la época para mejor comprender los sucesos que allí ocurrieron. Algunos aspectos políticos, militares, religiosos, culturales, sociales y económicos quedarán precisados en su mente gracias a esta comparación de la historia con el paisaje.

6. Cf. COUTURE, C.: *Archéologie: une nouvelle méthode de datation*, «Atomes» (Paris), XXIII, núm. 259 (1968), pág. 656: «Este fenómeno, conocido desde hace casi tres siglos, se debe a la reabsorción de la energía acumulada en el sólido. En el caso particular de la cerámica, la acumulación de energía es consecuencia de su continuo bombardeo por radiaciones ionizantes debidas a la presencia de elementos radiactivos en el suelo y por rayos cósmicos. La termoluminiscencia observada nos indica el valor de la dosis total de radiación recibida por la cerámica desde la última elevación de temperatura a que estuvo sometida. Por otra parte, el conocimiento del yacimiento arqueológico permite calcular la dosis de radiación anual recibida por la muestra y, por consiguiente, la fecha de su última elevación de temperatura. En el caso de una cerámica esta fecha corresponde sin lugar a dudas a la de la cocción, que se realizó a temperatura suficientemente elevada para hacer desaparecer la termoluminiscencia adquirida, durante las épocas geológicas, por los materiales usados en su fabricación.»

La identificación del origen de un documento es también muy importante para apreciar el alcance del testimonio que contiene. La palabra «lugar» no sólo debe tomarse en sentido geográfico sino más bien en sentido social (corte, administración, monasterio, guarnición, etc.).

«La identificación del lugar de origen es especialmente importante para los textos narrativos por el hecho de que la historiografía siempre se inserta en los marcos de la vida política y social: la amplitud de las informaciones de un autor constituye en sí misma una información positiva sobre la amplitud de las relaciones del medio al que pertenece y sobre la idea que él mismo tenía de su situación en el mundo»[7].

Los cambios de orientación de la historiografía medieval francesa son un reflejo de los cambios de la vida política: bajo un poder real fuerte (Carlomagno, Felipe el Hermoso) se redactan crónicas «universales»; cuando el feudalismo desgasta el poder monárquico se escriben crónicas regionales. El cronista únicamente narra las hazañas de los hombres en la vida de los cuales participa.

Ciertas indicaciones de procedencia se obtienen también del lugar del hallazgo, no sólo en el caso de las excavaciones arqueológicas sino también cuando se trata de manuscritos descubiertos en las bibliotecas de los monasterios.

Sin embargo, debemos desconfiar de las bibliotecas de los grandes centros intelectuales del pasado, ya que los fondos se renovaban con frecuencia y se eliminaban las obras que se consideraban inútiles.

Tampoco hay que olvidar que los libros, los manuscritos y los documentos escritos —son fácilmente transportables— siempre han viajado mucho: aun en el siglo XVIII, en Francia, la Chambre de Comptes vendía sus documentos, que los funcionarios jubilados usaban para envolver paquetes o para redactar notas personales.

A veces la lengua del texto de un documento permite localizarlo con cierta exactitud si se trata de idiomas locales; pero cabe la posibilidad de que el copista no sea oriundo de la región en que desempeña su actividad. En Francia, a partir del siglo XIV, la lengua de París, usada por la administración real, se impone a los dialectos locales.

«En el caso de una carta», escribe Paul Harsin, «la indicación del lugar casi siempre acompaña a la de la fecha. Rara vez ocurre lo mismo con otros documentos. La doble indicación resulta preciosa porque sirve de control. En efecto, puede ocurrir que una fecha sea inexacta, pero que eso sólo pueda demostrarse mediante la identificación de un lugar que no concuerda con el que exigiría la cronología usada. La recíproca

7. MARICHAL, R.: *art. cit.*, pág. 1302.

también es cierta. Muchas falsificaciones han sido descubiertas porque al establecerse rigurosamente el itinerario del autor del documento resultaba imposible su presencia en el lugar indicado, en una determinada fecha, por el texto en cuestión»[8].

A continuación el historiador ha de ocuparse de la *forma externa* del documento que estudia, al que aplica las reglas de la *diplomática*, «conocimiento razonado de las reglas formales que se aplican a los documentos escritos y papeles asimilados»[9].

Al frente de estos papeles asimilados a actas auténticas hay que poner las cartas, cuya forma a veces puede constituir una prueba de autenticidad.

Un documento puede ser totalmente auténtico o bien ser pura invención de un falsificador. Pero también cabe que un documento original haya sido retocado (sobrecargas, raspaduras, lavados, enmiendas) o interpolado (adiciones de manos diferentes) en época posterior. En tal caso el historiador habrá de reconstruir el documento primitivo. Destaquemos el hecho de que en la época contemporánea hay una asombrosa proliferación de documentos falsificados (por ejemplo, el famoso albarán de documentos entregados a un agente extranjero, hallado en 1894 en una papelera de la embajada de Alemania en París, del que surgió el caso Dreyfus).

Por último, el historiador debe preguntarse por qué caminos ha llegado a nosotros el documento que se estudia. Incluso cuando procede de un fondo archivístico o de una colección privada puede ser sospechoso. De ahí que sea preciso seguir el texto hasta la época en que se redactó. «Cierto número de falsificaciones han sido descubiertas por el hecho de que no se usaron sino muy tardíamente, lo que hubiera sido casi imposible si hubieran existido en la época en que están fechados o muy poco después»[10].

Cuando un documento ha resistido victoriosamente el fuego de la crítica de procedencia, podemos admitir su autenticidad: nos hallamos ante un documento original.

En cambio, si el documento no resiste, sea a todas, sea a algunas de las cuestiones críticas que acabamos de enumerar, nos hallamos o ante una falsificación o ante una copia.

8. HARSIN, P.: *Comment on écrit l'histoire* (Liège, ²1963), pág. 62.
9. TESSIER, G.: *Diplomatique*, en «L'histoire et ses méthodes» (Paris, 1961), pág. 667.
10. HARSIN, P.: *op. cit.*, pág. 63.

Evidentemente el valor extrínseco de una falsificación es nulo. Y sin embargo, su contenido puede resultar muy aleccionador. Por esto, debemos intentar descubrir los motivos de la falsificación. Hay casos excepcionales en que un documento extrínsecamente falso puede ser intrínsecamente verídico: así, por ejemplo, a raíz de haber perdido el título jurídico de una propiedad territorial, el propietario quizás intentó reproducir lo mejor posible, aunque torpemente, el original perdido: en tal caso el contenido será exacto bajo apariencia de falsedad.

El interés, el odio, la vanidad y el afán de mixtificación son los principales móviles que inducen a los falsificadores a fabricar documentos. Para aumentar el poder de sus monasterios, los monjes medievales a menudo hicieron documentos falsos por vanidad, como el falso diploma en papiro del rey Dagoberto que concedía franquicia a la abadía de Saint-Denis, fechado el 29 de julio de 632, pero confeccionado en el siglo X con dos papiros pegados texto contra texto.

En el siglo XVI, durante el reinado de Enrique III, François de Rosières (1534-1607), arcediano de Toul, miembro del séquito del cardenal de Lorena, inventa una falsa genealogía que une en línea directa los Guisa con Carlomagno y con Clodoveo a fin de darles derechos al trono de Francia.

En el siglo XVII, Jérôme Vignier (1606-1661), erudito de la congregación del Oratorio, edita en sus obras unas supuestas copias de textos medievales como, por ejemplo, una carta del papa Anastasio II en que felicita al rey Clodoveo por su conversión así como supuestos fragmentos de una santa Odilia.

«Para algunos individuos», escribe Marc Bloch, «la mentira (aunque en general asociada a un complejo de vanidad y a represiones íntimas) casi se convierte, según la terminología de André Gide, en un 'acto gratuito'. Hijo de un miembro del Institut de France, llamado más tarde a formar parte de esa honorable corporación, François Lenormant empezó su carrera a los diecisiete años engañando a su propio padre mediante el falso descubrimiento de las inscripciones de La Chapelle Saint-Eloi, totalmente forjadas por él; viejo ya y cargado de honores, su última jugada maestra fue, se dice, publicar como procedentes de Grecia algunas insignificantes antigüedades prehistóricas que, sencillamente, había recogido en la campiña francesa»[11].

Durante el reinado de Luis Felipe, Letellier, llamado conde Le Tellier d'Irville, «dirigía una oficina genealógica con muy buena clientela,

11. BLOCH, M.: *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien* (Paris, *1967), página 43.

que tenía anejos un gabinete de autógrafos y, naturalmente, un taller de falsificaciones. Una muchedumbre de cartas de Lutero, Calvino, Racine, La Fontaine, etc. salieron de su experta pluma; pero su especialidad era el autógrafo real o principesco del siglo XVI: son innumerables las cartas de Francisco I, Enrique II y Diana de Poitiers, etc. fabricadas por sus desvelos. La Bibliothèque Nationale de Paris conserva especialmente un billete, de impuros ardores inflamado, en el que Enrique III ordena a un joven caballero de la corte que se presente ante él... Ese documento es fácil de fechar: no debe de ser muy posterior a la publicación de *La reina Margot* de Alejandro Dumas (1845); porque, claro está, los falsos autógrafos seguían la moda»[12].

Algunas falsificaciones han podido engañar a la opinión pública durante cierto tiempo. Así, por ejemplo, la publicación de los poemas pseudo-celtas atribuidos al bardo escocés Ossian (siglo III) por Macpherson (1760), que ejercieron gran influencia en los comienzos del romanticismo, o bien la edición que hizo Pierre Louys de las *Canciones de Bilitis*, presentadas como traducciones de poesías griegas del siglo VI antes de nuestra era.

En cuanto a las obras de arte, es sabido que los «trucajes» y las falsificaciones son innumerables. Recordemos, por ejemplo, la célebre tiara de Saitafarnes, joya de oro macizo decorada con relieves tomados de la *Ilíada* y de la historia de los escitas, vendida a fines del siglo XIX como si se tratara de un objeto hallado en unas excavaciones de Crimea meridional cuando acababa de ser fabricada por el grabador ruso I. Ruchomowsky.

Otro ejemplo. Los supuestos Vermeer de Delft pintados por el falsificador van Meegeren que acabaron por descubrirse porque la espectografía de emisión reveló en los *Peregrinos de Emmaús* la presencia anacrónica de azul de Prusia mezclado casualmente con lapislázuli[13]: sólo que este pigmento no se descubrió hasta... 1704.

Un documento puede ser copia del original o copia de copia(s) de un original. En tal caso, hay que intentar establecer si el texto que tenemos reproduce exactamente el texto de un documento original perdido.

12. OUY, G.: *Les faux dans les archives et les bibliothèques*, en «L'histoire et ses méthodes» (Paris, 1961), pág. 1375. Cf. también *Les faux dans l'art et dans l'histoire* (Paris, 1955), apartado «Faux autographes», s.v. *Letellier*.

13. La posibilidad de recurrir a técnicas de laboratorio ha abierto ancho campo de investigación a las ciencias del saber artístico. Señalemos principalmente los enormes progresos de la radiografía, de la microscopía y del análisis químico. Una relación de tales novedades ha sido redactada por LÉVY, L.: *Les œuvres d'art au laboratoire*, «Atomes» (Paris), XXIII, núm. 259 (1968), págs. 649 y ss.

El historiador debe intentar restituir el texto primitivo del original: ésta es la finalidad de la crítica de restitución.

2. La crítica de restitución

La crítica de restitución pretende restituir en su primitiva integridad los documentos escritos alterados por inevitables errores de transmisión. Se aplica también a los documentos arqueológicos mutilados: efectivamente, es posible reconstruir la forma y la decoración de una vasija de la que sólo queden fragmentos.

En nuestros días, después de haber escrito un libro, el autor envía el manuscrito mecanografiado al editor; los tipógrafos componen el texto y sacan pruebas, que son corregidas por el autor; pero, a pesar de todo, una vez publicado el libro siempre se descubren erratas de imprenta. Estas erratas son forzosamente más numerosas cuando se copia un texto manuscrito. Por ejemplo, [en las ediciones de las obras de Quevedo se lee «palomas voladoras que, *contando* los vientos... dan las horas», en vez de *cortando* que ponen los manuscritos, y en otra poesía «te enciendes *perturbar* antiguas paces» en vez de *por turbar*][14].

En cuanto a los documentos antiguos, de los textos literarios con mucha frecuencia sólo se han conservado copias de copia(s) coetáneas o tardías. De los textos no literarios a menudo poseemos los documentos originales aunque también sean numerosas las copias. Pero los copistas no siempre comprendían los textos que copiaban: hay numerosos errores de transcripción y también abundan las omisiones y las adiciones de glosas interlineales o de notas marginales. Cada nueva copia fatalmente ocasiona nuevas alteraciones.

Antes de utilizar un documento el historiador ha de saber si el texto coincide con el original; en caso contrario, debe mejorarlo, mediante la supresión de anomalías. En efecto, no hay que atribuir al autor los errores de los copistas. La edición de un texto debe ser crítica. Es más, aunque disponga de una edición crítica, el historiador debe comprobar personalmente los textos importantes en que se basa su tesis: muy a menudo eso dará ocasión de descubrir cosas nuevas. Sin embargo, antes de corregir un texto intentará ver si puede comprenderlo tal como se le ofrece.

14. Cf. Quevedo, Francisco de: *Obra poética* (edición de José Manuel Blecua), vol. I (Madrid 1969), págs. 570 (versos 80-82) y 579 (verso 29).

«En una de sus cartas, Erasmo escribe a un corresponsal —así aparece en el manuscrito—: *Saluta bis canonicum* ('Saluda dos veces al canónigo'). Esta fórmula carece de significado y el erudito editor de la correspondencia erasmiana se dio tan buena cuenta de ello que derrochó mucha erudición para encontrar sentido a la expresión *bis canonicum:* 'el que es dos veces canónigo'. Esta lectura crea un contrasentido cuando un retoque mínimo basta para dar al texto inteligibilidad completa. En vez de *Saluta bis canonicum* hay que leer *Salutabis canonicum* ('Saludarás al canónigo'). Sin añadir ni cambiar ni una sola letra, esta corrección responde a las más estrictas exigencias»[15].

«El arte de editar los textos, la 'ecdótica', es el mismo sean cuales sean los textos, tanto narrativos o documentales —en general es más fácil para estos últimos—, como grabados, pintados, escritos, etc. Podría creerse que el método había de ser distinto según se tratara de textos escritos en escritura alfabética o ideográfica; la experiencia demuestra que no... Y es que, en realidad, las reglas fundamentales de la ecdótica dependen de la psicología. En nuestros fondos archivísticos ya hay, junto a documentos tradicionales, documentos grabados en disco: en el futuro nos daremos cuenta de que la crítica y la fijación de dichos textos no difiere esencialmente de las de los textos escritos. La ecdótica no es sino una aplicación particular de una patología de la atención»[16].

¿Cómo hay que proceder para fijar el mejor texto posible de un documento? Pueden darse dos casos:

1.º el original se ha perdido y sólo se conserva una copia;
2.º el original se ha perdido y se conservan varias copias.

Primer caso. Toda copia puede suponerse errónea. Para reconocer y corregir los errores de transmisión sólo puede recurrirse al método conjetural. El historiador examina atentamente el texto del manuscrito y busca las lecciones[17] que no cuadran con el contexto; procura sustituirlas por aquellas que mejor satisfacen las exigencias de criterios puramente racionales. Paul Harsin[18] clasifica en tres grupos las modificaciones que un copista puede introducir en un texto originario:

a) *errores accidentales:* copiar es un trabajo que pronto cansa al copista y que acaba por sumergir su inteligencia en un ensueño incons-

15. HALKIN, L.-E.: *Eléments de critique historique* (Liège, ²1966), págs. 62 y sig.
16. MARICHAL, R.: *art. cit.*, págs. 1250 y sig.
17. «Lección» deriva del latín *lectio* (lectura) y significa «forma del texto tal como la ha leído el copista o el editor en un pasaje determinado».
18. Cf. HARSIN, P.: *op. cit.*, págs. 66 y ss.

ciente. Entre los errores más frecuentes cabe señalar el «salto» u omisión (ejemplo: *contemplo el templo* se reduce a *contemplo*); la confusión de letras o de palabras en los manuscritos o las erratas en los impresos (ejemplos: en vez de 1962 se escribe 1692; *colación* se convierte en *colección; filología* pasa a ser *filosofía:* estos dos últimos errores derivan de una lectura global que a veces confunde palabras de aspecto parecido); la ditografía (repetición defectuosa de letras o sílabas); la errónea separación de las palabras; la puntuación defectuosa. Algunas de estas lecciones erradas pueden descubrirse y subsanarse con facilidad, mientras que otras son irreparables (ejemplo: un salto de varias líneas). Señalemos que las restituciones de lagunas nunca han de figurar en el texto sino en nota, en el aparato crítico.

b) *Errores debidos al juicio del copista:* éste no ha comprendido el texto que copiaba y ha decidido, sin intención dolosa, corregirlo para que fuera inteligible. Así se deterioran lentamente los textos de los manuscritos, excepto la Biblia y ciertos *auctores* (clásicos que gozan de autoridad, como Aristóteles). Para estos últimos, el copista puede recurrir a manuscritos antiguos: los enriquece transcribiendo las variantes en las interlíneas o al margen y corrigiendo las faltas más burdas mediante comparaciones o conjeturas. Es decir, hay que desechar sin vacilación la leyenda de los monjes desaprensivos e ignorantes que falsificaban los textos de los autores clásicos.

c) *Errores voluntarios, sistemáticos y fraudulentos:* a veces el copista se pone en lugar del autor del texto y modifica voluntariamente ciertos pasajes que le desagradan o que no concuerdan con sus propias ideas. *Las interpolaciones,* o inserciones de pasajes originariamente ajenos al texto, son frecuentes (por ejemplo, desde la Antigüedad se interpolan los escritores clásicos para sacar de ellos una enseñanza moral, gramatical o política). *Las supresiones,* a menudo hechas por parientes con un fin moral o interesado después de la muerte del autor, son bastante numerosas (ejemplo: la viuda de Jules Renard suprimió de su *Diario* los pasajes que no le gustaban). *Las continuaciones* son también muy frecuentes: el copista de una crónica medieval se permite a veces continuarla para contar todos los sucesos acaecidos después de la fecha en que el cronista se detuvo. Gracias a la crítica de las fuentes se puede determinar lo que es propio del cronista y lo que es obra de su continuador.

«Sea como fuere», afirman Ch.-V. Langlois y Ch. Seignobos, «numerosos textos conservados, bajo forma corrompida, en copias únicas, han resistido, y sin duda resistirán siempre, los esfuerzos de la crítica.

Muy a menudo, la crítica se da cuenta de la alteración del texto, señala qué exige el sentido; pero si es prudente, se obliga a detenerse ahí, porque las huellas de la lección original han sido borradas por una multitud de errores y de correcciones sucesivas sin que haya ningún medio de desenredar la madeja»[19].

Segundo caso. Cuando se conservan varias copias o ediciones de un documento, se reúnen todas y se procede a compararlas con una de ellas, tomada como ejemplar de referencia, con el fin de reconstruir el mejor texto posible del documento en cuestión (a ser posible el original que sirvió de modelo, es decir, el *arquetipo).* En efecto, estas copias han sido transcritas por diferentes copistas que no pueden haber cometido las mismas faltas. Así, pues, en diversos pasajes del texto figuran lecciones diferentes o variantes. Se empieza por colacionarlas y compararlas, con lo que pueden descubrirse errores que, de no ser así, habrían pasado totalmente inadvertidos. «Por ejemplo, en su poema *La Coche* (edición de 1547), Margarita de Navarra, al hablar del amor de dos amantes, dice que era 'le vray lien qui rendoit un bucouble' ['el verdadero lazo que hacía un *bucouble*']; todos los autores aceptan que la palabra *bucouble* es un *hápax* que ha de traducirse por 'pareja de bueyes': el amor une a los amantes como un yugo. De acuerdo. Pero cuando se publican las variantes de los manuscritos se lee 'le vray lien qui rendoit un un couble'. La lección parecía absurda; pero al meditar sobre ella se ve que es excelente, ya que en aquella época la forma *couble* ('pareja') era normal; el verso quiere decir: 'el amor que de una pareja hacía uno solo'; *bucouble* no es un *hápax* sino un error de lectura del regente de la imprenta quien, desconcertado por la repetición de *un,* tomó la *u* inicial por una *b* y la *n* por una *u,* errores triviales»[20].

El editor puede quedar apabullado por el número de copias (para muchas obras 10 ó 12 manuscritos es un número corriente en la Edad Media; pero del *Roman de la Rose* hubo al menos doscientos quince manuscritos). Además, cada manuscrito medieval presenta sus variantes (150 000 para el *Novum Testamentum Graece*).

Siempre hemos de evitar valernos de la primera copia que caiga en nuestras manos (error del principiante) o de la copia más antigua (pues la antigüedad de un manuscrito nada prueba en cuanto al valor del texto que contiene: un manuscrito del siglo XVI basado en una magnífica copia del siglo XI luego desaparecida tiene más valor que una copia retocada del siglo XIII). Asimismo, debemos evitar contar las lecciones

19. LANGLOIS, CH.-V.; y SEIGNOBOS, CH.: *op. cit.,* págs. 59 y ss.
20. MARICHAL, R.: *art. cit.,* pág. 1275.

atestiguadas y decidir en favor de la mayoría. «Sea el caso de veinte ejemplares de un texto: la lección *a* está atestiguada dieciocho veces; la lección *b*, dos veces. Adoptar por tal motivo la lección *a* es suponer gratuitamente que todos los ejemplares tienen la misma autoridad. Y suponer esto significa cometer un error de criterio, porque si dieciesiete de los dieciocho ejemplares que ofrecen la lección *a* son copias del decimoctavo, resulta en realidad que la lección *a* está atestiguada una sola vez; y la única cuestión que debemos decidir es si intrínsecamente la lección *a* es peor o mejor que la lección *b*»[21].

Entre varias lecciones el historiador habrá de elegir la más difícil *(lectio difficilior)*, porque es indudable que no se tratará de una corrección hecha por afán de verosimilitud por un copista erudito cualquiera.

Es preciso empezar por determinar las relaciones de los manuscritos entre sí con el fin de reconstruir la evolución del texto de copia en copia y de descubrir los antepasados, los descendientes y los colaterales. Los errores y las variantes que aparecen en diversas copias en un mismo pasaje del texto derivan de una misma copia, fuente común de ellas. Se eliminan los ejemplares que derivan de una copia que aún poseemos. Nos hallamos entonces en presencia de copias independientes y copias derivadas (cuya fuente se ha perdido), que deben clasificarse por familias. Al historiador ya sólo le queda por trazar el árbol genealógico o «stemma» de las copias conservadas. A continuación hay que comparar las tradiciones independientes a fin de restituir el texto del arquetipo. En caso de que concuerden, no hay dificultad: nos hallamos ante la lección acertada pues es poco probable que varios copistas cometan los mismos errores en los mismos pasajes. Si el texto es defectuoso en todas partes, hay que intentar corregirlo mediante la crítica conjetural. En caso de discrepancia, se escoge la lección mejor. Los documentos así probados se transcriben en fichas (medio de anotación mucho más cómodo que los cuadernos que se utilizaban el siglo pasado).

La colación de los textos y la búsqueda de los manuscritos originales por filiación de los errores recibidos es un trabajo extremadamente largo y fastidioso que se hace «a mano». Pero hoy, aunque no se piensa en una crítica textual totalmente automática, se empieza a recurrir al ordenador. Este instrumento de precisión descubre al historiador y al filólogo muchísimos detalles importantes que antes pasaban inadvertidos. Dom Jacques Froger, monje benedictino de la abadía de Saint-

21. LANGLOIS, CH.-V.; y SEIGNOBOS, CH.: *Op. cit.*, págs. 60 y ss.

Pierre à Solesmes, ha ideado un nuevo método gracias al cual puede establecerse una genealogía de manuscritos basada en la teoría elemental de los conjuntos [22]. El problema crítico, como antes hemos indicado, se presenta de dos maneras.

Primer caso: el original se ha perdido y sólo se conserva una copia. Dom Jacques Froger recuerda que todo lo que depende del contexto sólo puede hacerse por medio de la inteligencia y la sensatez del historiador y del filólogo. «Totalmente ininteligente y desprovista de sensibilidad, la máquina no puede darse cuenta de que de vez en cuando hay despropósitos, incoherencias, faltas de gusto; pero para todo lo demás, su ayuda es grande. En efecto, la crítica conjetural se basa en probabilidades suministradas por estadísticas; una calculadora, que maneja rápidamente una masa enorme de informaciones, es una herramienta perfectamente adecuada para ese tipo de trabajo, que consiste en el análisis lexicográfico y estilístico de los textos»[23]. Fichas perforadas según un código convencional proporcionan a la clasificadora de fichas o al ordenador electrónico los datos necesarios. Así, el «Laboratoire d'Analyse Statistique des Langues Anciennes» de la Universidad de Lieja, creado en 1961 y dirigido por el profesor Louis Delatte, usa fichas que pueden tener hasta un máximo de 960 perforaciones [24]. A cada palabra del texto estudiado se le dedica una ficha perforada en la que se señala el carácter de la palabra (sustantivo, adjetivo, etc), la forma (número, género, etc.), el orden en la frase, el estado de la tradición manuscrita (variantes, conjeturas), el lema, es decir, la forma según la cual la palabra está clasificada en el diccionario, etc. Hay que distinguir cuidadosamente lós homógrafos [25] y los diferentes sentidos de las palabras polisémicas [26]. La clasificadora ordena automáticamente las fichas perforadas según el orden alfabético de los lemas y, para un mismo lema, según un orden gramatical dado. Así se obtiene una relación («índice») en la que cada línea corresponde a un caso. A partir de este índice el

22. Cf. FROGER, Dom J.: *L'ordinateur et la critique des textes*, «Atomes» (Paris), XXIII, núm. 256 (1968), págs. 447 y ss. Para más detalles del método que aquí apuntamos, véase FROGER, Dom J.: *La critique des textes et son automatisation.* — Colección «Initiation aux nouveautés de la science». — Paris, 1968.

23. FROGER, Dom J.: *L'ordinateur et la critique des textes*, pág. 447.

24. Cf. DELATTE, L.; y EVRARD, E.: *Un laboratoire d'analyse statistique des langues anciennes à l'Université de Liège*, «L'Antiquité Classique» (Bruxelles), XXX (1961), págs. 429 y sig.

25. Palabras que tienen la misma ortografía, por ejemplo: «haya», árbol, y «haya» del verbo haber.

26. Palabras que tienen varios sentidos según el contexto, por ejemplo, «mina», que puede significar: «criadero de minerales», «excavación para extraer un mineral», «paso subterráneo artificial», «oficio muy ventajoso y de poco trabajo», «lo que abunda en cosas útiles», «ingenio explosivo», «barrita de grafito», etc.

ordenador determina la frecuencia relativa de las palabras, de las categorías gramaticales, de los giros sintácticos, etc. «Tenemos entonces un criterio objetivo para la corrección conjetural de un manuscrito único, a condición, claro está, de que el texto tenga extensión suficiente para que las estadísticas resulten significativas. Una palabra o un giro tienen muchas más probabilidades de ser auténticos cuando su frecuencia es elevada, y muchas más probabilidades de ser errores de transmisión cuando su frecuencia es débil»[27]. Para emitir sus conjeturas el historiador y el filólogo parten de las probabilidades suministradas por el ordenador. Además, gracias al análisis lexicográfico y estilístico es posible determinar el carácter de una obra y el «espectro» de un autor, es decir, su personalidad consciente e inconsciente. Así se pueden abordar muy de cerca problemas de atribución de textos anónimos (la diversidad o la identidad de los espectros implica la diversidad o la identidad de los autores) y de datación aproximada de las obras de un mismo escritor (el espectro de un autor cambia a lo largo de su existencia).

Segundo caso: el original se ha perdido y se conservan varias copias. Dom Jacques Froger señala que la colación de variantes siempre se hace «a mano». Entonces el historiador y el filólogo pueden recurrir o bien al método conjetural descrito en el primer caso con ayuda del ordenador o bien al método genealógico. Según dom Jacques Froger este último se presta muy bien a la automatización mediante ordenador «porque se relaciona íntimamente con la teoría de conjuntos y se basa en buena parte en un procedimiento matemático»[28]. Las relaciones genealógicas se ponen de manifiesto en los errores cometidos por los copistas en su trabajo de transmisión. «Los errores cometidos por un manuscrito 'colectivizan' todos los ejemplares que las contienen; un 'grupo' es el conjunto de todos los manuscritos que tienen en común los mismos errores, es decir, el antepasado que los cometió y todos los descendientes a los cuales los ha transmitido. En una genealogía normal, los grupos están colocados unos junto a otros si no tienen nada en común, y los poco numerosos debajo de los más numerosos cuando tienen manuscritos en común; las anomalías se manifiestan por grupos que cabalgan uno sobre otro, con un manuscrito (o varios) en común y otros propios. El stemma de los grupos se construye añadiendo a los antepasados todos sus descendientes; del stemma de los grupos se pasa al de los manuscritos individuales realizando la operación inversa, es decir, tachando en cada grupo los manuscritos que, colocados debajo, son los

27. FROGER, Dom J.: *art. cit.*, pág. 447.
28. FROGER, Dom J.: *art. cit.*, pág. 449.

descendientes»[29]. Pero el análisis que acabamos de ver es el de una generación que se supone conocida. En la práctica hay que reconstruirla a partir de los manuscritos que se tienen y de las variantes que en ellos se descubren. «Las operaciones se descomponen en dos fases: primero reconstruir el grafo del encadenamiento de los manuscritos en una orientación arbitraria, y luego averiguar qué orientación debe darse al esquema para que represente la realidad histórica»[30]. Estas operaciones pueden hacerse con un ordenador. «Codificados en fichas perforadas, los grupos variantes se entregan a la máquina que los graba en su memoria. Se presentan en el orden en que aparecen al leer el texto; algunos se repiten y son como los individuos de una misma especie: la máquina reúne por 'tipos' los que se componen de los mismos manuscritos. Para definir la estructura de los grupos variantes y trazar el grafo del encadenamiento en relación con el ejemplar patrón, el ordenador trata lòs grupos por parejas: busca la intersección de cada uno de ellos con todos los demás, y filtra las parejas que se hallan en relación de inclusión... Clasifica según sus 'niveles' los grupos entre los cuales hay una relación de orden, y los dispone en una lista que va de lo inferior a lo superior (o a la inversa, según sea el acuerdo adoptado) y establece un 'orden previo'. A continuación se averigua si esta serie de grupos se halla en un orden total (lineal) y corresponde a una sola alineación, o bien si su estructura es un orden parcial, que corresponde a un árbol ramificado. Dispuestos de inferior a superior, los grupos están ordenados de tal manera que al ascender por la lista necesariamente se halla, a partir de cada grupo inferior, la línea genealógica de los ascendientes; pero como ignoramos si varias líneas genealógicas están mezcladas, hemos de intentar distinguirlas. Para ello se procede una vez más a buscar intersecciones. Comparando cada uno de los grupos con todos sus superiores, se busca su ascendiente inmediato, que es revelado por una intersección»[31]. Entonces el ordenador traza el grafo del encadenamiento de todos los manuscritos de cada grupo, y luego de todos los manuscritos individuales. «El esquema así obtenido depende del ejemplar patrón, que desempeña ficticiamente el papel de ascendiente; su orientación es arbitrariâ; se le da su verdadera orientación designando el ejemplar que históricamente está en el origen de la genealogía: dependiente de él, el

29. FROGER, Dom J.: *art. cit.*, pág. 450, donde figura una explicación completa basada en la teoría de conjuntos.
30. FROGER, Dom J.: *art. cit.*, pág. 450.
31. FROGER, Dom J.: *art. cit.*, *pág.* 451. Recordemos que la *intersección* de dos conjuntos es el conjunto de elementos comunes a dichos conjuntos. Por otra parte, un conjunto está *incluido* en otro cuando todos los elementos del primero pertenecen también al segundo.

grafo será verdaderamente un stemma. Este 'antepasado supremo' se reconoce porque no tiene ningún error en todas las lecciones que se han observado durante la colación. Para distinguir los errores y las lecciones auténticas se usan sobre todo criterios conjeturales. También esta operación puede automatizarse en cierta medida o, para ser más exactos, puede basarse en informaciones suministradas por el ordenador gracias a los métodos de análisis estadístico»[32].

Así, pues, mediante la crítica de restitución puede obtenerse, por vía de comparación o de conjetura, el mejor texto posible de un documento cuyo original se ha perdido. Pero es evidente que este texto reconstruido a costa de un esfuerzo a menudo enorme nunca puede equivaler al texto de un documento original conservado. «Si el manuscrito autógrafo de la *Eneida* no hubiera sido destruido, nos habríamos ahorrado siglos de colaciones y conjeturas, y el texto de la *Eneida* sería mejor que el que tenemos»[33].

Los documentos inéditos publicados por los eruditos siguiendo las normas de la crítica externa constituyen los materiales del historiador. Para éste el trabajo no ha acabado, ni mucho menos: ahora ha de conocer el valor del testimonio contenido en estos textos, en otras palabras, su grado de credibilidad.

B. La crítica interna o crítica de credibilidad

Con el fin de determinar qué puede aceptarse como verdadero en un testimonio (documento consciente), la crítica interna o crítica de credibilidad va a *analizar* el contenido del trabajo del autor. En efecto, «el documento no es más que el resultado final de una larga serie de operaciones, cuyos pormenores el autor no nos da a conocer. Observar o recoger los hechos, pensar las frases, escribir las palabras, todas esas operaciones, distintas unas de otras, quizá no hayan sido realizadas con

32. FROGER, Dom J.: *art. cit.*, pág. 451. El procedimiento mediante ordenador que acabamos de exponer puede aplicarse a los objetos arqueológicos o iconográficos para realizar una clasificación automatizada. Dom J. Fróger propone recurrir a un método «de distancias» cuyo principio es: «Comparando los objetos dos a dos, se cuentan sus diferencias a partir de una lista razonada de características: a base de la cifras de las "distancias" se establece una tabla que pone de manifiesto hasta qué punto los objetos son diferentes unos de otros o se aproximan para formar "nubes" bastante análogas a clases de equivalencia aproximada».

33. LANGLOIS, CH.-V.: y SEIGNOBOS, CH.: *op. cit.*, pág. 64.

la misma corrección. Es preciso, pues, *analizar* el resultado de este trabajo del autor para determinar qué operaciones han sido incorrectas, a fin de no aceptar sus resultados. Así como el análisis es necesario para la crítica, toda crítica empieza por un análisis»[34].

La crítica interna o crítica de credibilidad se descompone en cinco operaciones:

1) *la crítica de interpretación,* que analiza el contenido de un documento para determinar qué ha dicho y qué ha querido decir el autor;
2) *la crítica de competencia,* que pretende averiguar cómo ha conocido el autor el hecho relatado y hasta qué punto estaba en condiciones de comprenderlo bien. El examen de la competencia del autor va unido al problema de las fuentes: ¿se trata de un testigo ocular o inmediato o bien de un compilador que toma sus informaciones de fuentes anteriores?;
3) *la crítica de sinceridad,* que intenta comprobar si el autor no desfigura intencionadamente ciertos hechos de su relato;
4) *la crítica de exactitud,* que trata de descubrir los errores involuntarios de un autor al describir un hecho por escrito, y
5) *la verificación de los testimonios,* que compara el contenido del documento con otros testimonios independientes.

Es evidente que en la práctica la crítica externa y la crítica interna no siempre han de hacerse por separado. A menudo el historiador examinará un documento bajo todos sus aspectos a la vez.

1. La crítica de interpretación

Evidentemente, una buena interpretación del documento que se estudia es fundamental; hay que comprender qué dice el autor (sentido literal) y qué quiso decir (sentido real). Leer un texto no siempre significa comprenderlo, pues puede ocurrir que nos formemos *a priori* determinada idea de los hechos, una opinión subjetiva y preconcebida que no corresponda al contenido del texto.

Por consiguiente, debemos intentar analizar el contenido del documento *sin prejuicios* con el fin de establecer la verdadera opinión del autor.

Para comprender qué ha dicho el autor, hemos de conocer la lengua que usa. Ésta evoluciona constantemente y varía según las regiones. De ahí que sea preciso conocer la *lengua de la época* con su sentido propio

34. Langlois, CH.-V.; y Seignobos, CH.: *op. cit.*, pág. 118.

de las palabras y de los giros, la *lengua del país* con sus sentidos particulares, la *lengua del medio* (monasterio, cuerpo de ejército, administración, etc.) con su terminología y la *lengua del autor* (vocabulario, sentido particular que da a las palabras, trabazón de los párrafos, sintaxis, etc.). Además, dado que una expresión puede cambiar de sentido según el pasaje en que aparece, hay que tener en cuenta el sentido general del texto (el *contexto*) y no interpretar aisladamente cada frase y cada palabra. Detrás de una palabra suele haber una realidad afectiva y psicosocial, de la que se deriva cierta imprecisión (por ejemplo, *capitalismo* es un término relativamente reciente, puesto que aparece en 1842 con el sentido de «riqueza», pero no adquiere su sentido actual hasta 1880 aproximadamente, en los medios socialistas alemanes). Es decir, para comprender qué representaba una palabra en determinada época hay que estudiarla con su circunstancia. No debemos olvidar que los contrasentidos por anacronismo son frecuentes. Recordemos también que la lengua artificial usada en las obras literarias, en los documentos oficiales y en las inscripciones refleja únicamente una elaboración erudita y carece de la expresión espontánea de la lengua utilizada en la vida cotidiana.

En pocas palabras: comprender un texto escrito hace varios siglos es siempre difícil y a veces muy hipotético.

«Un alumno que se inicia en el latín traduce sin vacilar *habitare, nomen, tropaeum*. Sin embargo, cuando en 1951 se publicó el informe de las excavaciones realizadas en 1940-1949 debajo de la basílica de San Pedro de Roma, la atención volvió a concentrarse en el controvertido sentido de estos versos:

HIC HABITASSE PRIUS SANCTOS COGNOSCERE DEBES
NOMINA QUISQUE PETRI PAULIQUE REQUIRIS

'Has de saber que aquí, anteriormente, habitaron los santos, tú, quienquiera que seas, que buscas los nombres de Pedro y de Pablo'. Se trata de la inscripción que a fines del siglo IV el papa Dámaso mandó grabar en las paredes de la basílica edificada en la tercera milla de la vía Apia *ad Catacumbas*. ¿Qué significa *habitasse?* «Han habitado», claro está; pero... ¿en vida o después de su muerte? ¿El papa Dámaso quiere decir que allí estuvo la casa o la tumba de Pedro y Pablo? *Nomina:* ¿se trata de sus nombres, lo que sería una tontería sin par, o de sus «reliquias»? En cuanto a *tropaeum*, o a su equivalente griego τρόπαιον, es el término que a fines del siglo II o principio del III utilizó el sacerdote romano Gaio: «Puedo mostrarte (en Roma) los τρόπαια de los apóstoles; tanto si vas al Vaticano como a la vía de Ostia, encontrarás los *tropaia* de quienes fundaron la Iglesia romana». ¿Qué son esos «trofeos»?

¿Cenotafios?, ¿tumbas? Del sentido que se dé a esas palabras dependerá en buena parte la solución de la cuestión que hoy interesa a millones de cristianos: ¿las reliquias del apóstol Pedro reposan bajo el altar de la basílica del Vaticano y las de Pablo en San Pablo Extramuros?»[35].

Es sabido que, en 1968, el papa Paulo VI respondió afirmativamente a esta cuestión al declarar que con motivo de las excavaciones iniciadas en el subsuelo de la basílica vaticana los expertos habían logrado identificar científicamente los huesos de san Pedro, descubiertos en 1942 en el interior de un grueso muro, en una cavidad recubierta de mármol, bajo el altar de la Confesión. Según el historiador francés Jérôme Carcopino, las reliquias del apóstol san Pedro habían sido inhumadas en el Vaticano hacia el año 80 en el lugar en que, en el reinado de Marco Aurelio, se edificó el «trofeo» del que habla el sacerdote Gaio. En el 258, durante la persecución de Valeriano, estas reliquias habrían sido trasladadas a *Catacumbas* y devueltas más tarde, en 336, a la intersección del ábside y del transepto de la basílica de Constantino, bajo el altar de la Confesión[36]. Según la arqueóloga italiana Margherita Guarducci, que considera que el traslado de las reliquias del primer jefe de la Iglesia romana no es más que una «hipótesis vacilante»; el cuerpo del apóstol habría sido inhumado en tierra virgen, en el lugar en que más tarde se edificó la basílica de San Pedro; en el siglo II el cuerpo debió ser exhumado y sepultado en una capillita; finalmente, en el siglo IV, en tiempos de Constantino, los huesos del príncipe de los apóstoles habrían sido depositados en el lugar en que se han hallado. Debemos señalar que esta opinión de Margherita Guarducci no ha obtenido el consenso unánime de los eruditos y que la cuestión de las reliquias del apóstol Pedro sigue siendo objeto de las más vivas controversias.

La Chanson de Roland (fines del siglo XII) acaba con este verso: «Ci falt la geste que Turoldus declinet» [«Aquí termina la gesta que Turoldo declina»]. Pero, ¿cómo debe interpretarse exactamente el término «declinet» que significa «acaba»? ¿Es Turoldo el poeta que acaba de componer el cantar de gesta, el juglar que acaba de cantarla o el copista que acaba de transcribirla?

[La lengua de Calderón no siempre nos es familiar: creemos que la comprendemos perfectamente, pero a veces incurrimos en contrasentidos. Así, por ejemplo, en *El mágico prodigioso*[37] Justina le pregunta al demonio:

35. MARICHAL, R.: *La critique des textes*, en "L'histoire et ses méthodes» (Paris, 1961), págs. 1323 y sig.
36. CARCOPINO, J.: *Études d'histoire chrétienne* (Paris, 1953), págs. 95 y ss.
37. *El mágico prodigioso*, jornada III, versos 2282-2284.

¿Quién eres tú, que has entrado
hasta este retrete mío,
estando todo cerrado?

El público actual reiría al oír la palabra «retrete»; pero es evidente que en este caso el sentido no es el de «letrina», sino el de «aposento pequeño y recogido en la parte más secreta de la casa».]

Asimismo, debemos esforzarmos en captar el verdadero pensamiento del autor, saber qué quiso decir exactamente. La alegoría o el símbolo, la ironía, la burla, la alusión e incluso una simple figura de lenguaje (por ejemplo, la metáfora, que consiste en trasladar el sentido propio de una palabra a otro que sólo le conviene en virtud de una comparación sobrentendida: «la *luz* del espíritu») pueden ocultar el pensamiento del autor. Bajo el sentido literal ha de procurarse averiguar el sentido real que el autor ha ocultado bajo una forma inexacta. Los símbolos y las figuras de lenguaje abundan en los textos religiosos (trabajos de exégesis sobre los Evangelios), en las cartas privadas y en los textos literarios. Si queremos evitar los contrasentidos o interpretaciones erróneas, nunca hemos de pretender *adivinar* qué quiso decir el autor. ¡Hay que sacar del texto lo que contiene, pero no más! Si el texto es ambiguo, no debemos inclinarnos por la interpretación más favorable a nuestra propia tesis, sino señalar sinceramente la probabilidad del sentido por el que nos inclinamos.

Veamos en primer lugar el ejemplo de un criptograma cristiano cuya interpretación es sencilla. Durante los tres primeros siglos de nuestra era, los cristianos del Imperio romano no designan abiertamente a Jesús sino que suelen citarle mediante la imagen de un pez. En efecto, el vocablo griego (ΙΧΘΥΣ) que significa pez está formado por las iniciales de estas cinco palabras: Ἰησοῦς Χριστὸς Θεοῦ Υἱὸς Σωτήρ, es decir, «Jesús Cristo, hijo de Dios, Salvador».

He aquí otro ejemplo cuya interpretación resulta muchísimo más difícil. Se trata del famoso «cuadrado mágico», frecuentemente representado en los siglos III al XVI y que demuestra a la vez la afición por el lenguaje oculto y por el misticismo del alfabeto. Se presenta en dos formas:

R O T A S	S A T O R
O P E R A	A R E P O
T E N E T	T E N E T
A R E P O	O P E R A
S A T O R	R O T A S

Estas cinco líneas están dispuestas en «palindromo», es decir, que pueden leerse indistintamente en todos los sentidos. ¿Qué significa el texto del «cuadrado mágico»? Pues: «el sembrador, con su arado, sujeta con cuidado sus

ruedas» o «el sembrador, atento a su arado, sujeta con cuidado sus ruedas»[38]. Numerosos eruditos han creído que un texto aparentemente tan trivial debía tener un significado profundo. Con las veinticinco letras del «cuadrado mágico» han intentado reconstruir la frase oculta. En 1926 el alemán Felix Grosser obtuvo el siguiente esquema mediante transposición anagramática y cruciforme:

A
P
A
T
E
R
A | P A T E R N O S T E R | O
O
S
T
E
R
O

Creyó que había descifrado un criptograma cristiano que asocia la oración del Señor (*Pater noster*) con la A y la O, símbolos del alfa y la omega, que encierran todo el alfabeto griego y que en el *Apocalipsis* significan «el principio y el fin», es decir, la infinita grandeza de Dios[39]. Unos años más tarde, un religioso de Roma corroboró la hipótesis de Grosser al señalar que las cuatro T, equivalentes latinos de la *tau* griega, en el «cuadrado mágico» siempre van acompañadas de una A y de una O y que si se encuadran los grupos abiertos o cerrados por esas cuatro T se obtiene la imagen de una cruz flanqueada por una A y una O a cada extremo.

R O T A S
O P E R A
T E N E T
A R E P O
S A T O R

S A T O R
A R E P O
T E N E T
O P E R A
R O T A S

38. Traducción de CARCOPINO, J.: *op. cit.*, pág. 36. Según este autor AREPO es un ablativo instrumental o un dativo de interés del vocablo celta latinizado AREPOS, que significa «arado galo».
39. *Apocalipsis* I, 8; XXI, 6; XXII, 13.

Pero, en 1936, el descubrimiento de dos grafitos del famoso «cuadrado» en un barrio de Pompeya destruido por un terremoto en el año 62 de nuestra era, obliga al mundo erudito a descartar la «solución cristiana» de Felix Grosser. En efecto, es inverosímil que en la Pompeya de aquella época hubiera una comunidad cristiana activa. Además, en el siglo I los cristianos aún rezan en griego y, por lo tanto, no pueden recitar el *Pater noster* en latín; no conocen ni el símbolo de la *tau* (que no aparece hasta el siglo II) ni los del alfa y la omega (porque al parecer el *Apocalipsis* no se redactó hasta el año 95 aproximadamente). Entonces los eruditos vuelven a la interpretación directa del texto: según unos, SATOR es Triptolemo, numen de Eleusis, que dirige las ruedas de su arado, o bien Mitra que guía las ruedas del carro solar; según otros, el «cuadrado mágico» es una creación judía derivada del recuerdo bíblico de una visión de Ezequiel que más tarde pasó a la magia preservadora del Cristianismo medieval. Únicamente Jérôme Carcopino sigue defendiendo la hipótesis de Felix Grosser de que el «cuadrado mágico» es un invento cristiano. Opina que los grafitos de Pompeya fueron trazados a fines del siglo II o durante el III por visitantes cristianos que llegaron a las ruinas de la ciudad impulsados por la curiosidad o la codicia. Por otra parte, la presençia de la palabra AREPO, vocablo celta latinizado, le induce a suponer que el «cuadrado» es originario de la Galia. Recuerda, en efecto, que esta región es la única en la que para labrar los campos se utilizaba un arado montado sobre ruedas. Según él, únicamente la poderosa iglesia de Lyon pudo, en medio de las persecuciones de fines del siglo II, inventar ese signo de identificación, en el que están asociados la doble protección del Padre nuestro y de la Cruz, y difundirlo por todo el mundo romano[40].

En un reciente artículo, Paul Veyne subraya que «lo que nos induce a creer que el cuadrado Sator es un anagrama intencionado es que de él se ha sacado *una* lectura, que evoca en nuestra mente el principio de la oración cristiana del *Pater;* pero no debemos asombrarnos a posteriori de que *esta* lectura sea la que el cuadrado quiere revelarnos, ni llegar a la conclusión de que tal hallazgo no pueda ser obra de la casualidad»[41]. Paul Veyne recuerda que el «cuadrado mágico» permite más de un anagrama. Por ejemplo:

E
P
R
O
R
A
E P R O R A N O E S T A T
O
E
S
T
A
T.

40. CARCOPINO, J.: *op. cit.*, págs. 62 y ss.
41. VEYNE, P.: *Le carré Sator ou beaucoup de bruit pour rien*, «Bulletin de l'Association Guillaume Budé» (Paris), núm. 4 (1968), pág. 438.

Noe stat e prora: Noé está en pie en la proa de su arca para ver el arco iris o esperar el regreso de la paloma. ¿Alusión al diluvio o magnífico símbolo de la esperanza cristiana? Paul Veyne señala que las veinticinco letras del «cuadrado» permiten 487.000.580.566.500.000 permutaciones y que es verosímil que un centenar de ellas puedan dar un sentido en latín. Para reforzar el papel del azar en estas combinaciones recuerda que en el siglo XIX la titulación oficial de Napoleón encerraba una transposición anagramática sediciosa en la que no había pensado su autor: *Napoleon Empereur des Français* [«Napoleón emperador de los franceses»] se convertía en *le pape serf a sacré un noir démon* [«*el papa cautivo ha consagrado un malvado demonio*»] [42]. Según P. Veyne «sólo la falta de práctica en anagramas y las coincidencias 'milagrosas' que constantemente brindan los anagramas pueden explicar que la teoría de Grosser haya gozado de tanto crédito» [43].

Dificultades del mismo tipo surgen al interpretar los monumentos figurados y debemos abstenernos de tomar al pie de la «letra» todas las representaciones. En Egipto a Ramsés II se le representa como un gigante pisando a sus enemigos vencidos: es la *perspectiva moral.* En algunas miniaturas medievales el rey se representa reclinado en su lecho, con la corona sobre la cabeza: es el símbolo de su poder real. El miniaturista no pretendió decir que durmiera con la corona puesta.

En los textos diplomáticos se utilizan lenguajes convencionales o cifrados, como los alfabetos corridos de los romanos (César: A = D; Augusto: A = C); alfabetos completos de sustitución de los soberanos del siglo XV; escritura invertida, que ha de leerse ante un espejo, de Leonardo da Vinci; jergas en las que palabras convenidas suplen los nombres de personalidades políticas [44]; cifras que incluyen letras sin valor, así como diversos signos para sustituir una misma letra con el fin de alterar la frecuencia. Para leer y comprender dichos textos hay que conocer la clave. Si ésta no se ha conservado, tropezaremos con un problema de desciframiento a veces insuperable.

Cuando ha captado el verdadero sentido del texto el historiador descubre las ideas del autor y la manera de pensar propia de su época. «Entonces el historiador consigue aislar convenciones, ideas recibidas, modas, que son otras tantas pantallas o filtros —como dicen los fotógra-

42. Cf. VEYNE, P.: *art. cit.*, pág. 453.
43. VEYNE, P.: *art. cit.*, pág. 458.
44. Por ejemplo, el código telegráfico usado entre el coronel Strauch y Henry Shelton Sanford, encargado de obtener del gobierno de Washington el reconocimiento de la Asociación Internacional del Congo como Estado: Aquiles = Stanley; Támesis = río Congo; Eugenio = Francia; Luis = Portugal; Alicia = Estados Unidos; Emilio = el presidente de los Estados Unidos; Jorge = Leopoldo II, etc.

fos— que se han interpuesto entre los hechos y el escritor, entre la realidad y lo que de esa realidad pensaban los coetáneos»[45].

Por ejemplo, los escritores medievales siguen convenciones literarias propias de las escuelas. Eginardo, en su *Vita Karoli*, se inspira en el plan y en el estilo de Suetonio, con lo que a veces deforma la imagen de Carlomagno. Por ejemplo, el emperador, que gozaba de buena salud, «sólo estuvo enfermo los cuatro últimos años de su vida, durante los cuales sufrió frecuentes accesos de fiebre e incluso llegó a cojear» (par. 22). Pues bien, según Suetonio el emperador Augusto padeció de reumatismo durante sus últimos años y también acabó por cojear[46].

La crítica externa o crítica de autenticidad junto con la crítica de interpretación permiten ya asentar metodológicamente algunas ciencias históricas (historia literaria, historia de la filosofía, del arte, de la ciencia, del derecho, mitología, folklore, etc.) para las cuales basta con comprender un texto, conocer su autenticidad y saber qué dijo y qué quiso decir un autor.

Pero, casi siempre, la crítica de credibilidad debe avanzar más: a partir de los documentos ha de extraer los hechos materiales.

2. La crítica de competencia

Esta nueva operación de la crítica interna o crítica de credibilidad intenta, en primer lugar, averiguar cómo el autor de un documento conoció el hecho que relata.

El autor pudo ser *testigo ocular* o *testigo inmediato* del hecho histórico que narra. Aunque es evidente que el individuo interviene en la percepción y formulación de un hecho, se tiende a conceder mayor confianza a un autor que refiere un acontecimiento que él mismo ha observado. Sin embargo, es preciso examinar la calidad del testimonio relatado, que debe ser *directo* (sin intermediarios), *completo* (es decir, referirse a la totalidad del hecho observado y no a uno solo de sus aspectos) y *depurado* (es decir, sin los comentarios subjetivos que a veces le envuelven). En efecto, si el testimonio se expone inmediatamente después de ocurrir el hecho, puede revelar la percepción inmediata de ese hecho, es decir, la impresión experimentada por el testigo.

Pero si este último estaba cansado o distraído, es posible que percibiera el hecho relatado de una manera imperfecta. En cambio, si el hecho tenía para él un interés indudable, cabe que lo haya captado a

45. Marichal, R.: *art. cit.*, pág. 1327.
46. Cf. Marichal, R.: *art. cit.*, pág. 1334.

través de sus preocupaciones personales y que nos ofrezca una visión deformada del mismo.

Hay que desconfiar sobre todo de los datos estadísticos que ofrecen los testimonios directos: las cifras globales que ciertos autores dan con seguridad suelen ser muy aproximadas o estar desmesuradamente aumentadas por influencia de las cifras redondas (número de habitantes de una ciudad o de un país [47]; número de soldados de un ejército [48]; número de muertos, de heridos o de prisioneros en una batalla; número de huelguistas en una manifestación, etc.).

Pero también es posible que el autor no sea testigo ocular de los hechos expuestos y que no escriba de primera mano. En tal caso su información procede de fuentes anteriores, que habrán de buscarse para estudiar su grado de credibilidad: en realidad, el verdadero autor es el que ha dado el testimonio. Tampoco debemos olvidar que existe la posibilidad de que el autor haya sacado sus informaciones de fuentes hoy perdidas.

La *Biblioteca histórica,* escrita por Diodoro de Sicilia entre los años 60 y 30 a. de C., que unas veces abrevia sucesos importantes y otras veces se extiende prolijamente sobre detalles insignificantes, no tiene otro valor que el de los autores utilizados en su compilación; pero la incoherencia de los datos que yuxtapone plantea muchos problemas críticos de historia grecorromana y nos obliga a elegir, elección para la que a veces carecemos de criterios (en efecto, la fuente de determinadas afirmaciones prácticamente nos es desconocida).

A mediados del siglo XIX, en la prensa belga existen acuerdos multiformes entre diarios que están basados en razones comerciales, técnicas, financieras

47. A menudo se concede un crédito asombroso a burdas aproximaciones. «En el siglo XVI, en la obra *La division du monde, contenant la déclaration des provinces et régions d'Asie, d'Europe et d'Aphrique* (Paris, 1539, chez Alain Lotrian) se lee: "El cristianísimo reino de Francia tiene un millón setecientos mil campanarios... Y posiblemente bajo cada campanario hay ochenta fuegos". A cinco habitantes por fuego, Francia habría tenido 680 millones de habitantes, es decir, cuarenta veces más que en la realidad» (texto citado en SAUVY, A.: *Mythologie de notre temps,* pág. 183). En el siglo XVIII, el padre Cherubino da Savona, misionero en el Congo, asegura que en 15 años bautizó a más de 700.000 personas. ¡Con una media de más de 125 bautizos diarios, posee el record de fecundidad del apostolado misionero! Cf. JADIN, L.: *Aperçu de la situation du Congo et rite d'élection des rois en 1775, d'après le P. Cherubino da Savona, missionnaire au Congo de 1759 à 1774,* "Bulletin de l'Institut Historique Belge de Rome» (Bruxelles), fasc. XXXV (1963), págs. 354-357 y 389.

48. La obra póstuma de LOT, FERDINAND: *Recherches sur les effectifs des armées françaises des Guerres d'Italie aux Guerres de Religion* (Paris 1962), demuestra que los efectivos citados por testigos oculares o por documentos oficiales siempre están valorados con mucho exceso. Los efectivos reales, que pueden fijarse con aproximación, suelen ser muy débiles. ¡Aún en el siglo XVI el rey de Francia sólo podía pagar y abastecer un ejército de cincuenta mil hombres unos cuantos meses a lo sumo!

o ideológicas. De ahí que la técnica del recorte y del plagio sea muy frecuente. El historiador deberá distinguir qué es propio de la redacción de un diario y qué ha sido copiado literalmente —casi siempre sin citar fuentes— de otro órgano de prensa.

Según Ch.-V. Langlois y Ch. Seignobos «toda afirmación de segunda mano sólo tiene valor cuando reproduce su fuente; todo cuanto añade es una alteración que debe ser eliminada; asimismo, todas las fuentes intermedias sólo valen en cuanto copias de la afirmación original que deriva directamente de una observación. La crítica necesita saber si esas transmisiones sucesivas han conservado o deformado la afirmación originaria y, sobre todo, si la tradición recogida por el documento es *escrita* u *oral*. La escritura fija las afirmaciones y contribuye a que la transmisión sea fiel; por el contrario, la afirmación oral es una impresión expuesta a deformarse en la memoria del observador mismo, al mezclarse con otras impresiones; a medida que pasa oralmente por intermediarios se deforma a cada transmisión y como se deforma por motivos diversos, no es posible ni evaluar ni corregir la deformación»[49].

En los orígenes de todos los pueblos hay un período de tradición oral o *período legendario*. Asimismo, en las épocas civilizadas existen *leyendas populares* acerca de los sucesos que impresionaron a las masas (ejemplo: los héroes de los cantares de gesta, apenas mencionados por la historia). El campo de la tradición oral se limita a hechos no registrados, que se basan en recuerdos a menudo confusos o erróneos: es la anécdota, la «leyenda de los civilizados»[50]. Antiguamente se consideraba que las anécdotas y las leyendas pertenecían al folklore, y no a la historia.

Hoy en día, se tiende a abandonar el absoluto escepticismo acerca de la tradición oral, que en otros tiempos se preconizaba. La tradición oral sigue siendo la principal fuente histórica para reconstruir el pasado de los pueblos sin escritura. Según J. Vansina, «las tradiciones orales son todos los testimonios orales y transmitidos acerca del pasado»[51].

49. LANGLOIS, CH.-V., y SEIGNOBOS, CH.: *op. cit.*, págs. 152 y sig.

50. Señalemos que las *frases históricas* se expresan siempre en forma lapidaria, de tal manera que queden fácilmente grabadas en la memoria de las masas. Además, muchos de esos «slogans» propagandísticos han sido inventados a posteriori, como, por ejemplo, la célebre fórmula «El Estado soy yo» atribuida a Luis XIV, pero que en realidad fue inventada por un historiador imaginativo del siglo XIX. Por eso las frases históricas suelen ser apócrifas, a veces inexactas, rara vez auténticas. Cf. GAUBERT, H.: *Les mots historiques qui n'ont pas été prononcés* (París, ²1946), págs. 67 y sig.; HARSIN, P.: *Comment on écrit l'histoire* (Liège, ²1963), págs. 155 y sig.

51. VANSINA, J.: *De la tradition orale. Essai de méthode historique*, «Annales du Musée Royal de l'Afrique Centrale» (Tervueren), serie en 8.°, Sciences Humaines núm. 36 (1961), pág. 22.

Las tradiciones que se han transmitido gracias al azar suelen estar alteradas; en cambio, cuando se confían a especialistas, a la transmisión se le puede conceder cierto grado de confianza. Sin embargo, «el testimonio es tan sólo un espejismo de la realidad que expone»[52]; los factores sociales, culturales e individuales alteran, consciente o inconscientemente, el contenido del testimonio. Para reconocer el valor de dicho contenido es preciso analizar la calidad de la información del primer testigo y la continuidad o discontinuidad de la cadena de transmisión. A continuación debe hacerse una comparación crítica de los testimonios referentes a los mismos hechos con el fin de reconstruir el estado más antiguo posible del testimonio. Las tradiciones orales pueden clasificarse en cinco categorías: las fórmulas (títulos, lemas, etc.), la poesía (oficial o privada), las listas (nombres de lugares y de personas), los relatos (históricos, didácticos y personales) y los comentarios (precedentes jurídicos, comentarios explicativos, notas ocasionales)[53]. Las tradiciones orales están condicionadas por las estructuras de cada sociedad: la estructura política fluida y variable de Burundi no ha favorecido la aparición de la historia; en cambio, la organización militar feudal y de vasallaje propia de Ruanda se ha preocupado de exaltar y justificar jurídicamente el poder real. En conclusión, el historiador de las tradiciones orales intenta aproximarse a la verdad histórica mediante técnicas críticas de probabilidad (como, por otra parte, lo hacen todos los historiadores). Para fijar las tradiciones orales el historiador se vale de cuadernos de notas, croquis, planos, fotografías, modelos de herramientas y de productos artesanos, grabaciones sonoras y cinematográficas. Pero debe actuar con rigor y prudencia para anotar las tradiciones y al hacer las preguntas debe evitar sugerir involuntariamente respuestas condescendientes. Procurará no olvidar que los sucesos se superponen en la memoria de los hombres y que muchos pueblos recurren ampliamente a las tradiciones de sus vecinos antiguos o actuales. Además, la brusca evolución de las sociedades tradicionales provocada a mediados del siglo XX por la descolonización ha alterado profundamente las tradiciones originarias. De ahí que la reconstrucción de los itinerarios de migración de la mayoría de las tribus congoleñas sea a menudo muy insegura.

Asimismo, no debemos olvidar que el *plagio* —hoy está prohibido por la ley— era frecuente en otros tiempos. Un testimonio aparentemente directo a veces se limita a repetir un documento más antiguo. Ya hemos visto que Eginardo, cronista coetáneo de Carlomagno, para describir la vida del emperador franco había recurrido a pasajes de la bio-

52. VANSINA, J.: *op. cit.*, pág. 69.
53. VANSINA, J.: *op. cit.*, pág. 120.

grafía de Augusto escrita por Suetonio. Otras formas de plagio, en las que no intervienen convenciones literarias, son más censurables y el historiador ha de denunciarlas inexorablemente.

La crítica de competencia pretende también averiguar hasta qué punto el autor de un documento estaba en condiciones de conocer y comprender bien el hecho expuesto. Todos los testimonios se ven a través de una personalidad y de una ideología. Suelen ser fragmentarios y aproximados. En su *Journal*, en la fecha del 14 de julio de 1789, el rey Luis XVI llega a escribir: «¡Hoy no ha ocurrido nada!».

En 1966 la prensa occidental, basándose en relatos imprecisos de viajeros europeos, presenta la revolución cultural proletaria de China como una serie de desórdenes provocados por los guardias rojos; pero los testigos están impresionados por hechos accesorios y no comprenden que esa revolución aspira esencialmente a la transformación moral del hombre.

En efecto, un testigo ocular puede ver lo que ocurre sin comprenderlo o comprendiéndolo mal. Si asistimos a un partido de baloncesto sin conocer las reglas del juego, sólo podremos hacer un relato incoherente. Además, la percepción rápida siempre es débil. ¿No ocurre a menudo que los testigos de un accidente son incapaces de asegurar si han oído o no a un automovilista tocar el claxon a pocos metros de ellos? Las discrepancias en las declaraciones de los testigos oculares de un accidente son inevitables. «Un accidente dura unos pocos segundos y las facultades humanas no pueden grabar las rapidísimas fases como si fueran un aparato tomavistas. Cada testigo completa instintivamente, y según su manera de ser, la serie de rápidas fases, varias de las cuales se le han escapado. Llena las lagunas instantáneamente y olvida que eran lagunas o vacíos. Lo que creyó ver, cree sinceramente que lo ha visto. Por consiguiente, es casi imposible que de una treintena de declaraciones haya dos concordantes, aunque sea de un modo aproximado»[54]. Por el contrario, en el curso de una guerra las acciones militares se repiten con pocas variantes, y por ello las impresiones pueden conciliarse con los hechos. «Si alguien», escribe Jean Norton Cru, «conoce la guerra, es el que toma parte activa en ella, desde el soldado raso al capitán; lo que vemos, lo que vivimos, *es;* lo que contradice nuestra experiencia *no es,* aunque lo diga el general en jefe, las Memorias de Napoleón, los principios de la Escuela Militar o la opinión unánime de todos los historiadores militares»[55]. Se sobrentiende que «no habrá de recurrirse al cua-

54. NORTON CRU, J.: *Du témoignage* (Paris 1930), págs. 20 y sig.
55. NORTON CRU, J.: *Témoins. Essai d'analyse et de critique des souvenirs de combattants édités en français de 1915 à 1928* (Paris, 1929), pág. 14.

ser falsas y otras, sinceras. Por lo tanto, deberá evitarse emitir un juicio de conjunto, y habrá que *analizar* bien cada una de las afirmaciones contenidas en un documento.

Jamás hemos de juzgar la veracidad de las afirmaciones basándonos en su forma. La impresión de verdad que proporciona un relato nunca ofrece nada más que una apariencia de convicción. Los detalles abundantes y precisos pueden impresionar a un lector sin experiencia; pero no garantizan en absoluto la exactitud de los hechos relatados. Por eso ha costado mucho esfuerzo extirpar de los manuales suizos la leyenda de los orígenes de la liga formada en el siglo XIII por los tres cantones suizos, creada por Aegidius Tschudi (1505-1572) varios siglos más tarde y popularizada por el *Guillermo Tell* de Schiller. Otro ejemplo: hasta principios del siglo XIX los manuales franceses situaban hacia principios del año 420 el reinado de Faramundo, antepasado legendario de los reyes merovingios, inventado en el siglo VIII por un cronista anónimo.

Por consiguiente, el historiador ha de preguntarse si el autor ha querido engañarle a sabiendas. Veamos cuáles son las principales causas que inducen a un testigo a ocultar la verdad.

1.º *El autor altera la verdad porque tiene interés en mentir.* En muchos documentos oficiales, a pesar de presentarse con garantías jurídicas respetables, la manera de plantear las cuestiones puede incitar al testigo a contestar en determinado sentido. Así, «el 21 de abril de 1834, antes del proceso contra las sociedades secretas, Thiers escribía al prefecto del Bajo Rin: 'Le aconsejo que ponga el máximo cuidado en prestar su contribución de documentos para el gran procedimiento que va a instruirse... Lo que interesa aclarar bien es la concordancia de todos los anarquistas; la conexión íntima de los sucesos de París, Lyon, Estrasburgo; en una palabra, la existencia de una vasta conjura que abarca toda Francia'. He aquí, incontestablemente, una documentación oficial bien preparada»[60].

La mayoría de las memorias de los estadistas o de los generales caen en la apología personal con el fin de darse realce, crear una idea favorable de sí mismo, justificarse de una acusación o contestar a las críticas acerca de su actuación.

Julio César, en su *Comentario de la Guerra de las Galias*, intenta presentar sus campañas bajo el aspecto más favorable para defenderse de los ataques lanzados en Roma por sus adversarios políticos. Para evi-

60. BLOCH, M.: *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien* (Paris, [6]1967), página 42.

derno de notas de un soldado raso que hubiera participado en la campaña de Italia para conocer la táctica o la estrategia de Napoleón»[56].

Según la mayor o menor capacidad intelectual de un testigo concederemos más o menos valor a su testimonio. En efecto, un testigo ocular puede ser causa de numerosos errores si no logra coordinar numerosas observaciones elementales en un conjunto lógico.

3. La crítica de sinceridad

«¿Quién ignora», escribe Cicerón, «que la primera ley de la historia consiste en no decir nada falso y luego atreverse a decir la verdad?»[57].

La crítica de sinceridad pretende comprobar si el autor no desfigura intencionadamente los hechos de su relato. En efecto, el autor puede decir no la verdad, sino lo que quiere que pase por verdad. Esta crítica negativa es absolutamente necesaria para descartar las afirmaciones engañosas que figuran en un documento.

Ch.-V. Langlois y Ch. Seignobos dicen: «En ésta, como en todas las ciencias, el punto de partida ha de ser la duda metódica. Todo lo que no está demostrado, provisionalmente ha de considerarse dudoso; para aseverar una proposición hay que aducir razones para creer que sea exacta. Aplicada a las afirmaciones de un documento, la duda metódica se convierte en *desconfianza metódica*»[58]. Hay que desconfiar a priori de cualquier afirmación de un autor y no creer ningún testigo bajo palabra. «Cuando los 'testimonios' no son suficientes para dar a conocer científicamente un hecho, la única actitud correcta es el 'agnosticismo', es decir, el reconocer nuestra ignorancia»[59].

Un documento no constituye un bloque sino que está formado por numerosas afirmaciones independientes, algunas de las cuales pueden

56. Harsin, P.: *Comment on écrit l'histoire* (Liège [7]1963), pág. 86.

57. «Quis nescit primam esse historiae legem ne quid falsi dicere audeat, deinde ne quid veri non audeat? *(De oratore* II, 15, 62).

En el breve *Saepe numero considerantes* acerca de los estudios históricos (del 18 de agosto de 1883), León XIII se inspira en este texto cuando declara: «Hemos de esforzarnos enérgicamente en refutar, basándonos en las fuentes de los sucesos, todo lo que es falso y engañoso. Y que esta regla sea observada ante todo en la mente de los escritores: que la primera ley de la historia consiste en no decir nada falso, y luego atreverse a decir la verdad» («Enitendum levitati magnopere, ut omnia ementita et falsa, adeundis rerum fontibus refutentur. Et illud in primis scribentium observetur animo: primam esse historiae legem ne quid falsi dicere audeat; deinde ne quid veri non audeat»).

58. Langlois, Ch.-V.; y Seignobos, Ch.: *Introduction aux études historiques* (París, [5]1902), pág. 131.

59. Langlois, Ch.-V.; y Seignobos, Ch.: *op. cit.*, pág. 133, nota 1.

tar juicios severos, deforma u omite voluntariamente numerosos sucesos de la campaña de las Galias.

Asimismo, el autor puede sentirse inducido a deformar la verdad cuando ocupa una posición subalterna, ya que su tendencia será seguir los puntos de vista de su superior con el fin de conservar o de mejorar su posición.

En sus *dépêches diplomatiques* «los encargados de negocios franceses en Bruselas de 1784 a 1789 describen con demasiada facilidad y con excesiva satisfacción que la población belga está dispuesta a ponerse bajo el cetro del rey de Francia, que acoge con 'vivo entusiasmo' la noticia de que varios regimientos de las guarniciones de Saint-Omer y de Metz van a cruzar la frontera y ocupar Bélgica. Al parecer esos agentes, Hirsinger y Ruelle, querían resultar agradables a su jefe, halagando sus deseos de conquista»[61].

En 1885, antes de publicar *The Congo and the Founding of its Free State*, a petición de Leopoldo II, Stanley suprime algunas alusiones desagradables para Francia y Portugal.

También es evidente que el escritor pagado por un príncipe para escribir su biografía generalmente redactará una apología de su mecenas.

En resumen, el historiador deberá intentar determinar qué interés, individual o colectivo, pudo impulsar a mentir al autor de un documento.

2.º *El autor altera la verdad porque, en el momento de redactar el documento, se encuentra en condiciones contrarias a las normales, que le obligan a mentir.* Los atestados y las actas notariales redactadas legalmente suelen contener muchas inexactitudes voluntarias (lugar, día, hora, número y nombre de los testigos, etc.).

Marc Bloch escribe: «Recuerdo que hace poco, y cumpliendo una orden, antedaté y firmé al pie de un acta que había mandado hacer una de las grandes oficinas estatales. Nuestros antepasados no eran más escrupulosos en esta cuestión. 'Dado el día tal, en tal lugar', se lee al pie de los diplomas reales. Pero, consultad el itinerario del soberano: veréis más de una vez que el día en cuestión en realidad se hallaba a varias leguas de allí. Innumerables actas de emancipación de siervos que hubiera parecido desatinado tachar de falsas, afirman que han sido concedidas por pura caridad, cuando podemos poner frente a cada una de ellas la factura de la libertad»[62].

En otoño de 1907 Leopoldo II reside en Lormoy, junto a la «baro-

61. VAN DER ESSEN, L.: *La diplomatie. Ses origines et son organisation jusqu'à la fin de l'Ancien Régime* (Bruxelles, 1953), págs. 116 y ss.
62. BLOCH, M.: *op. cit.*, pág. 42.

nesa de Vaughan»: allí firma los decretos reales. Pero como los ministros belgas no desean que el nombre de Lormoy figure en el «Moniteur» [Boletín Oficial del Estado], mandan que los decretos se fechen los días en que el soberano va de excursión a Saint-Germain o a Fontainebleau.

Con demasiada frecuencia nos hacemos ilusiones acerca del carácter *auténtico* de un documento (lo que no se refiere a su contenido, sino a su procedencia) y nos inclinamos a creer que es *sincero.*

3.º *El autor altera la verdad por simpatía o antipatía hacia un grupo de hombres (nación, casta, partido, secta, provincia, ciudad, familia, etcétera) o hacia un conjunto doctrinal o institucional (religión, filosofía, etc.).* «¿Acaso vamos a pedirle al duque de Saint-Simon que sea sincero, él que desprecia profundamente a todos los que no pertenecen a la nobleza militar, y vamos a tener en cuenta sus parlamentos elocuentes y apasionados contra la alta magistratura, nobleza de toga? Aun hoy es muy raro encontrar un político que no sea 'partidista': ¿qué valor puede tener su opinión acerca de los representantes del partido contrario? En pocas palabras: estas desviaciones son fatales, pero es importante darse cuenta de ellas antes de utilizar los testimonios. Las peores acusaciones pueden hallar crédito si proceden de un ambiente totalmente conforme con nuestras preferencias personales: basta recordar, incidentalmente, las manifestaciones del caso Dreyfus para ver hasta dónde puede llegar la anulación del espíritu crítico cuando está en juego una cuestión de raza o de partido»[63].

La historia militar casi siempre está desfigurada por patriotismo, vanagloria o espíritu tradicional. En este terreno, la credulidad del público es ilimitada según lo demuestra el extraordinario éxito de las *Memoires du général baron de Marbot* (1782-1854), en las que abundan las patrañas más inverosímiles. Por ejemplo: el autor explica con la mayor seriedad que el cuerpo del general de caballería Morland, muerto en Austerlitz, fue metido en un tonel de ron y enviado a París; diez años después, «habiéndose roto el tonel de puro viejo, causó gran asombro ver que el ron había hecho crecer los mostachos del general de una manera tan extraordinaria que le llegaban hasta más abajo de la cintura»[64].

Los informes militares se corrigen y retocan para no contrariar a las autoridades superiores. Los documentos de estado mayor disocian la historia de la realidad, pues presentan la guerra como si fuera un conjunto continuo de acciones tácticas. Para apreciar la guerra en su perspectiva real hay que recurrir a los diarios de campaña de los com-

63. HARSIN, P.: *op. cit.*, págs. 98 y ss.
64. *Mémoires du géneral baron de Marbot,* tomo I (Paris, 1891), pág. 264.

batientes, que, por estar redactados espontáneamente día por día, dan a conocer la vida del soldado y sus reacciones directas ante el contacto con el enemigo [65].

4.º *El autor altera la verdad por vanidad individual o colectiva.* Ejemplos sorprendentes aparecen en la *Historia griega* de Éforo (siglo IV a. de C.), que deforma el curso de los acontecimientos *ad majorem Graecorum gloriam.* Hasta la época de Sila los analistas romanos disfrazan la verdad histórica atribuyendo únicamente a la ciudad de Roma las hazañas de las ciudades de toda Italia con el fin de contribuir a la formación moral y cívica de la juventud. Sully, en sus *Économies royales,* falsea por vanidad la historia de su época. Sin embargo, en este aspecto también debemos desconfiar de los anacronismos: la vanidad de un autor no siempre coincide con la nuestra: «puede darse el caso de que un autor mienta para atribuirse (a sí mismo o a los suyos) actos que nosotros consideraríamos deshonrosos. Carlos IX se jactó falsamente de haber dispuesto la matanza de la noche de San Bartolomé»[66].

5.º *El autor altera la verdad por conformismo moral o por moda.* Ejemplos: las fórmulas tradicionales fijadas por el protocolo romano acerca de la titulación imperial evidentemente no constituyen una prueba del afecto de las poblaciones hacia el régimen imperial; las proclamas y los mensajes ditirámbicos de los consejos generales y municipales durante el Primer Imperio ocultan los verdaderos sentimientos de la mayoría de los franceses [67]; las fórmulas de cortesía al pie de los documentos antiguos o contemporáneos son sólo afirmaciones de pura conveniencia.

6.º *El autor altera la verdad para agradar al público mediante convenciones literarias.* Ejemplos: la deformación oratoria, en virtud de la cual se atribuyen sentimientos y discursos nobles a los grandes personajes (como Suger en su *Historia Ludovici VI*); la deformación épica,

65. Cf. NORTON CRU, J.: *Témoins...,* págs. 45 y ss.
66. LANGLOIS, CH-V.; y SEIGNOBOS, CH.: *op. cit.,* págs. 45 y ss.
67. El Ayuntamiento de Castres, en el que sólo hay una minoría de partidarios del régimen imperial, vota sin embargo el 1 de mayo de 1810, con motivo de la boda de Napoleón y María Luisa, un mensaje en el que el conformismo queda superado por la bajeza: «Ocupado únicamente hasta el día de hoy por el cuidado de sus pueblos, Su Majestad se había, por decirlo así, olvidado de sí mismo para garantizarles la felicidad: y llega al colmo al darnos la esperanza de que sus gloriosos descendientes gozarán, durante una larga serie de siglos, de los frutos de sus victorias y de su prudencia». Cf. GODECHOT, J.: *L'opposition au premier Empire dans les conseils généraux et les conseils municipaux,* en «Mélanges offerts à G. Jacquemyns» (Bruxelles, 1968), pág. 390.

que añade detalles precisos y pintorescos (como Tschudi en su *Chronicon Helveticum*); la deformación dramática, que agrupa ciertos hechos para destacar la intensidad dramática (como Tácito en sus *Annales*).

En las redacciones de la prensa actual las convenciones literarias siguen ocupando amplio espacio, especialmente en lo que se refiere a las reglas estrictamente conformistas del decoro, la afición por lo pintoresco y el afán de sensacionalismo.

Ejemplo: Stanley, en su obra *Through the dark Continent* (publicada en 1878), intenta a veces atraer la atención del lector mediante artimañas periodísticas. Afirma, por ejemplo, que llegó a Boma exactamente 999 días después de haber salido de Zanzíbar. Todos los biógrafos del explorador han repetido a porfía este dato, sin molestarse en comprobarlo. Con razón M. F. Bontinck ha denunciado la leyenda de los 999 días. En realidad, Stanley salió de Zanzíbar el 12 de noviembre de 1874 y llegó a Boma el 8 de agosto de 1877, lo que da:

1874:	50	días	de	viaje	
1875:	365	»	»	»	
1876:	366	»	»	»	(año bisiesto)
1877:	220	»	»	»	
	1001				

Es decir, que Stanley tardó 1001 días en atravesar África. «Podría objetarse que Stanley no contó los dos días de salida y de llegada, y que así tendríamos 999. Es posible; pero la verdad es que Stanley salió la mañana del 12 de noviembre de 1874 y llegó la noche del 8 de agosto de 1877; no hay, pues, motivo para no incluir esos dos días en la duración del viaje. Más vale reconocer que también en este caso Stanley sucumbió a la tentación de esmaltar su relato con esos menudos hechos curiosos que atraen la atención del lector y que revelan al buen periodista» [68].

Si examinamos la psicología del autor podremos apreciar la veracidad de su testimonio. Por desgracia, muchos hechos conservados por la historia son de enésima mano y anónimos. No sabemos absolutamente nada ni del autor ni de sus fuentes.

Ante todo habrá que averiguar si las afirmaciones que contiene el documento que estudiamos no revelan los prejuicios de determinada categoría social (clero, nobleza o burguesía). La tradición de Heródoto, por ejemplo, es favorable a Atenas y a los sacerdotes de Delfos. Si el hecho narrado es *completamente* anónimo, habrá que utilizarlo, pero con extraordinaria prudencia: se evitará siempre tomarlo como base de cualquier construcción histórica.

68. BONTINCK, F.: *Une lecture critique de Stanley*, «Études Congolaises» (Kinshasa), XI, núm. 1 (1968), pág. 54.

4. La crítica de exactitud

La crítica de exactitud tiene por objeto descubrir los errrores involuntarios en la relación escrita de un hecho. En efecto, muchos testigos se equivocan de buena fe. Para conocer un hecho el único procedimiento científico válido es la *observación correcta.*

El historiador debe preguntarse si el autor no ha redactado un relato inexacto del suceso que cuenta. Veamos cuáles son las principales causas de errores involuntarios que pueden darse en un documento.

1.º El autor, bien situado para observar un hecho, se ha visto dificultado inconscientemente por una ilusión, una alucinación, un tópico, un prejuicio o un mito. En la Edad Media, miles de testigos oculares afirman que han visto al demonio.

Algunos autores tienen inclinación patológica a la inexactitud. Ch.-V. Langlois y Ch. Seignobos destacan el célebre caso del historiador inglés James Anthony Froude (1818-1894), cuyas afirmaciones están todas plagadas de errores: «Por ejemplo, tras haber visitado la ciudad de Adelaida, en Australia, dice: 'Vi a nuestros pies, en la llanura cruzada por un río, una ciudad de 150 000 habitantes, de los que ni siquiera uno ha sentido ni sentirá nunca la menor inquietud por la repetición regular de sus tres comidas diarias'. La verdad es que Adelaida está situada en una altura; no la cruza ningún río; su población no superaba las 75 000 almas; y en la época en que Froude la visitó pasaba por una gran carestía»[69].

Hay afirmaciones que son resultado de un tópico, no comprobado y extremadamente esquematizado, acerca de determinada categoría social en un grupo determinado (por ejemplo, en Bélgica las suecas son consideradas jóvenes muy libres bajo todos los aspectos); otras afirmaciones derivan de prejuicio, es decir, de un juicio preconcebido de origen cultural acerca de determinados hechos (por ejemplo, el *etnocentrismo,* en virtud del cual *la* civilización se confunde con *nuestra* civilización y se expresan opiniones acerca de todos los problemas en función de *nuestros* propios valores). La pasión puede cegar a un autor e inducirle a deformar involuntariamente la realidad.

«Extraordinariamente variable de un individuo a otro, la facultad de observación no es, tampoco, una constante social... Casi siempre el error está orientado de antemano. Sobre todo no se difunde, no cobra vida sino cuando

69. Langlois, CH.-V.; y Seignobos, CH.: *op. cit.*, pág. 101.

coincide con los prejuicios de la opinión común; entonces se convierte en un espejo en el que la conciencia colectiva contempla sus propios rasgos. En las fachadas de muchas casas belgas se ven aberturas estrechas, cuyo fin es facilitar la colocación de los andamios de los revocadores; los soldados alemanes, en 1914, jamás habrían tomado esos inocentes artificios de albañil por otras tantas aspilleras preparadas para los francotiradores, si su imaginación no hubiera estado obsesionada de antiguo por el temor de las guerrillas. Las nubes no han cambiado de forma desde la Edad Media. Y, sin embargo, no vemos en ellas ni cruces ni espadas milagrosas. La cola del cometa que observara el gran Ambroise Paré seguramente no era muy distinta de las que a veces barren nuestros cielos. Y sin embargo creyó ver en ella toda una panoplia de armas extrañas. La sumisión al prejuicio universal había vencido a la acostumbrada exactitud de su mirada; y su testimonio, como tantos otros, no nos informa sobre lo que en realidad vio sino sobre lo que, en su época, se consideraba natural ver»[70].

En cuanto a los hechos actuales, como ha recalcado Alfred Sauvy, nuestros coetáneos también aceptan numerosos *mitos*, «ideas comúnmente recibidas, que al ser examinadas desaparecen o, al menos, se modifican profundamente» y que son resultado de una «defectuosa observación del mundo existente, sin recurrir a lo sobrenatural»[71]. Citemos, por ejemplo, la célebre fórmula de Clemenceau «Alemania pagará» que domina e ilusiona a la opinión francesa después de la Primera Guerra Mundial.

2.º El autor no reproduce correctamente lo que ha visto y sentido: está situado en un lugar desde el cual no puede ni ver ni oír bien (por ejemplo, un espía que desde un escondite observa las deliberaciones secretas del estado mayor adversario); está distraído porque desempeña un papel en los acontecimientos (por ejemplo, un militar que participa en un encuentro contra el enemigo); se expresa mal porque carece de estudios; es negligente porque no se interesa o se interesa poco por los hechos que ocurren ante él (por ello, su relato será fragmentario e impreciso); anota sus impresiones *varios meses o varios años* después del suceso. Ahora bien, si queremos ser exactos debemos anotar los hechos inmediatamente después de haberlos observado; la memoria recuerda consciente o inconscientemente ciertos hechos, pero olvida otros; además, una impresión se debilita, se aleja de lo vivido y se transforma en recuerdo fragmentario que se mezcla con otros recuerdos en nuestra memoria, de por sí infiel. Asimismo, hay que desconfiar mucho de las memorias, escritas varios años después de los sucesos y que no recogen

70. BLOCH, M.: *op. cit.*, págs. 49 y ss. Cf. BLOCH, M.: *Réflexions d'un historien sur les fausses nouvelles de la guerre*, «Revue de Synthèse Historique» (Paris), XXXIII (1921), págs. 27 y ss.
71. SAUVY, A.: *Mythologie de notre temps* (Paris, 1965), págs. 10 y 33.

más que un cúmulo de recuerdos dispersos, que siempre falsean la realidad.

«Comparemos, por ejemplo», escribe Paul Harsin, «las *Memoires du marquis Dangeau*, verdadero cuaderno de notas tomadas y redactadas día por día, con las *Memoires du Cardinal de Retz*, escritas casi un cuarto de siglo después de los hechos en los que Jean François de Gondi tuvo una parte tan activa y tumultuosa que no le dejaron tiempo para tomar la más mínima nota, y juzguemos cuán diferente es el crédito que merecen —dejando de lado cualquier otra razón de sospecha— esos dos autores. Y sin embargo, el segundo nos ha dejado un relato muy detallado que ha sido ampliamente utilizado por los historiadores de la Fronda»[72].

3.º El autor da por seguros hechos que no se ha molestado en observar cuando habría podido hacerlo (por ejemplo, la notificación anticipada de sucesos que lógicamente deben producirse; el relato detallado de una ceremonia pública, a menudo redactada de antemano basándose en el programa).

El 9 de mayo de 1927 los diarios norteamericanos anuncian la llegada a Nueva York de los aviadores Nungesser y Coli. Horas más tarde llega la noticia de que han desaparecido en el Atlántico.

«El 9 de octubre de 1934 los primeros diarios de la tarde dieron a conocer el relato detallado del recibimiento del rey Alejandro de Yugoslavia en Marsella; hacia las dieciséis horas llegó a París la noticia del asesinato; durante algunos instantes pudieron verse en los quioscos diarios con los siguientes titulares: unos, 'Marsella acoge con entusiasmo al rey Alejandro'; otros, 'Asesinato del rey Alejandro'»[73].

El 17 de septiembre de 1961 Dag Hammarskjöld, secretario general de las Naciones Unidas, sale de Leopoldville en un avión especial DC-4 con dirección a Rhodesia, con el fin de iniciar negociaciones con el presidente Tshombe acerca de un posible alto el fuego en Katanga. En la noche del 17 al 18 de septiembre de 1961 el aparato que transporta al secretario general y su séquito se estrella en Rhodesia. Sin embargo, el 18 de septiembre la mayoría de los diarios belgas anuncian el inicio de las conversaciones Hammarskjöld-Tshombe, añadiendo al relato detalles imaginarios. En «La Dernière Heure» se lee este titular: Entrevista Tshombe-Hammarskjöld para un alto el fuego, este domingo en Rhodesia del Norte», seguido de la noticia: «Leopoldville, 17 de septiembre. A bordo de un avión especial de la O.N.U., el señor D.H., secretario general de la O.N.U., salió el domingo por la tarde en dirección a Ndola (Rhodesia del Norte), para iniciar con el presidente Tshombe negociaciones acerca de la paz en Katanga. El Sr. M. Tshombe ha conferenciado en Ndola

72. HARSIN, P.: *op. cit.*, pág. 90.
73. MARICHAL, R.: *La critique des textes*, en «L'histoire et ses méthodes» (Paris, 1961), págs. 1343 y ss.

con el señor H. La conferencia sobre el alto el fuego en Katanga ha tenido lugar en la torre de control del aeropuerto de Ndola. Empezó en el momento mismo de la llegada de Tshombe. Asistían a las negociaciones Lord Alport, Alto Comisario del Reino Unido en la Federación de Rhodesia, y un representante del gobierno de Rhodesia del Norte. El avión especial DC-4 en que el Sr. H. partió de Leopoldville aterrizó unas 4 horas después de la llegada del presidente Tshombe. El secretario general de la O.N.U. y su séquito fueron recibidos en el campo por Lord Alport, mientras los periodistas eran mantenidos a 200 m del avión». La misma versión apareció en «Le Peuple», «La Libre Belgique», «Het Volk», «Het Laatste Nieuws», «De Standaard», etc. El 19 de septiembre y con el título «Ligereza», «La Libre Belgique» publicó la siguiente rectificación: «Varias agencias de prensa, al parecer basándose de una manera imprudente únicamente en las declaraciones de los servicios de orden del aeródromo rhodesiano en que el Sr. H. era esperado, dieron a conocer con muchos detalles la llegada del Secretario General, incluso el comienzo de las conversaciones con Tshombe. Hemos reproducido estas informaciones, al igual que todos los diarios de la mañana, indicando la fuente. En la dirección de una de las agencias de prensa, causante de tal ligereza, nos han asegurado que se ha abierto una investigación para evitar la repetición de tales errores».

4.º El autor expone un hecho que, por su índole, no puede haber conocido únicamente por observación como si se tratara de un hecho oculto (secreto diplomático, secreto de alcoba), un estado interior (sentimiento, mentalidad) o un fenómeno colectivo muy difundido o de larga duración (práctica común de todo un pueblo o de todo un siglo). «En tal caso se trata de resultados o consecuencias de observaciones: el autor sólo ha podido obtenerlos indirectamente, fundándose en datos de observaciones que luego ha elaborado mediante operaciones lógicas, abstracción, generalización, razonamiento, cálculo. Se plantean entonces dos cuestiones: ¿es posible que el autor haya trabajado con datos insuficientes? ¿ha elaborado incorrectamente esos datos?»[74].

A veces un hecho oculto puede tener graves implicaciones políticas.

Veamos, por ejemplo, el caso Profumo. En un informe oficial redactado a petición del gobierno británico, Lord Denning intenta explicar las circunstancias que en 1963 ocasionaron la dimisión de Profumo, secretario de estado para la guerra. Este informe se funda en una investigación confidencial a base de 160 testigos. Recordemos los hechos. En julio-agosto de 1961, Profumo mantuvo una breve relación amorosa con una maniquí, Christine Keeler, amiga de Stephen Ward, famoso osteópata. Éste tenía estrecha relación con el capitán Ivanov, agregado naval adjunto de la embajada de la U. R. S. S. en Londres, que intentaba obtener informaciones acerca de la entrega de armas atómicas por los Estados Unidos a la República Federal Alemana. En enero de 1964 Christine Keeler hace al «Sunday Pictorial» unas declaraciones sobre

74. LANGLOIS, CH.-V.; y SEIGNOBOS, CH.: *op. cit.*, pág. 149.

sus relaciones con Profumo. El 22 de marzo Profumo desmiente formalmente esos rumores en la Cámara de los Comunes. Pero los servicios de seguridad británicos entregan un informe detallado del asunto al primer ministro Mac Millan, y Profumo se ve obligado a confesar y dimite el 5 de junio. Perseguido por la justicia, Stephen Ward se suicida. En su informe Lord Denning traza un panorama de los hechos seguros, aunque procura echar la culpa de todo el asunto a Stephen Ward con el fin de acusar lo menos posible a los medios aristocráticos londinenses.

Advirtamos, como ya lo hemos subrayado al hablar de la crítica de sinceridad, que en historia la observación directa es muy rara. «Si elegimos al azar un relato, incluso de un contemporáneo, veremos que los hechos observados por el autor nunca constituyen más que una parte del conjunto. En casi todos los documentos la mayoría de las afirmaciones no proceden directamente del autor, sino que reproducen las afirmaciones de otra persona. Un general, incluso cuando explica la batalla que acaba de dirigir, no expone sus propias observaciones sino las de sus oficiales; su relato es ya en buena parte un 'documento de segunda mano'»[75].

Dado que muchas afirmaciones quedan anónimas (autores o fuentes desconocidas), habrá que intentar eliminar los errores más frecuentes que nos da a conocer la experiencia de la crítica histórica.

5. La verificación de los testimonios

Esta última operación pretende *verificar* el testimonio de un autor mediante comparación con otros testimonios independientes.

En historia contemporánea es frecuente la pluralidad de fuentes; pero en historia antigua y medieval a menudo tan sólo disponemos de un testimonio único. De ahí que no sea posible comprobarlo y, sin llegar al extremo del adagio del derecho romano *Testis unus, testis nullus* («testigo único, testigo nulo»), hemos de limitarnos a citarlo (indicando la fuente) sin sacar conclusiones. Por ejemplo, algunos sucesos de las guerras médicas solamente los conocemos por Heródoto y muchos hechos históricos del período real de Roma sólo nos los ha transmitido Tito Livio, que trabaja únicamente de segunda mano, a base de fuentes analísticas republicanas; la rivalidad entre Fredegunda y Brunilda en el siglo VI sólo la relata Gregorio de Tours. El testimonio único siempre ha de someterse al examen de las críticas externa e interna; si supera

75. Langlois, CH.-V.; y Seignobos, CH.: *op. cit.*, pág. 150.

con éxito las distintas pruebas, *se puede conservar, aunque mencionando que se trata de un texto único.* Pero cuando el testimonio único es sospechoso, debemos renunciar a utilizarlo y reconocer nuestra ignorancia.

Nunca hemos de *afirmar* algo basándonos en la autoridad de un solo autor *(Aristóteles dixit).* De no hacerlo así, se puede llegar a la curiosa paradoja de que los hechos conocidos por una multitud de documentos contradictorios parezcan que están menos probados que los que se basan en un testimonio único [76].

Cuando existen varios testimonios acerca de un mismo hecho, pueden: contradecirse, concordar o completarse.

Para que dos afirmaciones se contradigan han de referirse al mismo hecho: «Dos afirmaciones en apariencia contradictorias pueden ser simplemente paralelas; es posible que no se refieran exactamente a los mismos momentos, los mismos lugares, las mismas personas, los mismos episodios de un acontecimiento, y pueden ser exactas ambas. Pero no podemos llegar a la conclusión de que se confirman: cada una de ellas pertenece a la categoría de las afirmaciones únicas»[77].

Si las dos afirmaciones son fundamentalmente inconciliables, una de las dos ha de ser falsa y no cabe ninguna verdad media (si un niño dice que 2 y 2 son 4 y otro que 2 y 2 son 6, no podemos llegar a la conclusión de que 2 y 2 son 5). Si una afirmación es sospechosa, hay que descartarla. Si no podemos decidir entre dos fuentes del mismo valor, debemos señalar la contradicción y nada más. Es evidente que con frecuencia puede haber numerosos testimonios opuestos: también en este caso el valor de un testimonio prevalece sobre las demás afirmaciones sospechosas.

Cuando varios testimonios concuerdan, lo normal es que difieran en ciertos detalles; de no ser así, es preciso comprobar si lo que hacen es explicar de distinta manera una misma y única observación (una especie de plagio). «Todas las personas que participaron en la batalla de Waterloo saben que allí Napoleón fue derrotado. Si un testigo, demasiado original, negara la derrota, consideraríamos que es un testigo falso.

76. Cf. Anatole FRANCE, que en el prólogo de *L'Ile des Pingouins* escribe: «Es extremadamente difícil escribir historia. Nunca sabemos a punto fijo cómo han ocurrido las cosas, y la perplejidad de los historiadores aumenta con la abundancia de documentos. Cuando un hecho es conocido por un solo testimonio, suele admitirse sin demasiada vacilación. Las indecisiones empiezan cuando los sucesos son narrados por dos o más testigos, porque sus testimonios son siempre contradictorios y siempre inconciliables».

77. LANGLOIS, CH.-V.; y SEIGNOBOS, CH.: *op. cit.*, págs. 169 y ss.

Por otra parte, hemos de reconocer que para explicar que Napoleón fue vencido en Waterloo no hay, en francés, muchas maneras distintas de decirlo, si nos limitamos a esta sencilla y elemental afirmación. Pero, ¿y si se diera el caso de que dos testigos, o supuestos testigos, describieran la batalla exactamente con las mismas palabras? ¿O si, aunque fuera con expresiones ligeramente distintas, la describieran exactamente con los mismos detalles? Sin duda alguna llegaríamos a la conclusión de que uno de ellos copió del otro o que ambos copiaron un modelo común. En efecto, nuestra razón se niega a admitir que dos testigos, necesariamente situados en dos puntos distintos del espacio y dotados de desiguales facultades de atención, hayan podido anotar, punto por punto, los mismos episodios; y que, de entre las innumerables palabras de la lengua francesa, dos escritores que trabajaran independientemente el uno del otro hayan elegido por casualidad los mismos términos, los hayan reunido de la misma manera, para contar las mismas cosas. Si los dos relatos pretenden reflejar directamente la realidad, no cabe duda de que al menos uno de ellos miente»[78].

Asimismo, dos o varias observaciones distintas del mismo hecho han de ser *independientes*, es decir, no derivar de una de ellas, pues en tal caso el hecho de que concordaran no sería razón suficiente para aceptar una mayor credibilidad. «Las únicas observaciones realmente independientes son las que figuran en documentos diferentes, debidos a diferentes autores, que pertenezcan a grupos diferentes y que actúen en condiciones diferentes. Es lo mismo que decir que el caso de una coincidencia totalmente concluyente es raro, excepto para las épocas modernas»[79].

Cuando se impone la hipótesis de la copia, hemos de averiguar qué documento puede ser el original (sentido de la filiación) o si los dos documentos derivan de una fuente común. La respuesta puede proporcionarla la crítica externa, por ejemplo, cuando ello es posible, mediante la fijación de las fechas relativas de los dos documentos. En caso de que este criterio no pueda aplicarse, es preciso recurrir a la crítica interna de los textos y al análisis psicológico.

«Ni que decir tiene que esto no presupone reglas mecánicas. Por ejemplo, ¿acaso debemos aceptar como principio, como pretenden algunos eruditos, que los retocadores multiplican constantemente los nuevos hallazgos, de tal manera que las posibilidades de que sea más antiguo recaigan en el texto más escueto y menos inverosímil? Algunas veces esto es cierto. De una inscripción a otra el número de enemigos caídos ante los ataques de un rey de Asiria se abulta desmesuradamen-

78. BLOCH, M.: *op. cit.*, pág. 54.
79. LANGLOIS, CH.-V.; y SEIGNOBOS, CH.: *op. cit.*, pág. 174.

te. Pero también puede ocurrir que la razón se rebele. La más fabulosa de las *Pasiones* de san Jorge es la de fecha más antigua; luego, partiendo del antiguo relato, los sucesivos redactores sacrificaron primero un detalle, luego otro, cuya desbocada fantasía les chocaba. Hay muy distintas maneras de imitar. Varían según el individuo, a veces según modas comunes a una generación. Al igual que cualquier otra actitud mental, una manera no presupone la otra, so pretexto de que nos puedan parecer 'naturales'»[80].

El número de documentos independientes conservados acerca de un hecho histórico da o no la posibilidad de demostrarlo. El *azar*, pues, desempeña un importante papel en la historia.

Los *hechos generales* (grandes sucesos, instituciones, doctrinas, etc.), fácilmente observados gracias a su alcance y a su duración, se demuestran con facilidad. En cuanto a los *hechos particulares*, el problema suele ser más complejo. Sin embargo, cuando son varias las personas que han presenciado el suceso (hecho frecuente en la época contemporánea) el historiador fácilmente logra demostrarlo.

La escasez de documentos suele reducir nuestro conocimiento de la historia antigua y medieval a los hechos generales. Para la historia contemporánea, se extiende cada vez más a los hechos particulares. «El público se imagina lo contrario; desconfía de los hechos contemporáneos acerca de los cuales ve cómo circulan relatos contradictorios y cree sin vacilar los hechos antiguos porque no hay contradicciones. Su confianza es máxima para la historia que no tenemos medios de conocer; su escepticismo crece a medida que aumentan los medios de saber»[81].

Señalemos también que un testimonio puede completarse con ayuda de otro. «Esta corrección a menudo deberá tenerse en cuenta porque procedería de alguien cuya atención estuvo mayormente atraída por ciertos detalles y que probablemente reflexionó más que el autor del primero, aportando su testimonio rectificativo. En realidad ignoramos si el primer autor tuvo especial cuidado en anotar estos detalles, mientras que nos consta con seguridad que el autor del segundo testimonio le prestó atención»[82].

80. BLOCH, M.: *op. cit.*, págs. 55 y ss.
81. LANGLOIS, CH.-V.; y SEIGNOBOS, CH.: *op. cit.*, págs. 174 y sig. Cf. también PÉGUY, CH.: *Clio* (Paris, [20]1932), pág. 197: «La historia del mundo antiguo se construye *con* los pocos documentos que conservamos *con tal, sobre todo*, de que no haya otros. La historia del mundo moderno se construye escogiendo *entre* los documentos que tenemos, se construye *con, entre, contra, alrededor, por encima, por debajo* de los documentos que poseemos, como se puede».
82. HARSIN, P.: *op. cit.*, pág. 105.

Finalmente, dado que la *concordancia de los testimonios* no siempre permite llegar a conclusiones definitivas, para comprobar si hay *conformidad entre los hechos* a menudo es preciso confrontar un hecho narrado por un testigo con hechos conexos relatados por otros autores. «Muchos hechos que, considerados por separado, sólo tienen demostración incompleta, pueden confirmarse unos a otros y dar una certeza de conjunto... En el itinerario de un soberano, los días y los lugares de paso quedan confirmados cuando concuerdan para formar un todo coherente»[83]. Este principio de la «coherencia de las hipótesis» es aplicado universalmente por todos los historiadores.

Sin embargo, un hecho fijado por la crítica puede estar en desacuerdo con una ley científica contemporánea. «La creencia general en los prodigios ha llenado de hechos milagrosos los documentos de casi todos los pueblos. Históricamente, la existencia del diablo está mucho más sólidamente demostrada que la de Pisístrato: no se conserva ni una sola palabra de un coetáneo que diga que ha visto a Pisístrato; millares de 'testigos oculares' declaran que han visto al diablo, y son muy pocos los hechos históricos basados en semejante número de testigos independientes. Y sin embargo, no vacilamos en rechazar al diablo y en aceptar a Pisístrato. Y es que la existencia del diablo no podría conciliarse con las leyes de todas las ciencias existentes»[84]. Pero es preciso recordar que una ley científica puede ser provisional: el hombre revisa las leyes que ha formulado cuando la razón o la experiencia le demuestran que ya no son conformes con la realidad.

La estructura mental de los hombres del siglo XVI era muy diferente de la nuestra. La época del Renacimiento se caracterizaba por una extremada credulidad y una ausencia de espíritu crítico. En un profundo estudio de psicología colectiva, Lucien Febvre escribe: «A decir verdad en aquel entonces nadie tenía el sentido de lo imposible. La noción de lo imposible. Nos han contado que un individuo decapitado cogió su cabeza entre las manos y echó a andar por la calle. Nos encogemos de hombros, sin informarnos más del hecho: sería ridículo hacerlo. Los hombres de 1541 no decían: imposible. No sabían dudar de la posibilidad de un hecho. Para ellos ningún concepto tiránico, absoluto, obligatorio de ley, limitaba el poder ilimitado de una naturaleza creadora y productora sin freno. Efectivamente, la crítica del hecho no empezará hasta el día en que esta noción de ley entre en vigor universalmente, el día en que, por esto mismo, adquiera sentido el concepto de lo *impo-*

83. LANGLOIS, CH.-V.; y SEIGNOBOS, CH.: *op. cit.*, pág. 175.
84. LANGLOIS, CH.-V.; y SEIGNOBOS, CH.: *op. cit.*, págs. 177 y ss.

sible, tan fecundo pese a sus apariencias negativas; el día en que, para todas las mentes, el *non posse* dé origen al *non esse*»[85].

Para los hombres del siglo XVI la comunicación entre lo *natural* y lo *sobrenatural* es constante. La visión que tienen del Universo sigue siendo la misma que tiene el hombre primitivo: la Divinidad interviene en los asuntos humanos.

El astrólogo Stoefler, habiendo observado que en el mes de febrero de 1524 tres planetas se hallarían al mismo tiempo en el signo ácueo de Piscis, predijo para esa fecha un segundo diluvio que Europa aguardó con el más profundo terror; los habitantes del litoral emigraron en masa hacia las colinas o se procuraron embarcaciones; en Toulouse, el presidente Auriol llegó incluso a mandar que le construyeran un arca de Noé...

Protestantes y católicos luchan violentamente contra la brujería. Lutero, al condenar las prácticas de algunos individuos acusados de echar a perder la mantequilla y los huevos de los campesinos, no vacila en declarar: «No tendré compasión de estos brujos; los quemaré a todos». En Inglaterra, la prueba judicial de la no sumersión (*by fleeting*) se utiliza corrientemente contra los individuos sospechosos de brujería. El acusado, atado de pies y manos, es arrojado a un depósito hondo de agua: si es inocente, debe irse al fondo; si es culpable, flota. Porque el agua se niega a recibir en su seno a quien ha rechazado las aguas sagradas del bautismo. La tortura y a continuación la horca o la hoguera esperan al desgraciado que se ha librado de ahogarse...

En enero de 1554, Félix Platter, tras asistir en Montpellier a la ejecución de un hugonote, anota: «Ocurrió un hecho extraordinario. Inmediatamente después del suplicio, empezó a tronar violentamente. Lo oí con mis propios oídos, y muchos otros como yo». En ese fantasmagórico Universo en el que el ejército tumultuoso de los demonios y el escuadrón celestial de los ángeles están perpetuamente en pugna, el hombre del siglo XVI, rebasado por los misterios del mundo, admite sin pestañear los milagros, los presagios engendrados por el paso de un cometa o por un eclipse, las luchas de dragones, las visiones de aparecidos o de hombres-lobo, los sueños proféticos, las fórmulas cabalísticas para conjurar la suerte y las curaciones milagrosas. «Por consiguiente, es absurdo y pueril suponer que la incredulidad de los hombres del siglo XVI, en la medida en que fue realidad, fuera ni remotamente comparable a la nuestra. Absurdo y anacrónico. Y considerar a Rabelais como primer individuo de una larga serie al final de la cual figurarían los 'librepensadores' del siglo XX —eso en el supuesto de que formen un bloque y que no difieran demasiado profundamente unos de otros por su manera de ser, su experiencia científica y sus argumentos particulares— sería una locura mayúscula»[86].

En las Provincias Unidas, todavía en el siglo XVII, los personajes más destacados del Estado consultan a adivinas, echadoras de cartas y quirománticas. Un catecismo holandés publicado en 1662 dedica un capítulo a demostrar que practicar la brujería constituye pecado.

85. FEBVRE, L.: *Le problème de l'incroyance au XVIe siècle. La religion de Rabelais,* en «L'Évolution de l'Humanité», tomo LIII (Paris, 1947), págs. 476 y sig.
86. FEBVRE, L.: *op. cit.,* pág. 497.

«A medida que las ciencias adelantan, las supersticiones ganan terreno a expensas de las religiones: tanta es la necesidad que el hombre siente por lo extraordinario. El siglo clásico francés es el de los iluminados, de los rosa-cruces y de las misas negras. El siglo de los filósofos es el de Mesmer y de Cagliostro. El siglo del vapor es el de los veladores giratorios. El siglo de la energía atómica es aquel en que florecen las echadoras de cartas y las quirománticas, en que los diarios de gran tirada publican diariamente horóscopos, en que la Lotería nacional especula con el viernes 13»[87].

Sin embargo, en el estado actual de la ciencia el historiador no debe adoptar de buenas a primeras una actitud racionalista despreciativa ante un fenómeno inexplicable. Así, por ejemplo, se ha observado que las manchas solares curiosamente coinciden con las revoluciones (1789, 1830, 1848, 1906, 1958). Parece, pues, que las fluctuaciones de la actividad solar ejercen influencia sobre la psicología colectiva de los habitantes de nuestro planeta.

Marc Bloch señala que la crítica histórica tiene también sus antinomias, al menos aparentes. «Para que un testimonio sea considerado auténtico, el método, ya lo hemos visto, exige que presente cierta semejanza con los testimonios afines. Sin embargo, si aplicáramos este precepto al pie de la letra, ¿qué ocurriría con el descubrimiento? Y quien dice descubrimiento, dice sorpresa, y desigualdad. Dedicarse a una ciencia que se limitara a comprobar que todo ocurre siempre tal como se esperaba, no resultaría muy provechoso, ni divertido. Hasta ahora no se ha descubierto ningún documento redactado en francés (y no en latín, como antes) anterior al año 1204. Supongamos que mañana un investigador dé a conocer un documento francés fechado en 1180. ¿Sacaremos la conclusión de que el documento es falso? ¿O de que nuestros conocimientos eran insuficientes?»[88].

Sin embargo, la paradoja metodológica es sólo aparente y el razonamiento de semejanza puede aplicarse a este caso: «Por el hecho de que se valiera de una lengua inusitada, nuestro supuesto documento de 1180 diferirá de los demás documentos de la misma fecha conocidos hasta hoy. Para que lo consideremos admisible, será preciso que su francés se acomode, en líneas generales, al estado de la lengua en esta época, documentado por los textos literarios; que las instituciones citadas correspondan a las de la época»[89].

87. SÉDILLOT, R.: *L'histoire n'a pas de sens* (Paris, 1965), págs. 111 y ss.
88. BLOCH, M.: *op. cit.*, pág. 58.
89. BLOCH, M.: *op. cit.*, pág. 58

En 1965 Maurice-A. Arnould publicó el más antiguo documento fechado y escrito en lengua de oíl: se trata de la carta-ley de Chièvres de 1194, cuyo original se ha perdido pero del que se conserva una copia auténtica de 1586. El texto sigue las reglas de declinación del francés antiguo. Tanto la lengua como la grafía, que presentan algunos arcaísmos, pueden compararse con las de los más antiguos textos románicos de nuestras tierras. Todas las cláusulas de ese escrito encajan perfectamente con la evolución social del campo en el siglo XII tal como nos la describen los especialistas de dicha época. Asimismo, Maurice-A. Arnould ha llamado la atención sobre copias de otro documento probablemente románico, escrito en Chièvres en 1195, que solía considerarse traducción romance de un original en latín[90].

Marc Bloch considera también la posibilidad de hallazgos casuales en el campo de la investigación histórica. «Cuando leemos, escribe en pocas palabras el padre Delehaye, que la Iglesia celebra el mismo día la festividad de dos de sus servidores, muertos ambos en Italia; que tanto la conversión del uno como la del otro fueron consecuencia de la lectura de la *Vida de los santos;* que cada uno de ellos fundó una orden religiosa con el mismo vocablo; que, por último, estas dos órdenes fueron suprimidas por dos papas homónimos, no hay nadie que no sienta tentaciones de exclamar que un solo individuo, desdoblado por error, fue inscrito en el martirologio bajo dos nombres distintos. Y sin embargo es realmente cierto que, atraídos ambos a la vida religiosa por el ejemplo de biografías piadosas, san Juan Colombini fundó la orden de los Jesuatos y san Ignacio de Loyola la de los Jesuitas; que ambos murieron un 31 de julio, el primero cerca de Siena en 1367, el segundo en Roma en 1556; que los Jesuatos fueron disueltos por el papa Clemente IX y la Compañía de Jesús por Clemente XIV. El ejemplo es muy curioso. Sin duda no es único. Si se diera el caso de que un cataclismo no dejara de la obra filosófica de estos últimos siglos más que unas someras indicaciones, ¿cuántos escrúpulos de conciencia depararía a los eruditos del futuro la existencia de dos pensadores, ingleses ambos y ambos llamados Bacon, que coincidieron en dar en sus doctrinas gran importancia al conocimiento experimental? Païs ha rechazado por legendarias muchas antiguas tradiciones romanas por la única razón, o casi, de que

90. Cf. ARNOULD, M.-A.: *Le plus ancien acte en langue d'oïl: la charte-loi de Chièvres (1194)*, en «Hommage au professeur Paul Bonenfant» (Bruxelles, 1965), páginas 85 y ss.; ARNOULD, M.-A.: *Une charte probablement romane du XIIe siècle (Chièvres, 1195)*, en «Miscellanea Mediaevalia in memoriam Yan Frederik Niermeyer» (Groningen, 1967), págs. 257 y ss.

en ellas aparecen los mismos nombres, asociados a episodios bastante parecidos. Con perdón de la crítica del plagio, cuya esencia es negar las repeticiones espontáneas de acontecimientos o de palabras, la coincidencia es uno de esos caprichos que no pueden eliminarse de la historia»[91].

H.-I. Marrou reprocha a Ch.-V. Langlois y a Ch. Seignobos el haberse dejado aprisionar por un concepto demasiado estrecho de la historia: la que se limita a estudiar los grandes acontecimientos históricos[92]. Sin embargo, H.-I. Marrou reconoce que nada puede reprocharse a los principios enunciados por Ch.-V. Langlois y Ch. Seignobos, «sino que casi nunca pueden realmente aplicarse... que en la mayoría de los casos no se da ninguna de las condiciones anteriormente enumeradas»[93]. Según H.-I. Marrou «al igual que ocurre en todos los problemas realmente humanos, es imposible que se den las condiciones supuestas, de lo que se infiere que una historia estrictamente fiel a las exigencias positivistas consistiría sobre todo en páginas en blanco»[94].

Jean Stengers observa con razón que «para las épocas de escasez de fuentes, las exigencias prácticas de la crítica no son las mismas que para las épocas con fuentes abundantes»[95]. Por ejemplo, para las cuestiones de historia política los especialistas en historia del Bajo Imperio se valen de Zósimo, un mediocre compilador del siglo v que sitúa París en Germania y confunde el Danubio con el Don. Una fuente de tan mala calidad sería eliminada sin más ni más por un historiador de épocas con documentación abundante. El historiador de épocas remotas y que dispone de escasas fuentes, las criticará minuciosamente, pero se valdrá de ellas para reconstruir el pasado...

Otro ejemplo, éste acerca de la historia de las instituciones. Sabemos que es muy posible que leyes, órdenes y reglamentos administrativos, cuyo texto conservamos, no se aplicaran nunca. Cuando se trata de períodos con documentación abundante, el historiador podrá conocer el funcionamiento real de las instituciones mediante confrontaciones. Por ejemplo, se guardará mucho de describir el régimen de los estados contemporáneos de la América latina basándose en las constituciones muy democráticas que tienen dichos estados. En cambio, para los períodos de documentación escasa, a menudo no será posible recurrir a confron-

91. BLOCH, M.: *op. cit.*, pág. 59.
92. Cf. MARROU, H.-I.: *De la connaissance historique* (Paris, ⁴1960), pág. 61.
93. MARROU, H.-I.: *op. cit.*, págs. 128 y ss.
94. MARROU, H.-I.: *op. cit.*, pág. 132.
95. STENGERS, J.: *Unité ou diversité de la critique historique*, en «*Raisonnement et démarches de l'historien*», «Revue de l'Institut de Sociologie» (Bruxelles), núm. 4 (1963), pág. 750.

taciones. Por lo tanto, el historiador describirá las instituciones de las épocas antiguas a base de textos teóricos desconociéndolo todo o casi todo acerca de su aplicación práctica. «La historia institucional, la historia social del Bajo Imperio, es en parte el Código de Teodosio, sin que en el fondo sepamos qué textos de los recogidos en el Código influyeron profundamente sobre las estructuras sociales y cuáles —indudablemente los hubo— fueron siempre letra muerta»[96].

En la actualidad la mayoría de los historiadores desprecian la historia factual e insisten en la historia de la civilización, «y esto hasta tal extremo que quizás haya llegado ya el momento de reaccionar, al menos desde un punto de vista pedagógico: por buscar demasiado la comprensión y la profundidad, la cultura histórica corre el peligro de abandonar la realidad concreta y de disolverse en humaredas abstractas: recordemos constantemente a los jóvenes que la historia de la civilización (así como cada una de sus historias especiales) ha de proyectarse sobre una tupida red de nombres, fechas y sucesos concretos, y que los hechos políticos, que suelen ser los mejor documentados, proporcionan la trama sólida de tal cañamazo»[97].

No hay que hacerse ilusiones sobre la validez de la trama expuesta en los manuales, compendios y enciclopedias de historia general. Los manuales suelen ser compilaciones de otros manuales: hay hechos erróneos que son aceptados de generación en generación sin comprobarlos nunca. Por ejemplo: suele decirse que el 2 de diciembre de 1804, cuando la coronación de Napoleón I en Notre-Dame de París, el emperador cogió con sus propias manos la corona imperial del altar y que con ese gesto violento provocó el vivo descontento del papa Pío VII. En realidad, el ceremonial de la consagración había sido minuciosamente fijado de antemano y el Papa había renunciado a imponer la corona al emperador, que debía cogerla personalmente.

«Nunca nos cansaremos de repetir que muchos de los hechos comúnmente aceptados son más o menos legendarios: todos los manuales, salvo error, cuentan que el 2 de septiembre de 1792 la cabeza de la princesa

96. STENGERS, J.: *art. cit.*, pág. 755.
97. MARROU, H.-I.: *op. cit.*, págs. 62 y ss. Cf. también ZUMKIR, A.: *L'histoire qui veut se faire aussi grosse que le bœuf*, «L'Athénée» (Liège), año 57, núm. 2 (1968), págs. 67 y ss.: «Si Francia», subraya irónicamente A. Zumkir (*art. cit.*, pág. 71), «no puede confundirse con los cuarenta reyes que, según algunos, la crearon, sería igualmente absurdo ignorarlos». Opinión contraria: VAN SANTBERGEN, R.: *L'histoire en procès dans l'enseignement*, «Bulletin d'Information de la Direction Générale de l'Organisation des Études» (Bruxelles), año 3, núm. 9 (1968), pág. 54: «Nuestros programas escolares se empeñan en valorar una historia política de base dinástica, cuyas subdivisiones habrían de ofrecer los puntos de apoyo de la cronología, pero cuyas sutilezas desaniman a los más diligentes».

de Lamballe fue llevada en la punta de una pica ante las ventanas de la familia real, que se alojaba en el Temple; sin embargo, P. Caron, el mejor historiador de las Matanzas de Septiembre, no se atreve a asegurarlo: ¡y no por falta de documentos! ¿Qué habríamos de decir de épocas remotas, de la Alta Edad Media, de la Antigüedad?»[98]. Debemos revisar seriamente la historia de los hechos y establecer una lista crítica de los mismos a base de las fuentes auténticas, y con referencias.

También hace falta mucha prudencia en cuanto a las instituciones. Por ejemplo, «la sociedad francesa del Antiguo Régimen suele clasificarse en Clero, Nobleza y Tercer Estado. La clasificación no es feliz, porque se identifica el Clero con la totalidad de 'gentes de Iglesia' de las que forma parte. Clero significa clérigo, es decir, hombre y, al menos, tonsurado; pero entre la gente de Iglesia hay religiosos, hermanos legos o hermanos congregantes, que no son clérigos, y también hay religiosas, que no pueden serlo»[99]. En realidad, «los órdenes del reino... están formados por la Iglesia, la Nobleza y el Tercer Estado»[100].

En cuanto a las fuentes, debemos distinguir: *testimonios* conscientes o voluntarios, cuyo autor ha tenido la intención de informar a sus coetáneos y a la posteridad, y *testimonios inconscientes o involuntarios*, que no pretendían informar. El documento histórico ofrece casi siempre testimonios voluntarios e involuntarios a la vez. El documento arqueológico (cimientos de un templo, fragmentos de cerámicas, armas, etc.) suele ser un testimonio involuntario, excepto en el caso de la obra de arte que casi siempre proporciona, además, un testimonio voluntario gracias al cual puede ahondarse en el conocimiento de las estructuras sociales y culturales de determinada época. Por ejemplo, «la estatua de Augusto de Prima Porta normalmente se clasificaría entre los testimonios involuntarios. Y, sin embargo, nada más intencionado que la vestimenta, el parecido, la estatura que es 'la de un hombre y no la de un Dios..., la inmóvil gravedad de la expresión', que 'trasluce una nobleza más que humana', y las figuras de la coraza, que representan al mundo sometido por entero al poderío romano con tal precisión que permite fechar la estatua con sólo un año de error; todo ello constituye una expresión voluntaria del ideal augustal. Poco importa que la estatua estuviera destinada a adornar el hogar de Livia, que su mensaje no fuera

98. MARICHAL, R.: *art. cit.*, pág. 1349.
99. BERTHELOT DU CHESNAY, CH.: *Le clergé diocésain français au XVIIIe siècle et les registres d'insinuations ecclésiastiques*, «Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine» (Paris), X (1963), pág. 241.
100. *Dictionnaire de Trévoux*, tomo III (Paris, 1752), col. 1094. Citado por BERTHELOT DU CHESNAY, CH.: *art. cit.*, págs. 241.

dirigido ni a nosotros ni siquiera al pueblo romano, el hecho es que el lenguaje que habla es el mismo que el de las *Res gestae* de Ancira, grabadas por todo el territorio del Imperio. Es decir, que la finalidad privada del retrato no arrebata nada al carácter voluntario del testimonio: así quería Augusto que le vieran. A lo sumo permite —testimonio involuntario— apreciar, según A. Grenier, 'la asfixiante atmósfera de vanidad grandilocuente, de virtud sermoneadora y algo hipócrita que Augusto, Livia y Octavia debían hacer reinar a su alrededor', y explica la 'rebelión' de Julia»[101].

Todo cuanto hay de voluntario en un testimonio puede someterse a investigación crítica, pero podemos aceptar como verdadero todo lo que es involuntario. En este último caso, lo esencial será *comprender*. «Por consiguiente, la personalidad del historiador, la riqueza y la clase de su imaginación, la amplitud de su cultura, su capacidad de atención, su energía, su moralidad, su salud, son condiciones esenciales para que su trabajo sea fecundo»[102]. Además de la comprensión interna del medio y del ambiente, el historiador ha de tener afinidades psicológicas y simpatía hacia el tema de su investigación: como decía san Agustín (*Acerca de 83 cuestiones varias*, 71, 5) «*et nemo nisi per amicitiam cognoscitur*» («a nadie puede conocerse si no es por la amistad»). Evidentemente, esta simpatía no elimina el espíritu crítico, y esas dos virtudes no siempre son fácilmente conciliables. «El historiador ha de ser también y ante todo un hombre plenamente hombre, abierto a todo lo humano y no atrofiarse hasta el punto de convertirse en rata de biblioteca y en un fichero»[103].

101. MARICHAL, R.: *art. cit.*, pág. 1352.
102. MARICHAL, R.: *art. cit.*, pág. 1354.
103. MARROU, H.-I.: *op. cit.*, pág. 103. Cf. también MORAZÉ, CH.: *Les bourgeois conquérants (XIXe siècle)*, en la colección «Destins du monde», fundada por L. Febvre y dirigida por F. Braudel (Paris, 1957), pág. 431: «Compulsar fichas y manejar documentos no estimula necesariamente el conocimiento del corazón humano».

III. LA SÍNTESIS HISTÓRICA

«La tarea del historiador consiste en *reconstruir, mediante su relato, el pasado humano de un modo inteligible e imparcial, a partir de un estudio lo más científico posible de las fuentes capaces de dar luz acerca de dicho pasado*»[1].

La crítica externa o interna de los documentos sólo proporciona hechos aislados y a menudo incoherentes. Para formar un todo es preciso aplicarles una serie de procedimientos sintéticos. De esta manera, los hechos aislados se insertarán en su contexto junto con sus antecedentes y sus repercusiones, con lo que el historiador podrá averiguar el significado propio de cada uno de ellos.

1. La agrupación de los hechos

Con el fin de responder a las exigencias del espíritu, que siempre tiende a la unidad, el historiador empieza por limitar su campo de investigación: eligirá los materiales según el objetivo a que aspira y según las posibilidades de la documentación, pues no hemos de olvidar que muchos hechos no han sido fijados por escrito y que muchos textos han desaparecido.

Existen varios tipos de construcción histórica: la *biografía* (historia de un hombre), la *monografía* (historia de un período, de una guerra, de un tratado, de un país, de una región, etc.), la *historia general* en uno o

1. Perelman, Ch.: *Objectivité et intelligibilité dans la connaissance historique*, en «*Raisonnement et démarches de l'historien*», «Revue de l'Institut de Sociologie» (Bruxelles), núm. 4 (1963), pág. 878.

en todos sus aspectos (político, institucional, económico, social, cultural, religioso, científico, técnico y psicológico), la *historia comparada*[2] y la *filosofía de la historia* (cuyo objeto es deducir leyes generales de un conjunto de hechos y que suele adoptar la forma de historia universal).

Para no dejarse ahogar por la multitud de sucesos, el historiador, sin traicionar el sentido de los textos, habrá de eliminar de los documentos estudiados la fraseología administrativa y los datos insignificantes; sólo tendrá en cuenta los hechos útiles para los fines de su investigación. Copiará literalmente y entre comillas los pasajes esenciales. Para tomar notas utilizará fichas u hojas sueltas de un mismo formato, en las que escribirá por una sola cara, lo que más adelante habrá de facilitarle la clasificación de los materiales. En cada hoja anotará las referencias exactas del documento analizado[3].

Cuando haya que citar un libro, se indicará: el apellido y el nombre (o la inicial del nombre) del autor, en versalitas; el título, en cursiva; si es preciso, el título de la colección (en letras redondas y entre comillas) y el tomo; el lugar, fecha y número de edición —esta última en cifras voladas—, todo ello dentro de un paréntesis; y las páginas consultadas. Ejemplo: CROUZET, M.: *L'époque contemporaine*, en «Histoire générale des civilisations», tomo VII (Paris, [3]1961), págs. 213-214.

Cuando haya que citar ún artículo, se indicará: el apellido y el nombre (o la inicial del nombre) del autor, en versalitas; el título, en cursiva; el título de la revista, en letras redondas y entre comillas, acompañado del lugar de edición entre paréntesis; el tomo o número; la fecha, entre paréntesis; y las páginas consultadas. Ejemplo: PRÉAUX, CL.: *Les Grecs à la découverte de l'Afrique par l'Égypte*, «Chronique d'Égypte» (Bruxelles), XXXII (1957), págs. 284-287.

Cuando haya que citar un documento archivístico, se indicará: la

2. Acerca de la historia comparada, debemos señalar que algunos historiadores tienden a veces a insistir en las semejanzas que presentan las civilizaciones. Cf. LÉVI-STRAUSS, CL.: *Race et histoire* (Paris 1952), *pág.* 252: «Y sin embargo, este juego seductor, al que nos abandonamos casi irresistiblemente siempre que tenemos ocasión —¿acaso el viajero occidental no se complace en reconocer la "Edad Media» en Oriente, el «siglo de Luis XIV» en el Pekín de antes de la Primera Guerra Mundial, la "Edad de Piedra" en los indígenas de Australia o de Nueva Guinea?—, es extraordinariamente pernicioso. De las civilizaciones desaparecidas sólo conocemos algunos aspectos, que son mucho menos numerosos a medida que la civilización en cuestión es más antigua, ya que los aspectos conocidos son los únicos que han logrado sobrevivir a las destrucciones del tiempo. El procedimiento, pues, consiste en tomar la parte por el todo, en llegar a la conclusión, basándonos en el hecho de que *algunos* aspectos de dos civilizaciones (una actual, otra desaparecida) presentan semejanzas, de que *todos* los aspectos son análogos. Pero esta manera de razonar no sólo es lógicamente insostenible, sino que en un elevado número de casos queda desmentida por los hechos».

3. En cuanto a la bibliografía y a las citas, el lector podrá hallar interesantes sugerencias en la obra HALKIN, L.-E.: *La technique de l'édition* (Bruxelles, [6]1960, colección «Le livre d'enseignement»), págs. 23 y ss.

denominación del archivo y del fondo, acompañados de la signatura del documento. Ejemplo: Asuntos Exteriores/Asuntos africanos: *Recopilación de los originales de los decretos del Estado Independiente del Congo* (1885-1892), n.º 92.

Cuando haya que citar un testimonio oral, se indicará el nombre [sexo y edad] del testigo y del encuestador, así como el lugar y la fecha en que se hizo la grabación.

Cuando haya que citar un documento fotográfico, se indicará: la denominación del archivo fotográfico; el número de inventario (si lo tiene); el autor; el título, en cursiva; y el lugar y fecha de la fotografía entre paréntesis. Ejemplo: *Musée Royal de l'Armée et d'Histoire Militaire*, sin número de inventario, fotografía de Aubert: *El palacio imperial* (México, 1864).

Cuando haya que citar una película, se indicará: la denominación de la cinemateca; el número de inventario (si lo hay); el director; el título de la película, en cursiva; la productora; el lugar y fecha de la producción entre paréntesis; el formato y la duración. Ejemplo: Archives de la Cinémathèque Royale de Belgique, sin número de inventario, S. M. Eisenstein: *El acorazado Potemkin*, Mosfilm (U. R. S. S., 1925), formato 35 mm, duración 65 minutos.

Cuando haya que citar una grabación, se indicará: la denominación del fondo de documentos sonoros; el número de inventario (si lo hay); la clase de grabación; el autor; el título, en cursiva; el lugar y fecha de la grabación entre paréntesis; la velocidad y la duración. Ejemplo: Musée d'ethnographie européenne (Centre d'etude des arts, traditions et parles populaires de l'Institut de sociologie de l'Université libre de Bruxelles), sin número de inventario, cinta magnetofónica grabada por Albert Doppagne: *Blasons populaires* (*sobriquets ethniques*) *wallons* (Bruselas, 1966), velocidad 9,5, duración 10 minutos.

Cuando haya que citar un documento figurado, se indicará: el nombre de la colección pública o privada; el número de inventario; el autor; la clase de objeto, en cursiva; el lugar y fecha de fabricación entre paréntesis. Ejemplo: Museo de la Acrópolis de Atenas, n.º 1331, Leocares: *Cabeza de Alejandro en mármol* (Atenas, hacia 338 a. de C.).

Después de haber examinado y criticado las fuentes, el historiador traza un plan general y las subdivisiones en las que habrán de incluirse los hechos que proporcionó la documentación. «Vemos ya», escribe Paul Harsin, «cuán personal, empírica, es esta tarea. El historiador es quien ha establecido las subdivisiones. Y sin embargo, no lo ha hecho arbitrariamente. Para hacerlo se ha inspirado en la vida social de hoy, es decir, en lo que actualmente puede ver, en la idea que tiene del presente.

Bajo este punto de vista, la historia del presente explica el pasado mucho más de lo que la historia del pasado explica el presente. En efecto, sólo podemos comprender el pasado porque vemos en qué ha parado, porque tenemos ante nuestros ojos la sociedad actual»[4].

«El hombre», dice Lucien Febvre, «no conserva el pasado en su memoria como los hielos del norte conservan congelados los mamuts milenarios. Parte del presente, y precisamente por medio del presente, siempre, conoce e interpreta el pasado»[5].

Un ejemplo. Algunas características de nuestro paisaje rural se remontan a épocas muy lejanas; pero antes de abordar la interpretación de los escasos documentos acerca de este tema, hemos de analizar el paisaje actual, único medio verdadero de plantear correctamente los datos del problema.

Para captar el pasado, el historiador debe ver claramente cuáles son los problemas que ha de resolver. Al profundizar en ellos, planteará otros problemas, porque la explotación del pasado es inagotable. Para hacerlo se basará en su cotidiana experiencia del presente. En cada generación establecerá un paralelo entre los acontecimientos del presente y los del pasado, señalando las analogías y diferencias entre ellos. «Cada sociedad tiene su propia historia y la vuelve a escribir a medida que ella misma cambia»[6]. De este modo presente y pasado se aclaran recíproca y constantemente[7].

Para comprender el pasado es preciso conocer el presente. A propósito de esto, Marc Bloch relata la siguiente anécdota: «Acompañé a Estocolmo a Henri Pirenne. Apenas llegados me dijo: '¿Qué vamos a ver en primer lugar? Al parecer hay un ayuntamiento completamente nuevo. Empecemos por él'. A continuación, como si quisiera anticiparse a mi asombro, añadió: 'Si fuera anticuario, sólo tendría ojos para las cosas viejas. Pero soy historiador. Por eso amo la vida'. Esta facultad de captar lo vivo, ésta es precisamente la principal cualidad del historiador»[8]. De ahí que éste deba mantener contacto constante con la actualidad. «Leí muchas veces», recuerda Marc Bloch, «conté a menudo relatos de guerra y de batallas. Pero, ¿conocía realmente, en el verdadero sentido del verbo conocer, conocía por dentro, antes de haber experimentado yo mismo esa horrible náusea, qué significa para un ejército el cerco, para un pueblo la derrota? Antes de haber respirado personalmente, durante

4. HARSIN, P.: *Comment on écrit l'histoire* (Liège, [7]1963), pág. 114.
5. FEBVRE, L.: *Combats pour l'histoire* (París, 1953), pág. 15.
6. ARON, R.: *Dimensions de la conscience historique* (Paris, 1961), pág. 11.
7. Cf. ARIÈS, PH.: *Le temps de l'histoire* (Monaco, 1954), págs. 310 y ss.: «La historia se concibe como un diálogo en el que el presente nunca está ausente».
8. BLOCH, M.: *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien* (Paris, [6]1967), pág. 13.

el verano y el otoño de 1918, el júbilo de la victoria —en espera, lo deseo vivamente, de henchir por segunda vez mis pulmones; pero, ¡ay!, el perfume no será exactamente el mismo—, ¿conocía realmente el sentido de esa hermosa palabra? A decir verdad, conscientemente o no, los elementos que nos sirven para reconstruir el pasado proceden siempre, en última instancia, de nuestras experiencias cotidianas, aunque sea preciso matizarlos con tintas nuevas: las palabras mismas que usamos para caracterizar los estados de ánimo desaparecidos, las formas sociales desvanecidas, ¿qué sentido tendrían para nosotros si antes no hubiéramos visto vivir a los hombres?»[9].

Observemos, sin embargo, que el historiador, aun reconociendo la persistencia de la naturaleza humana con sus problemas fundamentales como el amor, la felicidad y la muerte, no ha de olvidar que la psicología individual y colectiva se ha transformado con el transcurso del tiempo. Para comprender el personaje que estudia, a veces le atribuye lo que sería su propia reacción en circunstancias semejantes. Pero esta interpretación subjetiva sólo es válida si el autor pertenece a la misma generación y al mismo ambiente que su héroe. Es evidente que un hombre del siglo XIII no podía atribuir a Alejandro Magno la psicología del caballero de su época. Los autores de esas biografías noveladas que hoy están de moda, esos autores que se proyectan tal como son en el pasado, desfiguran sin vergüenza a Ramsés II, Luis XIV o Napoleón atribuyéndoles las ideas, los sentimientos, los prejuicios de los estadistas del siglo XX.

«Los hombres, las mujeres de 1530», escribe Lucien Febvre, «se alimentaban de una infinidad de ideas distintas, completamente extrañas a nuestros conceptos de *la vida* y del mundo»[10]. Veamos el caso de Margarita de Angulema (1492-1549), duquesa de Alençon y más tarde reina de Navarra, que hacia los treinta años compone poemas cristianos que revelan una intensa vida espiritual, pero que en sus diez últimos años redacta los cuentos picantes del *Heptameron*. En su época, como lo demostró Lucien Febvre, no había —hoy sí— incompatibilidad entre los versos piadosos y la prosa atrevida, entre la asistencia regular a misa y los adulterios fáciles. En cuanto al amor, se *cumplen* los deberes para con la esposa, pero se *ama* a la amante, lo que de ningún modo excluye la piedad. Ésta oscila «entre goces desenfrenados, placeres peligrosos, triunfos y atropellados deseos de humildad, de retiro, de silencio»[11].

9. BLOCH, M.: *op. cit.*, pág. 14.
10. FEBVRE, L.: *Autour de l'Heptaméron. Amour sacré, amour profane* (Paris, 1944), pág. 11.
11. FEBVRE, L.: *op. cit.*, pág. 229.

Margarita de Navarra no es, pues, como han querido algunos historiadores, una mujer doble. Su concepto del amor —extraña mezcla de amor sagrado y de amor profano— es el de su época: «por una parte, la saciedad tomada como fin; por otra, la renuncia expresada como ideal»[12].

El historiador que proyecta sobre el hombre del pasado su propia manera de sentir y las formas de pensar actuales siempre es culpable de anacronismo psicológico, «el peor de todos, el más insidioso y el más grave», según Lucien Febvre[13]. El historiador tampoco debe generalizar abusivamente atribuyendo a todos los hombres de un mismo país y de una misma época los sentimientos que ha observado en algunos de ellos: en efecto, los mismos hechos pueden engendrar sentimientos contradictorios en individuos distintos. Cada ser humano, con su cerebro constituido por doce mil millones de neuronas que gobiernan su personalidad, no sólo difiere biológicamente de cualquier otro ser humano, sino que además lleva en sí tendencias contradictorias que evolucionan durante toda su existencia. Por otra parte, no se puede aislar al individuo del grupo. El comportamiento individual depende del medio social.

Por consiguiente, es preciso estudiar la influencia del individuo en el medio colectivo y su parte de libertad frente a las presiones exteriores. Si hoy, merced a las entrevistas y a las encuestas, podemos analizar los distintos grupos de una sociedad con sus ritmos de vida determinados por sus correspondientes actitudes mentales, para las sociedades del pasado este estudio resulta muy aleatorio a causa de la penuria de documentos. Ahora bien, la evolución de las condiciones generales de existencia de las sociedades, integradas por realidades de larga duración, por gestos rutinarios, por técnicas perfeccionadas poco a poco, pero también por mutaciones bruscas, ha ocasionado una modificación profunda y constante de las costumbres mentales de los individuos pertenecientes a dichas sociedades, así como de las sociedades mismas. En ciertos períodos parece que predomina la vida intelectual en detrimento de los aspectos emocionales; en otros, se diría que la vida afectiva, con la exaltación de los sentimientos primarios, supera a la cultura; de una generación a otra se observan cambios de la moda, del gusto, de las creencias, del razonamiento y del lenguaje. Es decir, que los cambios de la historia afectan a los movimientos del espíritu y la actitud psicológica de los hombres no permanece invariable a lo largo de los siglos. He aquí un ejemplo europeo. Durante el Antiguo Régimen, en las familias que cuentan con un promedio de cuatro o cinco hijos, la muerte de uno de ellos les parece a los padres resignados una prueba casi inevitable: en

12. FEBVRE, L.: *op. cit.*, pág. 210.
13. FEBVRE, L.: *Combats pour l'histoire* (Paris, 1953), pág. 218.

aquel entonces el hombre no podía contar más que con una breve expectativa de vida, pues uno de cada cuatro niños moría antes de cumplir el año y uno de cada dos adolescentes antes de los veinte. En el siglo XX la mortalidad infantil y juvenil es ínfima: de ahí que para las familias que tienen dos o tres hijos por término medio, la desaparición de uno de ellos es considerada por los padres como una desgracia excepcional. Durante el Antiguo Régimen, la unión conyugal era indisoluble, pero la duración media del matrimonio, que acababa con la muerte de uno de los cónyuges, se limitaba a veinte años. Habiéndose prolongado la vida media, dura hoy unos cuarenta años, pero la pareja es más inestable: si la unión resulta inadecuada, se recurre al divorcio. «El estado matrimonial se soporta peor que en la sociedad antigua, a pesar de que la libertad de elección de consorte es mucho mayor»[14]. Es decir, que el cambio de las condiciones demográficas ha ocasionado la transformación de las mentalidades.

En la época contemporánea, con «la aceleración de la historia», todos los aspectos de la humanidad se modifican profundamente. «La sociedad tradicional», escribe Jean Fourastié, «descansaba sobre dos pilares: la moral del patrimonio y la moral de las costumbres. La moral económica iba ligada a la carestía y al hambre: nosotros tenemos la *abundancia*. La moral sexual iba ligada a la procreación: nosotros tenemos la *píldora* anticonceptiva»[15].

La psicología de las masas cambia de generación en generación. Tomemos el ejemplo de Bélgica, que en el siglo XX ha sufrido dos ocupaciones alemanas. Se observa una diferencia fundamental entre el comportamiento de la población en 1914-1918 y en 1940-1944. Durante la primera ocupación no hubo o hubo poca resistencia armada. El gobierno belga protestó siempre indignadamente contra la acusación de haber fomentado una guerra de guerrillas. Bien. Pero, como señala Jacques Willequet [16], «veinticinco años más tarde, lo que antes había sido una acusación infame y falsa se convierte en un imperecedero título de gloria: Bélgica se sentía orgullosa de los combatientes sin uniforme que, gloriosamente, se habían levantado a millares para defenderla. Debemos reconocer que hay en ello un cambio de óptica realmente sensacional, pero muy en la lógica de las cosas, muy en la línea de ese foso profundo que

14. FOURASTIÉ, J.: *Les 40 000 heures* (Paris, 1965), pág. 206.
15. FOURASTIÉ, J.: *L'évolution économique contemporaine et la morale*, en «Mélanges offerts à G. Jacquemyns» (Bruxelles, 1968), pág. 287.
16. WILLEQUET, J.: *Belgique et Allemagne 1914-1945*, en «Sentiment national en Allemagne et en Belgique (XIXe-XXe siècles)», Colloques des 25 et 26 avril 1963 du Centre National d'Étude des Problèmes de Sociologie et d'Économie Européennes (Bruxelles, 1964), pág. 72.

separa una guerra nacional de una guerra ideológica, de una guerra en la que cada ciudadano se ve afectado, se ve atacado en lo que constituye su más profunda razón de vivir».

En cuanto a la historia social de las ideas, de las creencias y de los sentimientos, que desempeñan un papel primordial tanto en la conducta de los individuos como en el subconsciente colectivo, sabemos que todos los escritores están marcados por el espíritu de su época y la cultura de su medio social. También cabe señalar que el gran público lee cada vez más obras menores —sin duda porque los temas de éstas, basados en normas corrientes, están muy próximas al individuo medio— que obras mayores —en las que los autores suelen crear un mundo distinto del cotidiano—. Por consiguiente, no pueden dejarse de estudiar las obras menores (calendarios, almanaques, obras de piedad, relatos, canciones, tratados diversos, literatura de cordel, etc.) para aproximarse al clima mental de determinada época. Sin embargo, no hay separación absoluta entre la lectura de masas y la lectura de élite: si la primera toma, aunque con cierto retraso, modelos de la segunda, ésta a su vez se inspira frecuentemente en la cultura popular.

Ningún hecho histórico es utilizable si no puede situarse de una manera precisa en el tiempo y en el espacio: la cronología y la geografía desempeñan un papel principal al agrupar los hechos.

Para dar unidad inteligible y coherente a una sucesión de acontecimientos limitados en el tiempo y en el espacio, el historiador divide el pasado en secciones y crea retrospectivamente conjuntos o entidades cuyos lazos internos característicos intenta destacar. Así, la fusión de las civilizaciones orientales con la civilización griega atribuida al genio de Alejandro parece justificar actualmente la noción de una entidad histórica llamada «helenística»[17].

La aparición del hombre sobre la superficie de la tierra debió ocurrir hace aproximadamente un millón de años; pero el pensamiento humano se manifiesta a nosotros, mediante monumentos, esculturas, grabados, pinturas, objetos funerarios o de uso corriente, sólo en los últimos 50 milenios. Y la historia apenas abarca 5000 años, es decir, el 0,5 % del período que estudian los prehistoriadores. «Captada en su totalidad», observa acertadamente Daniel Halévy, «la historia tiene la rapidez de un grito. Es un amasijo de inventos, de intuiciones, de iniciativas heroicas que proliferan, se alzan, vuelven a caer. Es una sucesión de paroxismos y de agotamientos, es una crisis permanente. Sus zigzags atraviesan las

17. Véase la crítica de este concepto en PRÉAUX, CL.: *Réflexions sur l'entité hellénistique*, «Chronique d'Égypte» (Bruxelles), XL (1965), págs. 129 y ss.

tinieblas como un destello de magnesio. Lo que se nos ofrece es ese destello»[18].

La tradicional división de la historia general en períodos —lapsos de tiempo durante los cuales se observan agrupaciones de sucesos semejantes que tienen causas comunes— deriva de la distribución cronológica de los hechos de la historia política, que ofrece puntos de referencia precisos. Sin embargo, los hechos económicos y sociales importantes rara vez logran introducirse en esas delimitaciones meramente políticas. Los diversos cortes cronológicos (antigüedad, medioevo, tiempos modernos y época contemporánea) son sólo fórmulas de separación, cómodas pero necesarias, que responden a las exigencias de inteligencia, orden y claridad de la mente humana. Pero no les podemos conceder un valor absoluto: son arbitrarios, convencionales, aplicables no a la totalidad de los continentes, sino únicamente a la vieja Europa. Y aún... Según sea el autor que tomemos en consideración la antigüedad acaba: en 395 (partición del Imperio romano entre los dos hijos de Teodosio), en 408 (asesinato del vándalo Estilicón, con lo que se consuma definitivamente la división del Imperio) o en 476 (destronamiento de Rómulo Augústulo, emperador de Occidente, por Odoacro, jefe de los hérulos). En realidad, nada empieza ni termina por completo en una fecha exacta; en la historia existen períodos de transición, más o menos largos, entre etapas heterogéneas claramente caracterizadas. Por ejemplo, no siempre resulta fácil fijar la separación entre Edad Media y Renacimiento —hay que decir que se trata de un concepto histórico inventado por Michelet... en 1840—: Petrarca vive en el siglo XIV, pero pertenece ya al Renacimiento; Adriano VI ocupa el trono de san Pedro en el siglo XVI, pero es un hombre medieval. El Gran Siglo francés empieza en 1610 (muerte de Enrique IV) o en 1643 (muerte de Luis XIII) y acaba en 1715 (muerte de Luis XIV). En nuestros manuales la historia contemporánea empieza siempre en 1789. Y sin embargo, la historia, fundamentalmente unitaria y evolutiva, no puede encerrarse en marcos estrechos sin quedar fatalmente deformada. Además, el concepto de una historia puramente occidental, con unos cuantos episodios de historia «exótica» artificialmente ligados al colonialismo europeo, ha prescrito ya.

2. La interpretación de los hechos

Después de haber fijado el objetivo de su investigación, de haber establecido la sucesión de los acontecimientos y de haber agrupado los

18. Halévy, D.: *Essai sur l'accélération de l'histoire* (Paris, 1948), pág. 14.

datos en subdivisiones adecuadas, el historiador se dedica a interpretar los hechos. Para enlazar esos elementos discontinuos en un conjunto inteligible y dinámico, faltan algunos eslabones. El historiador intentará colmar esas lagunas recurriendo a la hipótesis, necesaria y fecunda en todas las reconstruciones históricas. Partirá de los hechos conocidos gracias a la documentación para deducir nuevos datos mediante el *razonamiento constructivo*. Éste puede utilizarse sea negativa, sea positivamente.

El razonamiento negativo, a menudo llamado argumento *a silentio*, deduce la inexistencia de un hecho cuando éste no está mencionado en ningún documento coetáneo. Dado que, en las épocas antiguas, numerosísimos hechos no se pusieron por escrito y que la mayoría de los documentos escritos se han perdido, el problema es muy delicado. Cuanto más lejana es la época, menos puede usarse el argumento *a silentio*. No es posible llegar a ninguna conclusión cuando la mayoría de los textos han sido destruidos. Por otra parte, cabe que el hecho no fuese de un tipo que forzosamente se considerara digno de mencionarlo. Paul Harsin escribe: «Sabemos de sobras que ciertos sucesos que para nosotros son importantes, pero que tienen un carácter más permanente que accidental (por ejemplo, el estado social de la clase obrera en determinadas épocas), es muy posible que no atrajeran la atención de los analistas de antaño. Las crónicas medievales callan cierto número de hechos destacados que hubieran caracterizado la sociedad civil de entonces, pero que el criterio de los eclesiásticos no consideró útil recoger»[19]. Por otra parte, la autoridad oficial puede impedir la divulgación de ciertos hechos que los coetáneos conocían bien, por ejemplo, las quejas de las clases inferiores y los abusos de los funcionarios. Por consiguiente, del silencio de la documentación no se puede deducir que entonces todo iba magníficamente bien en el mejor de los mundos... Ch.-V. Langlois y Ch. Seignobos recalcan que el argumento *a silentio* sólo prueba en dos casos:

«1.º El autor del documento en que no se menciona el hecho pretendía anotar sistemáticamente todos los hechos de este tipo y debía conocerlos todos (Tácito quería enumerar todos los pueblos de Germania; la *Notitia dignitatum* citaba todas las provincias del Imperio: la ausencia en tales listas de un pueblo o de una provincia demuestra que entonces no existían);

2.º El hecho, de haber existido, hubiese llamado la atención del autor de tal manera que forzosamente hubiese tenido cabida en sus ideas (si hubieran existido asambleas regulares del pueblo franco, a Gre-

19. HARSIN, P.: *op. cit.*, pág. 121.

gorio de Tours le hubiera parecido inconcebible describir la vida de los reyes francos sin hablar de ellas)»[20].

El razonamiento positivo, que suele llamarse razonamiento *por analogía,* parte de la existencia de un hecho conocido por la documentación para deducir otro hecho cuya existencia no está demostrada por documentos. En efecto, en la actualidad observamos que los hechos humanos suelen estar ligados (por ejemplo, la relación de causa a efecto) y aplicamos esta observación al pasado. «Por ejemplo», dice Paul Harsin, «se ha observado que los nombres de lugar revelan la lengua del pueblo que bautizó dichos lugares y que esta primera denominación es casi imborrable. Precisamente a base de esta observación se ha deducido que de entre los pueblos que colonizaron Bélgica en la Alta Edad Media junto a los francos hubo también sajones»[21].

El razonamiento *por analogía* se basa, pues, en una proposición general derivada de la evolución de la humanidad y en una proposición particular basada en documentos. Para llegar a una conclusión segura es preciso que la proposición general sea exacta y que la proposición particular sea conocida con detalle. «Trabajaremos mal si aceptamos una proposición general falsa, si creemos, por ejemplo, como Augustin Thierry, que el origen de toda aristocracia es una conquista. Trabajaremos mal si queremos razonar a partir de un detalle aislado (el nombre de una ciudad)»[22]. En general, el razonamiento por analogía no nos proporcionará una certidumbre, sino simplemente una conjetura. Si varias conjeturas encajan, entonces se confirman y nos permiten llegar si no a la certidumbre, sí al menos a una gran probabilidad.

Por último, para deducir la única interpretación imaginable de los hechos enunciados, el historiador a menudo habrá de recurrir a la hipótesis. Pero en esta cuestión es preciso ser muy prudente. Hay casos en que, por falta de jalones seguros, la hipótesis histórica resulta ilegítima y gratuita. Caemos entonces en la novela.

En un importante estudio titulado *La formation de la frontière linguistique en Belgique ou de la légitimité de l'hypothèse historique* (Bruxelles, 1959, colección Latomus XLI), Jean Stengers insiste en la asombrosa variación de las opiniones acerca de la frontera lingüística en Bélgica. Esta frontera parte de Boulogne y siguiendo una dirección oeste-este pasa por Mouscron, Renaix, Enghien, Landen, el sur de Maastricht, y luego Aubel, donde toma la dirección norte-sur para llegar a Malmédy, Martelange y Arlon. Este

20. LANGLOIS, CH.-V.; y SEIGNOBOS, CH.: *op. cit.*, págs. 221 y ss.
21. HARSIN, P.: *op. cit.*, pág. 119.
22. LANGLOIS, CH.-V.; y SEIGNOBOS, CH.: *op. cit.*, pág. 224.

extraño trazado, que separa el área germánica del área románica, en conjunto no corresponde a ningún límite político o geográfico. Los historiadores intentarán explicar la formación de dicha frontera lingüística. Según G. Kurth el famoso Bosque Carbonífero, barrera natural impenetrable, impidió el avance de la colonización franca: este bosque es, pues, la causa del límite de las lenguas. Como luego resulta que el Bosque Carbonífero está orientado según un eje norte-sur, G. Des Marez prefiere suponer que el *limes Belgicus*, sistema de fortificaciones construido a fines de la ocupación romana al norte de la carretera Bavai-Cologne, fue el obstáculo para el avance franco. Pero como la existencia de esa línea fortificada es extremadamente problemática, Jan Dhondt establece un inventario de los «cementerios francos» e intenta explicar la frontera lingüística por la presencia en el sur de la actual Bélgica de una población galorromana muy densa que habría absorbido a los francos salios. Por consiguiente, esta densidad previa del poblamiento galorromano habría sido determinante. Ch. Verlinden, considerando que no pueden distinguirse regiones de poblamiento salio concentrado o diseminado, cree que la frontera lingüística es obra de los francos ripuarios que se instalaron en el territorio belga a partir del siglo VI. Según este historiador gantés, el crecimiento del grupo germánico habría sido muy lento y la frontera lingüística, resultado de una evolución secular, no habría quedado definitivamente fijada hasta el gran empuje demográfico del siglo XV. Todas estas hipótesis han figurado sucesivamente en los manuales escolares y en general han sido presentadas a los estudiantes belgas como un hecho seguro.

En realidad, según Jan Stengers, los textos históricos nos informan de que la romanización de Bélgica se efectuó sobre poblaciones de lengua céltica en las que es muy probable que en el siglo I de nuestra era hubiera elementos germánicos, cuya importancia no podemos valorar. En la época de las grandes invasiones la única realidad evidente de la historia de esas tierras es la aparición de los francos, que hemos de considerar en conjunto, sin entretenernos en la arbitraria y errónea distinción entre salios y ripuarios. Sabemos que en 358 el emperador Juliano autorizó a los francos «que solemos denominar salios» a establecerse en las proximidades de un lugar denominado *Toxandria* situado entre Tongres y el Rin. *Desde mediados del siglo IV a mediados del V hay una laguna total en nuestra documentación.* A continuación disponemos de fuentes escritas gracias a las cuales podemos apreciar los progresos realizados por los francos. A mediados del siglo V su presencia está atestiguada en las llanuras del norte de Francia; pero ningún texto califica a esos francos de salios. La mayoría de los historiadores considera que los francos de Clodoveo eran salios, porque el texto básico de su derecho consuetudinario era la ley sálica; pero nada prueba que esa *lex salica* siguiera siendo patrimonio exclusivo de los salios.

En cuanto a los datos arqueológicos, hasta hoy se ha descubierto una media docena de fortines cerca de la carretera Bavai-Cologne, pero ignoramos si existió un verdadero *limes*. Y si lo hubo, nada nos autoriza a creer que aún fuera utilizado después de la mitad del siglo IV. En cuanto a los famosos «cementerios francos», se trata más exactamente de cementerios de la época franca, en los que hay simultáneamente tumbas de galorromanos y de francos. Es decir, que este criterio resulta insuficiente para apreciar la extensión del poblamiento franco. Además, no hay motivos para afirmar que en los lugares en que no se han descubierto tumbas el poblamiento fuera diseminado. En realidad, sólo el ajuar funerario permite identificar una sepultura.

Y como, en determinadas épocas, las tumbas no contenían ajuar funerario... ¡no son identificables!

Por último, los datos lingüísticos y toponímicos no avalan ninguna deducción válida acerca de la evolución de los hechos demográficos.

En resumen, el *limes belgicus* es una concepción meramente teórica. En cuanto a las cifras y densidades de población en aquella época, así como en cuanto al ritmo de los desplazamientos de los francos por Bélgica, nuestra ignorancia es total. En tales condiciones, el silencio de nuestras fuentes no permite ninguna hipótesis. Como acertadamente señala Jean Stengers, debemos confesar nuestra ignorancia.

Con el fin de obtener un relato «coherente», en cierta manera por «horror al vacío», los historiadores con excesiva frecuencia han recurrido a generalizaciones, disimulando bajo vagas generalidades lagunas que a veces abarcaban varios siglos. Ahora bien, para las épocas antiguas los escasos textos de que disponemos a menudo están separados por soluciones de continuidad. Es lícito situarlos en el tiempo y en el espacio, pero no es lícito juntarlos en un todo coherente. Sacrifiquemos sin vacilar los conocimientos dudosos y contentémonos con la realidad, que de vez en cuando nos da a conocer hechos aislados separados por inmensas lagunas. El atestado de carencia, a pesar de su aspecto negativo, tiene la ventaja de respetar la verdad histórica.

Toda construcción histórica presupone un importante elemento subjetivo. Los documentos que usa el historiador no se redactaron con el fin de que los pudiera utilizar. Por ejemplo, una carta siempre ha de interpretarse en función de las relaciones entre el autor y el destinatario. «El autor de una carta del siglo XIV no pretendió al escribirla brindar un testimonio al erudito del siglo XX. Se expresó de determinada manera que podía ser muy clara para aquel a quien iba dirigida la carta, pero que también puede constituir un enigma para quien la descifra hoy. La utilización de tal carta será hoy parcialmente subjetiva y las conclusiones que creemos poder deducir de ella quizá no estaban presentes en las intenciones del autor»[23].

Por otra parte, la totalidad de los hechos históricos que conoce un historiador no puede tener cabida en su exposición. Habrá, pues, de sacrificar algunos hechos accesorios y limitarse a los rasgos esenciales si quiere evitar el peligro de resultar incomprensible. Y tal elección forzosamente será subjetiva. Dos historiadores no concederán a todos los elementos de un relato histórico el mismo coeficiente de importancia. Con razón afirma Paul Valéry que «la historia es inseparable del historiador». En efecto, la capacidad de reconstrucción del historiador es siem-

23. HARSIN, P.: *op. cit.*, pág. 122.

pre puramente personal: su imaginación es el motor de la investigación. «Anatole France escribió en cierta ocasión: '¿Cómo decide un historiador que un hecho es importante o no? Lo decide arbitrariamente, según su gusto y su carácter, a su aire, como un artista al fin y al cabo'[24]. Hay algo de exageración en esta manera de ver las cosas; pero es forzoso admitir que la parte de apreciación personal es grande. Ningún historiador escribirá de la misma manera el relato de los mismos sucesos, aunque tales sucesos hayan sido fijados con el mismo rigor. El arte, pues, desempeña un papel importante: pretender eliminarlo sería inútil. Sin embargo, es preciso indicar que, para muchos fenómenos históricos, los eruditos están de acuerdo sobre los aspectos considerados primordiales y sólo con este supuesto ha podido formarse la historia comparada, cuyas conclusiones generalmente son aceptadas»[25].

3. La explicación de los hechos

La historia debe elevarse por encima de la observación y de la descripción de los hechos para intentar relacionarlos con otros hechos, es decir, explicarlos por medio de sus *causas* y de sus *consecuencias*. En efecto, como dice H.-I. Marrou, «para comprender por completo un elemento del pasado no es menos importante averiguar qué ha podido ocasionar que saber de qué causa es resultado»[26].

En la práctica, la relación causal es difícil de utilizar para el conocimiento histórico. La noción de causa tiene realmente sentido cuando la investigación histórica se parece a la investigación judicial; pero este caso es raro en una verdadera investigación histórica, «porque», como subraya H.-I. Marrou, «con mucha frecuencia más que la identificación de un asesino interesará la reconstrucción del sistema de valores del que ese hombre es agente: motivos o móviles —conscientes o inconscientes—, ocasionales o profundos... Hablando con propiedad, la 'causa' histórica de la muerte de César no reside en la personalidad de los conjurados agrupados alrededor de Bruto y Casio, sino en la oposición de la aristocracia senatorial a la política monárquica de César, unida a los resentimientos particulares o los motivos de venganza que cada uno de los conjurados podía individualmente sentir hacia el dictador»[27].

24. Cf. también Anatole France, que en *Le jardin d'Epicure* dice: «La historia no es una ciencia, es un arte. El éxito sólo se logra mediante la imaginación».
25. Harsin, P.: *op. cit.*, págs. 123 y sig.
26. Marrou, H.-I.: *De la connaissance historique* (Paris, 1960), pág. 178.
27. Marrou, H.-I.: *op. cit.*, págs. 178 y ss.

Señalemos que los historiadores nunca llegan a comprender bien la historia contemporánea más reciente ya que, por falta de perspectiva, aún no pueden captar todas las consecuencias de un acontecimiento que acaba de producirse. Nuevos efectos transforman el significado del pasado: consecuencias que antaño se consideraron esenciales hoy parecen secundarias. En 1920 se cree que la principal consecuencia de la Primera Guerra Mundial fue la creación de la Sociedad de Naciones; en 1940, después del fracaso de la Sociedad de Naciones parecía que el principal efecto de la Primera Guerra Mundial era la aparición de regímenes totalitarios en Italia y Alemania; en 1960, el resultado esencial del primer conflicto mundial parece que fue el nacimiento de la U.R.S.S.

Al buscar las «causas» el historiador debe ante todo tener en cuenta la diferencia entre *causa* y *pretexto*. «Preguntemos a cualquiera que esté algo al corriente de la historia contemporánea cuál fue la causa de la Gran Guerra. Es casi seguro que nos contestará que fue el asesinato del archiduque heredero de la monarquía austrohúngara por el serbio Prinzip, en Sarajevo, en junio de 1914. La ingenuidad sería la misma que si afirmáramos que el entusiasmo belicoso producido por la representación de la *Muda de Portici* en el teatro de la Moneda de Bruselas, el 25 de agosto de 1830, fue la causa de la Revolución belga de 1830. Sin embargo, podrá observarse que esos dos sucesos originaron una serie de repercusiones inmediatas y que la víspera del día en que ocurrieron nada hacía suponer que las cosas tomaran tal sesgo. Pero para calificar dichos acontecimientos como causas habríamos de tener la posibilidad de establecer no sólo si son real y necesariamente *determinantes* sino también si *bastan* por sí mismos para explicar el curso de la historia de aquellas épocas»[28]. Evidentemente, este no es el caso y, en realidad, el pretexto no es más que una causa ocasional.

Asimismo conviene distinguir entre *causas remotas* (condiciones de tipo general que crean la probabilidad de cierto clima) y *causas próximas* (efectos decisivos determinados en un momento dado por hechos de tipo particular).

Volviendo al ejemplo de la Primera Guerra Mundial (1914-1918), las principales causas de dicho conflicto fueron las siguientes:

«1) *causas remotas:*
a) la rivalidad económica y naval entre Alemania e Inglaterra;
b) la hegemonía militar de Alemania;
c) las actividades de los *pangermanistas* que exigen 'un inmenso 'espacio vital', desde la *Mittel Europa* hasta el Cáucaso, así como una política

28. HARSIN, P.: *op. cit.*, págs. 126 y ss.

de más amplio alcance en Africa Central (*Mittel Afrika*); *Deutschland über alles;*

d) la política de los 'revanchistas' franceses que exigen la devolución de Alsacia-Lorena y sobre todo la preocupación del gobierno francés por conservar la alianza rusa;

e) las pretensiones rusas sobre los 'Estrechos'.

«2) *causas próximas:*

a) la política agresiva de Austria-Hungría en los Balcanes;

b) la ruptura del equilibrio europeo en los Balcanes a partir de 1913;

c) la intolerable alarma de la paz armada;

d) el deseo de los medios alemanes y austriacos de resolver la situación mediante una 'prueba de fuerza (*Kraftprobe*)', so capa de guerra preventiva;

e) el asesinato del archiduque heredero de la monarquía, Francisco-Fernando, y de su esposa, por jóvenes fanáticos panserbios, en Sarajevo (Bosnia), el 28 de junio de 1914»[29].

Veamos ahora el ejemplo de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945). Podemos trazar el siguiente esquema:

«1) *causas remotas;*

a) la ruptura del equilibrio europeo en los Balcanes a partir de 1919 (desmembración de Austria-Hungría);

b) el fracaso de la Sociedad de Naciones, debido sobre todo a la indecisión de Francia y de Inglaterra que no se atrevieron a usar la fuerza en el momento en que era necesario (agresión del Japón contra China en 1931; rearme de Alemania en 1934; conquista de Etiopía por Italia en 1935; remilitarización de la Renania en 1936). El fracaso de la Sociedad de Naciones pone de manifiesto la decadencia psicológica y moral de las democracias occidentales;

c) la negativa de los estados vencidos a aceptar las cláusulas del tratado de Versalles y de sus corolarios (en particular el artículo 231 que atribuía al pueblo alemán la responsabilidad de la guerra);

d) la negativa de los estados vencedores a revisar los puntos más discutidos de los tratados de 1919;

e) la división de los Aliados, ratificada por la vuelta al aislacionismo de los Estados Unidos y de Gran Bretaña. Ésta sospecha que Francia quiere formar una *simaquia militar* en Europa;

f) la aparición en Italia y en Alemania de regímenes dictatoriales que exaltan la primacía del Estado en detrimento de la libertad individual.

«2) *causas próximas:*

a) las reivindicaciones de algunas minorías étnicas, sistemáticamente explotadas por los regímenes dictatoriales;

b) la adopción por el Japón de una política imperialista destinada a superar sus graves dificultades económicas (1931);

29. VAN KALKEN, F.; y SALMON, P.: *Précis d'histoire générale*, libro IV, *Temps contemporains 1848-1959. Synthèse d'histoire de Belgique* (Bruxelles, 1960), págs. 79 y sig.

c) la política de conquistas y las desmesuradas ambiciones de Alemania e Italia que exigen para sus poblaciones en aumento un *espacio vital* en detrimento de sus vecinos;
d) la actitud pasiva y vacilante de Francia e Inglaterra ante los actos de fuerza de Alemania e Italia;
e) el acercamiento de la U.R.S.S., decepcionada por el acuerdo de Munich y contenta de aprovechar la ocasión para reconquistar los territorios perdidos en 1918, a Alemania (1939)»[30].

Marc Bloch señala que no debemos conceder valor absoluto a una clasificación jerárquica de las causas, pues no es más que una simple comodidad mental. «La realidad nos presenta una cantidad casi infinita de líneas de fuerza, todas las cuales convergen hacia un mismo fenómeno. Es posible que al elegir entre ellas nos basemos en rasgos, en la práctica, muy dignos de atención; pero se trata tan sólo de una elección. Sobre todo hay mucho de arbitrario en la idea de una causa por antonomasia, opuesta a las simples «condiciones». El mismo Simiand, tan prendado de rigor y que primeramente buscó (en vano, creo yo) definiciones más estrictas, al parecer acabó por reconocer que esa distinción es absolutamente relativa. 'Una epidemia', escribe, 'para el médico tendrá como causa la difusión de un microbio y como condición, la suciedad, la mala salud, originadas por el pauperismo; para el sociólogo y el filántropo, el pauperismo será la causa y los factores biológicos la condición'. Esto equivale a admitir, de buena fe, la subordinación de la perspectiva al ángulo propio de la investigación»[31]. La distinción entre condiciones y causas resulta, pues, inútil.

El monismo de la causa debe desterrarse de la explicación histórica, ya que desembocaría en un mero juicio de valor. En historia las causas son múltiples y complejas: remotas o próximas; debemos evitar hacer una elección subjetiva y esforzarnos objetivamente en tenerlas en cuenta todas.

«Incluso el historiador más ansioso de objetividad considera como causa lo que cree admisible de acuerdo con la época en que vive, según su ambiente, su clase (cuyos prejuicios a menudo comparte inconscientemente), su personalidad intelectual, etc. Ahora bien, es evidente que un acontecimiento suele estar condicionado por un elevadísimo número de factores, de los que sólo una parte aparece directa o indirectamente en las fuentes de que disponemos. Además, no hay que excluir que sea precisamente el factor en apariencia menos importante el que, unido a los demás, pueda haber desencadenado el cambio que desembocó en el resultado conocido. Sin contar con que cada elemento forma parte de uno

30. VAN KALKEN, F.; y SALMON, P.: *op. cit.*, págs. 113 y ss.
31. BLOCH, M.: *op. cit.*, págs. 100 y ss.

o varios encadenamientos y que, por lo tanto, contiene en sí partes de 'causa' y partes de efecto»[32].

Por su misma naturaleza, los hechos históricos son hechos psicológicos, cuyos antecedentes necesarios se hallan en otros hechos psicológicos. «No cabe duda de que los destinos humanos se insertan en el mundo físico y sufren su influencia. Sin embargo, incluso en el punto en que la intrusión de esas fuerzas exteriores parece más violenta, sólo actúan dirigidas por el hombre y su espíritu. El virus de la Peste Negra fue la causa primera de la despoblación de Europa; pero la epidemia se propagó con tanta rapidez sólo como consecuencia de ciertas condiciones sociales —por lo tanto, mentales, en su esencia profunda— y sus efectos morales tan sólo se explican por las predisposiciones particulares de la sensibilidad colectiva»[33].

En otras palabras, toda la trama de la historia está formada por actos humanos. Millones de vidas humanas se entrecruzan, chocan y se asocian sin cesar; pero ciertos acontecimientos parecen provocados por el factor individual y otros por el factor colectivo. El factor individual nos ofrece la parte de libertad y de contingencia —lo que no puede preverse antes de que ocurra y que luego se resiste a una explicación completa— que hay en los hechos históricos[34]; el factor colectivo nos ofrece la parte de determinismo y de necesidad que contienen.

Se ha observado que la mayoría de los acontecimientos históricos escapan a la acción de los individuos y muestran claramente un carácter colectivo (ejemplos: la colonización griega de los siglos VIII y VII a. de C.; la aparición de las ciudades en la Europa medieval de los siglos XI y XII; el Renacimiento europeo en los siglos XV y XVI; la Reforma en el siglo XVI; la Revolución francesa de 1789; los movimientos revolucionarios europeos de 1830 y 1848; etc.). Las fuerzas sociales rigen la historia institucional, económica, cultural y religiosa.

Algunos eruditos de la escuela histórica alemana del siglo XIX quisieron negar importancia a los factores individuales —mera «agitación de superficie»: un hombre desaparecido es sustituido por otro— y destacaron el papel de los grupos sociales con el fin de delimitar las líneas generales de la evolución histórica de los pueblos (por ejemplo: la teoría del

32. CRAEYBECKX, J.: *La notion «importance» à la lumière de l'histoire moderne*, en «*Raisonnement et démarches de l'historien*», «Revue de l'Institut de Sociologie» (Bruxelles), núm. 4 (1963), pág. 803.

33. BLOCH, M.: *op. cit.*, pág. 101.

34. Cf. LACOMBE, P.: *De l'histoire considerée comme science* (Paris, ²1930), página 256: los hombres son «en buena parte juguete de todo lo que pueden producir el lugar y el medio de origen, el nacimiento, la fortuna patrimonial, los padres, los amigos, los conocidos, los dueños, la esposa, los hijos, la mayoría de las enfermedades y casi todo el capítulo de accidentes».

Volksgeist o «espíritu del pueblo» de Hegel, que influye profundamente en la obra de Karl Lamprecht). Consideraban que los sentimientos de las masas son las fuerzas primordiales de la historia y así llegaban a un *determinismo histórico* de los factores colectivos [35].

Frente a esta categoría es preciso destacar que algunas figuras excepcionales, los «mascarones de proa», según la expresión cara a René Grousset, «los hombres que hacen la historia» *(Menschen die Geschichte machen)* según el título de una famosa colección alemana, dominan las masas anónimas [36], despiertan la conciencia de los intereses colectivos, calculan con exactitud las intenciones de sus adversarios y modifican el curso de la historia ejerciendo en ella una decisiva influencia personal (Alejandro Magno, Aníbal, Julio César, Mahoma, Carlomagno, Gengis Kan, Richelieu, Napoleón I, Lenin, Hitler, Mao Tse-tung, etc.). Sin embargo, debemos evitar cristalizar en cierto modo el personaje histórico en su papel y fijarnos también en el reverso de la medalla. «El gran hombre fue un individuo como los demás durante la mayor parte de su existencia. Cada una de sus decisiones la tomó en circunstancias determinadas, en las que fácilmente se descubre la influencia de motivos personales» [37]. Georges Smets solía decir: «Se ha dicho que los grandes hombres hacen la historia; hay que añadir, recíprocamente, que la historia hace los grandes hombres» [38]. Pero la creación del personaje histórico está determinada por las fuerzas profundas de su medio social. Éstas no suelen dejar más que un estrecho margen de acción. El gran hombre cree que dirige la mayoría de los acontecimientos sin darse cuenta de que no es dueño de ellos. En efecto, siempre actúa teniendo en cuenta la psicología colectiva de las masas. Por consiguiente, nunca es el autor responsable de una obra histórica. Como señala Lucien Febvre, «es la levadura que hace fermentar la pasta humana» [39]. Además, las masas aceptan o rechazan la obra de un individuo creador; elogian, desaprovechan o deforman sus ideas. De ahí que sea preciso actuar con cautela y que haya de evitarse reducir a una gran personalidad un conjunto de hechos complejos que caracterizan una época (se falsea la realidad histórica al reducir la Primera Cruzada a Godofredo de Bouillon, la reforma protestante a Lutero, la revocación del Edicto de Nantes a Luis XIV o la Revolución rusa a Lenin).

35. Esta idea reaparece hoy en los marxistas-leninistas de izquierdas. «El pueblo», escribe Mao Tse-tung, «el pueblo únicamente es la fuerza motora, el creador de la historia universal» (*Del gobierno de coalición*, 24 de abril de 1945).
36. Cf. G. Le Bras, citado por Febvre, L.: *Pour une histoire à part entière* (Paris, 1962), pág. 836: «La historia es obra de millones y millones de hombres. Sólo recuerda los nombres de unos cuantos millares».
37. Aron, R.: *Introduction à la philosophie de l'histoire* (Paris, °1948), pág. 280.
38. Citado por Janne, H.: *Le système social* (Bruxelles, 1968), pág. 253.
39. Febvre, L.: *L'individualité en histoire: le personnage historique*, en «L'individualité» (Paris, 1933, Centre International de Synthèse), pág. 136.

Detengámonos un momento en la revocación del Edicto de Nantes firmada por Luis XIV el 18 de octubre de 1685. Este acto se ha querido explicar por: 1.° las ideas normalmente aceptadas en la época de que «los súbditos deben seguir la religión de su soberano» y de que «la unidad religiosa es condición esencial de la unidad política»; 2.° el carácter absolutista, orgulloso e intolerante de Luis XIV que le impulsa, en el otoño de su vida y por influencia de Madame de Maintenon, a hacer, como maliciosamente señala Saint-Simon, «penitencia a costa de los demás».

Estas explicaciones no bastan para comprender la revocación del Edicto de Nantes. En realidad, en su política religiosa contra el protestantismo Luis XIV, en vez de crear una opinión pública, se deja llevar por ella y se ve obligado a actuar en un ambiente de patriotería exacerbada e incluso de verdadera guerra civil. Para la mayoría de los franceses en guerra contra las Provincias Unidas, los dos millones de protestantes franceses son ardientes protagonistas de la derrota del país y corrompen la moral. En París los curas de las parroquias populares excitan la opinión pública contra los ricos herejes a quienes acusan de ser los responsables de la miseria general. En 1671 el templo de Charenton, en el que se concentra el ejercicio del culto de la religión reformada en la región parisiense, es atacado y saqueado por el populacho desencadenado. En este clima de apasionada intransigencia, el problema del enfrentamiento de las dos comunidades religiosas no puede resolverse por medios pacíficos. Por ello, entre 1679 y 1685, una impresionante serie de decretos reales arrebata progresivamente a la comunidad protestante cualquier posibilidad de celebrar públicamente el culto, de ejercer un oficio o desempeñar un cargo público. Por añadidura, a partir de 1680 se les obliga a dar alojamiento a los hombres de guerra: así se empuja a los hugonotes a la tortura y la ruina o a la abjuración.

En octubre de 1685 la revocación del Edicto de Nantes es acogida con extraordinario entusiasmo por la inmensa mayoría de franceses. El templo de Charenton es derribado inmediatamente: sus ruinas son entregadas a las Nuevas Católicas. El cementerio de los hugonotes se cierra y se entrega a la misma orden. Entonces los protestantes entierran a sus difuntos en la llanura de Grenelle; pero el odio religioso sigue siendo tan fuerte que, en diciembre de 1685, grupos de católicos exhuman de noche, a la luz de las antorchas, los cadáveres enterrados el día anterior.

«Señalemos, además, que los personajes históricos son mucho más numerosos a medida que retrocedemos en el curso de los siglos, es decir, a medida que se conocen menos datos de ellos. Muy frecuente en la Antigüedad, el personaje histórico es bastante raro en la época contemporánea. Y esto se debe, sencillamente, a que para las épocas remotas les concedemos bastante gratuitamente un gran papel, por no poder conocer todos los actores y todas las causas actuantes. Se trata de un expediente cómodo, pero nada más que eso: un expediente. Hoy en día, la abundancia de informaciones nos impulsa a negar importancia de primer orden a los individuos, porque apreciamos demasiado bien su papel de figurantes. Sólo después de algún tiempo nos atreveremos a elevar a un individuo a la categoría de personaje histórico; pero esto ocurrirá des-

pués de que hayamos descartado o relegado a último plano los factores de su éxito»[40].

En resumen, una personalidad creadora, entusiasta de la acción, desempeña el papel de causa próxima: no puede explicar por sí sola el curso de los acontecimientos; pero si se introduce en una realidad social preexistente, puede provocar una transformación radical que engendre numerosos efectos. «Separado de su época, de su medio, de todas las contingencias que le permiten desempeñar su papel, el personaje histórico no sería nada. Llegado en el momento oportuno, llamado por las circunstancias, hallando el terreno magníficamente bien preparado, podrá utilizar sus cualidades personales al servicio de una causa, que él encarnará; pero necesita ayudas diversas, sobre todo la de la opinión pública, sin las cuales se limitaría, a actuar en el vacío. Por consiguiente, las causas profundas que le permiten actuar no residen en el poder de su personalidad, sino en la mismísima evolución histórica»[41].

Otra objeción que cabe hacer al determinismo histórico es la importancia que el azar tiene en la historia. El azar es la aparición de un hecho fortuito que se opone a las necesarias relaciones de los fenómenos y que desbarata la sucesión de acontecimientos previsibles. Hay quien lo considera causa trascendente y lo denomina «Destino», «Fortuna» o «Providencia». Ésta es la que dirigiría todos los acontecimientos de la historia hacia un designio que sólo Dios conoce. Pero la indeterminación pura no existe. No hay acontecimiento sin causa. El azar parece que es *un hecho no previsto surgido de la combinación de causas complejas, cuya conexión nos escapa y que son independientes unas de otras.* Henri Poincaré nos da un ejemplo de ello: «Un hombre va por la calle, a sus asuntos; quien estuviera enterado podría decir por qué motivo salió a tal hora, por qué pasó por tal calle. En un tejado trabaja un techador; el contratista que le da trabajo podría, en cierta medida, prever qué va a hacer. Pero el hombre no piensa en el techador, ni éste en el hombre; al parecer pertenecen a dos mundos completamente ajenos el uno del otro. Y sin embargo, a causa de un movimiento falso, al techador se le cae una teja, que mata al hombre; y no vacilaremos en decir que se trata de un azar»[42].

Pierre Vendryès señala «que cuando los hechos están *enlazados* unos con otros, sus relaciones son racionales; pero cuando son independientes

40. HARSIN, P.: *op. cit.*, págs. 138 y sig.
41. HARSIN, P.: *op. cit.*, págs. 139 y sig.
42. H. POINCARÉ, citado por SÉDILLOT, R.: *L'histoire n'a pas de sens* (Paris, 1965), pág. 134.

unos de otros, sus relaciones son *aleatorias*»[43]. Tomando como tema de estudio la expedición francesa a Egipto de 1798 a 1801, Pierre Vendryès coteja los hechos históricos con los conceptos probabilistas. Los protagonistas de esa expedición fueron Napoleón y Talleyrand, que prepararon un plan de acción lógico. «El primer factor de la historia es la acción, en grandísima parte autónoma, de los hombres»[44]. Pero la travesía del Mediterráneo por Bonaparte se realizó bajo el signo del azar. El jefe de la expedición a Egipto «que tenía fe en su estrella, contó con el azar para hacer posible el éxito de una empresa que era muy improbable por falta de posibilidades. Y, de hecho, una extraordinaria suerte compensó la ausencia de posibilidades. Osado hasta la temeridad, Bonaparte actuó por sorpresa y ganó contra toda probabilidad»[45]. En 1799, durante el viaje de regreso a Francia, Napoleón vuelve a confiar su suerte al azar. El éxito de esta nueva travesía modifica el curso de la historia.

Si ciertos azares (inundaciones, terremotos, marejadas altas, ciclones, etc.) actúan directamente sobre las colectividades, otros sólo actúan sobre las colectividades por mediación de los individuos (variaciones accidentales debidas a las combinaciones de la herencia, modo de actuar del medio). Blaise Pascal intenta demostrar que grandes acontecimientos pueden ser consecuencia de ínfimas casualidades cuando escribe: «Cromwell iba a asolar toda la cristiandad; la familia real estaba perdida mientras que la suya sería poderosa para siempre, si un granito de arena no se hubiera introducido en uno de sus uréteres. Incluso Roma iba a temblar bajo su poder. Pero esa arenilla se metió allí, él murió, su familia quedó abatida, todo en paz, y el rey volvió a ocupar el trono»[46].

En el desarrollo de la historia, a primera vista se diría que es el azar el que determina que un trono quede vacante, de lo que surge la Segunda Guerra de los Cien Años. Pero en ese conflicto el azar es sólo causa ocasional; en efecto, la rivalidad entre Francia e Inglaterra ya había provocado una larga serie de guerras antes del advenimiento de Felipe de Valois en 1328. Pero, ¿determina realmente el azar la suerte de una batalla? La victoria obtenida por Nelson sobre Brueys en Abukir, en 1798, ¿era fatal? Indudablemente, no. La suerte de la escuadra dependió en buena parte de Brueys, que permaneció inmóvil ante Abukir; pero el almirante francés hubiera podido adoptar una posición mejor en la bahía de Abukir, ganar Corfú o entrar en el puerto de Alejandría. Por lo tanto, la victoria

43. VENDRYÈS, P.: *De la probabilité en histoire* (Paris, 1952), pág. 10.
44. VENDRYÈS, P.: *op. cit.*, pág. 65.
45. VENDRYÈS, P.: *op. cit.*, pág. 82.
46. PASCAL, B.: *Pensées* (ed. Z. Tourneur), tomo II (Paris, 1943), pág. 163, n.º 427. Oliver Cromwell murió en septiembre de 1658; el rey Carlos II fue repuesto en mayo de 1660.

de Nelson, fuera cual fuera su probabilidad, podía no haberse dado [47]. Si el azar desempeña un papel en el desarrollo de los hechos históricos, no excluye la intervención de las fuerzas humanas individuales y colectivas. Y sin embargo, nos damos cuenta de que la historia no es inteligible por completo [48].

4. La exposición de los hechos

«Para un día de síntesis», decía Fustel de Coulanges, «se necesitan años de análisis». En cuanto al análisis, en las monografías eruditas el historiador se dedica a estudiar a fondo un suceso o una serie de sucesos que ocurren entre dos fechas determinadas y bastante próximas: basándose en un minucioso estudio de las fuentes, intenta reconstruir el pasado en toda su diversidad y complejidad. Dado que todas las afirmaciones deben probarse, es obvio que para corroborar el texto hay que ofrecer un aparato crítico de referencias bibliográficas y de documentos, así como, en caso necesario, discusiones de testimonios, todo ello para que el lector pueda acudir a las fuentes y comprobar las afirmaciones del autor. Si un punto queda oscuro, hay que decirlo: no debemos vacilar en reconocer que es imposible saber (los atestados de carencia son más frecuentes de lo que se cree).

Los *repertorios de hechos* (por ejemplo, Chevalier, U.: *Répertoire des sources historiques du Moyen Age*), los *diccionarios biográficos* (por ejemplo, en España, la *Enciclopedia de la Cultura Española*) o de *instituciones*, las *enciclopedias históricas* (por ejemplo, Pauly-Wissowa: *Real-Encyclopädie der klassischen Altertumswissenschaft*) contienen numerosísimos datos no sólo fechados y localizados, sino también avalados por las correspondientes referencias: se trata de obras que pertenecen al campo del análisis.

Los manuales científicos recogen los principales acontecimientos y las grandes corrientes de ideas en su estado actual y momentáneo. Se trata de síntesis, que suelen ir acompañadas de abundante bibliografía, cuyo fin es dar a conocer el conjunto de los progresos realizados, así como ofrecer la base para futuras investigaciones (por ejemplo, *Clio, Introduc-*

47. Cf. Vendryès, P.: *op. cit.*, págs. 82 y ss.
48. Cf. Callot, É.: *L'histoire et la géographie au point de vue sociologique* (Paris, 1957), pág. 173: «Cualquier explicación total y definitiva de la historia es y durante mucho tiempo seguirá siendo una hipótesis, quizás instructiva y seguramente seductora, pero indiscutiblemente problemática».

tion aux études historiques, colección fundada en 1934; *Nouvelle Clio. L'Histoire et ses problèmes*, colección creada en 1963 y dirigida por Robert Bautruche y Paul Lemerle [la última se está traduciendo al español]). Estas síntesis envejecen rápidamente y han de ser puestas al día y mejoradas en sucesivas reediciones .

Las *historias locales* son monografías que, a base de documentación original, estudian la evolución histórica de localidades determinadas [49].

Las *historias nacionales* exponen el conjunto de hechos generales de la historia de un país [por ejemplo, la excelente síntesis que constituye la *Introducción a la historia de España* de Ubieto, Reglá, Jover y Seco]. Señalemos que el objetivo de la historia nacional es afirmar la perennidad de la nación y ayudarla a descubrir su pasado con fines patrióticos y cívicos. Para justificar las actuales fronteras territoriales, traslada artificialmente las realidades del presente al pasado. Los límites de la historia de un país cambian, pues, a medida que se rectifican sus fronteras. Pero, como observa M. Reinhard, «si el marco territorial y cronológico delimita una nación, lo que la unifica es la toma de conciencia»[50].

La historia de Bélgica surge en 1830 con el nacimiento del Estado belga; el despertar de la conciencia nacional de flamencos y valones engendra hoy la historia de Flandes y la historia de Valonia[51]. Los nuevos programas de enseñanza procuran enlazar más la historia de Bélgica con la de las naciones vecinas, situándola en el marco de la historia universal. El concepto estático de estado nacional deja paso a una interpretación dinámica de la entitud cultural europea.

Las *historias universales*, verdaderas síntesis de monografías históricas, procuran condensar los acontecimientos, señalar los caracteres dominantes de los mismos y abarcar el conjunto de hechos en una evolución lo más continua posible. Es decir, coordinan los resultados de las monografías. Hoy suelen ser obras de colaboración en las que cada sección —verdadera monografía en sí— ha sido escrita por un autor distinto y, por

49. Los investigadores hallarán consejos y sugerencias prácticas en ARNOULD, M.-A.; BRUWIER, M.; DHONDT, J.; ROUSSEAU, F.; y VERCAUTEREN, F.: *Les travaux d'histoire locale. Conseils aux auteurs.* — «Pro Civitate», «Collection Histoire», serie en 8.°, n.° 1. — Bruxelles, ²1966.

50. REINHARD, M.: *L'enseignement de l'histoire et ses problèmes* (Paris, 1957), pág. 87.

51. VAN ROOSBROECK, F. (director): *Geschiedenis van Vlaanderen.* Bruxelles, 1936-1949, 6 vols.; *Études d'histoire wallonne*, que publica la Comission Historique de la Fondation Charles Plisnier, y de los que han aparecido 4 fascículos (I, IV, VI, IX), Bruxelles, 1965-1967. Véase sobre este tema STENGERS, J.: *Quelques notes sur la genèse et la conception de notre histoire nationale*, en «Mélanges Georges Smets» (Bruxelles, 1952), págs. 595 y sig.

consiguiente, ya no forma parte de una síntesis homogénea (por ejemplo, *L'Évolution de l'humanité, Synthèse collective*, fundada en 1920, por Henri Berr; *Peuples et civilisations*, colección iniciada en 1926 bajo la dirección de Louis Halphen y de Philippe Sagnac; *Histoire générale des civilisations*, creada en 1953 bajo la dirección de Maurice Crouzet; *Destins du monde*, colección fundada por Lucien Febvre y dirigida por Fernand Braudel; *Les grandes civilisations*, nueva colección dirigida por Raymond Bloch y dirigida tanto a los especialistas como a un público muy amplio). [De ellas existe traducción española, completa o en curso de publicación.]

En tales síntesis el peligro que corre el historiador es el de generalizar en amplias visiones de conjunto y permitir que la teoría domine sobre los hechos, lo cual ocasiona la deformación de la realidad vivida.

En cuanto a las obras históricas para el gran público, lo ideal sería simplificar, ilustrar y resumir de un modo claro y agradable los resultados de los trabajos áridos, enrevesados y a menudo pretenciosos de pura historia científica. En realidad, los polígrafos y los divulgadores profesionales suelen limitarse a estudiar de una manera apresurada y superficial unos cuantos trabajos de análisis recientes y a yuxtaponer sus resultados, a veces contradictorios, amasándolos con algunas ideas generales de cosecha propia. Por otra parte, dado que los gobiernos de los estados contemporáneos sacan de la historia principios de actuación política, algunos autores asalariados utilizan la historia para fines de propaganda partidista. Por último, los historiadores mismos cuando se dirigen al gran público suelen ser menos escrupulosos y más partidistas.

El verdadero historiador tiene la obligación de ser absolutamente sincero: no puede pecar ni por omisión ni por exageración. Su interpretación de los hechos debe basarse en una lógica rigurosa unida a la intuición y al sentido de las realidades. Debe abordar los documentos sin prejuicios, abstenerse de emitir juicios sobre los hechos y no dejarse influir por sus ideas filosóficas, religiosas, políticas y sociales. Así se explica que el estudio del fin de la democracia ateniense suscitara mucha pasión hasta 1930 aproximadamente. Si algunos historiadores franceses identificaban la democrática Atenas a una III República ideal, algunos eruditos alemanes hacían gala de un sereno desprecio por la *Advocatenrepublik* y no vacilaban en considerar a Filipo II de Macedonia como el precursor de Bismarck. Sin embargo, desde hace una generación, el aprovechamiento más exhaustivo de las fuentes epigráficas y de los textos jurídicos recogidos por las fuentes literarias ha brindado la posibilidad de apreciar las cosas con mayor exactitud, así como de destacar

ciertos aspectos económicos y sociales de la *polis* griega en el siglo IV a. de C.

El ideal de un historiador es que sea *imparcial*, cualidad básica que se ve robustecida por la perspectiva histórica. Evidentemente y como ya lo hemos indicado, esta imparcialidad no está exenta de cierta subjetividad, ya que la elección de los hechos y la luz que sobre ellos proyecta el historiador, siguen siendo función de su personalidad y de su medio social. Finalmente, debemos señalar que si tiene derecho a juzgar a los demás historiadores, éstos a su vez tienen el derecho de sostener una opinión distinta y de realizar una crítica objetiva de sus trabajos. En efecto, nunca debemos olvidar que todas las síntesis históricas son por naturaleza provisionales y conjeturales. Una recensión crítica siempre ha de ser mesurada y debe evitar los prejuicios, la ironía mordaz y la fatuidad ridícula.

5. La utilidad de la historia

La historia, que desde el siglo XVIII se enseña sistemáticamente en las humanidades clásicas, cumple una función evidente en nuestra cultura. En su forma elemental (simple exposición de los hechos de civilización) puede ser condenada por los moralistas tachándola de *curiosidad* egoísta. Cicerón afirma que la investigación histórica es simple curiosidad, a no ser que persiga un fin moral (*De Finibus*, V, 2, 6). Para Séneca el objetivo principal de la historia es el perfeccionamiento de las almas mediante la comunión con los sabios a través del tiempo. En el siglo XVII todavía, en su *Tratado de la concupiscencia* (VIII, 25), Bossuet critica «esta insaciable avidez de conocer la historia»: «¿Hay algo más inútil», escribe, «que detenerse tanto en lo que ya no existe, que buscar todas las locuras que han pasado por las mientes de un mortal, que recordar con tanto cuidado esas imágenes que Dios ha destruido en su Ciudad Santa, esas sombras que ha disipado, todo ese bagaje de vanidad que por sí solo ha vuelto a sumergirse en la nada de la que había salido?».

En la actualidad, el viejo concepto de la historia didáctica («la escuela de moral», «el Código del Bien y del Mal» basado en libros expurgados) ha prescrito ya, como ha ocurrido con el de la historia estética («la historia quiere gustar»). La obra histórica no es ni un alegato defensivo ni el informe de un fiscal. No justifica a nada ni a nadie. El «juicio de la historia» no existe: el éxito o el fracaso de un grupo o de un individuo no tiene ningún carácter moral. Por lo tanto, el historiador no debe «insistir como si quisiera deducir de los hechos culpabilidad o ino-

cencia. Éste no es su oficio»[52]. Cuando los sucesos expuestos por el historiador se refieren a un conflicto contemporáneo, en el que los elementos pasionales son legión, según J.-B. Duroselle «el autor ha de esforzarse en descubrir los objetivos, las intenciones, las motivaciones, las convicciones, incluso los mitos de cada una de las partes interesadas, sin acomodarlos a sus propios juicios de valor. No debe repartir reproches o elogios, ni declarar *ex cathedra* que fulano ha defendido la causa justa mientras que la del autor era injusta. Semejante actitud tendría dos defectos evidentes: supondría que existe un solo y único criterio objetivo de la justicia aceptado por los dos adversarios. Ahora bien, el hecho mismo de que exista un conflicto, y de que cada una de las partes crea sinceramente estar en lo cierto, presupone que dos concepciones distintas, una y otra subjetivas, se han enfrentado. ¿Qué moral universalista o qué teología moral sería capaz de decidir entre estas dos concepciones? Apenas entramos en la complejidad de lo concreto, los principios abstractos —en el supuesto de que tengan consistencia real— son de difícil aplicación. Por otra parte, ¿qué interés puede tener para la ciencia que un historiador emita juicios de valor? Sea cual sea su buena voluntad, es tan sólo un individuo entre la masa de los demás, y su opinión personal carece realmente de importancia. El autor no debe adoptar una actitud dogmática. Indignaría a todos con su suficiencia, y de este modo sacrificaría inútilmente su tarea esencial, *que es explicar*»[53].

El historiador, al igual que el etnólogo, pretende comprender y captar el hombre en su época y en su medio.

El conocimiento histórico desempeña un importante papel como fuente de inspiración de los temas de la literatura universal: «Roger Martin du Gard nunca habría imaginado el desenlace de *L'Éte 1914* si no hubiera conocido el suicidio histórico de Lauro de Bosis, ese joven italiano que, en 1932 o 1933, fue en avión a lanzar octavillas antifascistas sobre Roma y pereció en la empresa. ¿Y qué decir de Balzac? Sin Vidocq no existiría Vautrin, ni *Une ténébreuse affaire* sin el secuestro del senador Clément de Ris ocurrido en octubre de 1800; uno de los episodios más humanos de los amores entre Esther Gobseck y Lucien de Ru-

52. SIMON, A.: *Léopold Ier* (Bruxelles, 1963), pág. 149.
53. DUROSELLE, J.-B.: *Le Conflit de Trieste* (1943-1954), en «Centre européen de la Dotation Carnegie pour la Paix internationale. Études de cas de conflits internationaux» III (Bruxelles, 1966) ,pág. 11. Frente a ello, véase la opinión anticuada de HANOTAUX, G.: De *l'histoire et des historiens* (Paris, 1919), págs. 10: «La historia es una moral. Ella es la que basa el pacto social en el sacrificio. Es dueña y señora de príncipes y pueblos, trabaja sin descanso en distinguir el bien del mal; examina los actos humanos y separa la cizaña del trigo. Juzga. Es el tribunal en que reside la conciencia de las generaciones».

bempré deriva del que hubo entre Juliette Drouet y Víctor Hugo, etc. Esta característica no es exclusiva de los autores realistas: la imaginación de Stendhal nunca habría concebido *La Chartreuse* de no haber sido fecundada por una vieja crónica romana»[54]. Otro ejemplo: en mayo de 1906 François Mauriac asiste en Burdeos al proceso de Catherine Sabourin acusada de homicidio frustrado en la persona de su marido Émile Canaby. Las declaraciones del marido y de la suegra de la acusada, preocupados sobre todo por el honor de la familia, inducen al tribunal a decretar la absolución de Catherine Sabourin del cargo de envenenamiento. Veintiún años más tarde Mauriac saca de ese drama vivido su *Thérèse Desqueyroux.*

Nuestra curiosidad histórica es legítima, pues no puede negarse la fecundidad de la experiencia humana auténtica y multiforme en sus aspectos personales y colectivos. Indudablemente la historia enriquece nuestra conciencia interior mediante la recuperación de valores culturales del pasado. «Veamos el ejemplo de la música, por no hablar de las artes plásticas en las que Malraux se basta sobradamente: compárese lo reducido del repertorio a que debía limitarse un aficionado como Stendhal (en líneas generales: de Mozart a Rossini) con la amplitud del campo en el que nuestra elección retoza sin esfuerzo: en mi infancia Bach se hallaba todavía en la frontera que separaba el arte 'antiguo' de la música moderna; hoy está en el centro de un repertorio que ha crecido desmesuradamente; hemos recuperado toda la polifonía del Renacimiento y sus orígenes medievales, las melodías de los trovadores o de los Minnesinger, por no hablar de todos los compositores que han venido a llenar períodos mal conocidos (así, para la música francesa del período clásico, antes pasábamos de Lulli a Rameau: hoy hemos descubierto a Charpentier y Lalande, etc.»[55].

En historia del arte, para reconstruir la verdadera personalidad de un artista y establecer el catálogo de sus obras es indispensable recurrir a los documentos archivísticos (actas del registro civil, libros de cuentas, inventarios, actas notariales de partición de herencias, etc.). Ello lo demuestra el hermoso estudio del doctor F. Sluys: *Didier Barra et François de Nome dits Monsu Desiderio* (Paris, 1961): el descubrimiento de una inscripción al dorso de un cuadro del museo San Martino de Nápoles, *Vista panorámica de Nápoles,* atribuido a Monsu Desiderio, ha dado a conocer el nombre y el lugar de origen de Didier Barra y ha ocasionado el descubrimiento de varios documentos archivísticos, con los cuales puede disociarse su obra de la de otro pintor de Metz, François de Nome.

54. MARROU, H.-I.: *De la connaissance historique* (Paris, ‘1960), págs. 249 y ss.
55. MARROU, H.-I.: *op. cit.,* pág. 252.

Por lo tanto, la historia es necesariamente una ciencia auxiliar del pensamiento puesto que proporciona abundantes materiales a nuestra imaginación creadora. Como ha señalado H.-I. Marrou, «la toma de conciencia histórica produce una verdadera *catarsis*, una liberación de nuestro inconsciente sociológico análoga a la que, en el terreno psicológico, intenta conseguir el psicoanálisis»[56]. En resumen, gracias a la historia el hombre se libera del peso de su pasado.

Además, el historiador le proporciona al hombre una verdadera experiencia de la vida, gracias a la cual puede enriquecer su pensamiento en un constante paralelismo de las diferencias y analogías entre el pasado y el presente. El hombre de acción introducirá este pensamiento, más intenso y más rico, en la realidad con el fin de *construir* el futuro.

Sin embargo, si el pasado explica el presente y viceversa, no nos explica el futuro, pues éste supera la capacidad del entendimiento humano y queda indeterminado. En efecto, nos hallamos ante combinaciones, quizás infinitas, de factores que engendran conjuntos de hechos demasiado complejos para que se reproduzcan exactamente; las relaciones causales son inseguras; las semejanzas con el presente son parciales, huidizas o fortuitas; nuestros conocimientos son limitados y la casi totalidad del universo nos escapa. Si a corto plazo podemos captar ciertas tendencias de la evolución histórica (por ejemplo, el éxodo rural y la concentración urbana), nada nos autoriza a creer que esos movimientos proseguirán indefinidamente: a largo plazo, las poblaciones podrán o concentrarse aún más en las ciudades o diseminarse de nuevo por el campo. Cuando reflexionamos sobre el futuro, la expectativa se coloca fuera de la historia[57]. Por consiguiente, es inútil esperar, como los eruditos de la época romana, que lleguen a enunciarse leyes que permitan prever el futuro y que regulen nuestra conducta futura según la que siguieron antaño, en otras circunstancias, nuestros predecesores: el devenir es irreversible y la historia no es un «eterno retorno».

«La historia no puede encerrarse en adagios proféticos, ni para el pasado ni para el futuro; y menos aún en fórmulas matemáticas. No pertenece ni a Nostradamus, ni a Karl Marx ni a los algebristas»[58].

La historia da al hecho humano su dimensión en el tiempo; proporciona los antecedentes y los datos de un gran número de problemas actuales y se ocupa de volver a colocarlos en su contexto; da el sentido

56. MARROU, H.-I.: *op. cit.*, págs. 273 y ss.
57. FOURASTIÉ, J.: *Les 40 000 heures* (Paris, 1965), pág. 246, observa acertadamente que la previsión o la expectativa, désele el nombre que se quiera, «no sirve para decir de antemano qué habrá de ocurrir necesariamente, sino para que los hombres puedan tomar conciencia de lo posible, abrir al máximo sus facultades de elección, de decisión, de acción sobre la realidad».
58. SÉDILLOT, R.: *L'histoire n'a pas de sens* (Paris, 1965), pág. 181.

de la continuidad, desarrolla el espíritu crítico de discernimiento y la reflexión, permite conocer mejor al hombre y enseña la relatividad de todas las cosas. Como le gustaba repetir a Lucien Febvre, «la historia es la vida».

El historiador debe ser sabio y hombre a la vez, lazo de unión entre el pasado y el presente. Dado que la investigación histórica, que avanza sin descanso por medio de análisis y de síntesis, es indefinida, hay historiadores que no consiguen acabar sus investigaciones. «Pensemos, por ejemplo, en un hombre como Lord Acton que, después de haber dedicado tantos años de trabajo a preparar una gran historia de la idea de libertad, no ha dejado más que una enorme cantidad, pero informe, de materiales, notas, fichas y apuntes casi inutilizables, según puede comprobarse examinando sus manuscritos que se conservan en la biblioteca de Cambridge»[59].

Al contrario, el historiador ha de procurar transmitir su saber a la humanidad: no sólo es profesor e investigador, sino también escritor, y por eso debe cuidar tanto de la forma como del fondo. Ha de evitar los efectos puramente literarios, las frases ampulosas y la falsa «conceptualización» y, con estilo conciso, sobrio y directo, debe hallar la expresión justa para exponer su conocimiento del pasado sin mutilarlo[60]; debe, sobre todo, insistir en sus descubrimientos, que habrán de enriquecer la cultura de sus coetáneos.

La moda de los concursos de televisión y de las revistas ilustradas pseudohistóricas, el enorme éxito de las *Memorias* y de las biografías noveladas de grandes personajes demuestran que las masas sienten profunda necesidad de historia, necesidad que se basa en la curiosidad por el pasado y en el deseo de emoción. Si quiere evitar que se ensanche el foso entre la cultura de las «masas» y la de las «élites», el historiador no puede aislarse en una torre de marfil ni desinteresarse de la divulgación histórica, contentándose con redactar trabajos esotéricos por no decir ilegibles.

Como bien dice H.-I. Marrou, «es preciso que los historiadores profesionales cobren conciencia de sus limitaciones y asuman de una vez su responsabilidad. La historia queda demasiado relegada entre las manos de los especialistas, no consigue salir de los talleres de fabricación:

59. MARROU, H.-I.: *Comment comprendre le métier d'historien*, en «L'histoire et ses méthodes» (Paris, 1961), pág. 1535.

60. Cf. MARROU, H.-I.: *Théorie et pratique de l'histoire. Troisième chronique de méthodologie historique*, «Revue Historique» (Paris), CCXXXIII (1965), pág. 170: «No debemos olvidar que hoy en día elegir una ilustración, preparar un mapa, un esquema, una gráfica, entran con el mismo derecho que la música de la frase en este concepto de una adecuación perfecta de la expresión con la verdad elaborada por la investigación».

el historiador escribe para sus colegas, los demás historiadores, investigadores como él, o bien para sus semicolegas, los profesores de historia, o bien para sus futuros colegas, los estudiantes que se especializan en historia. Pidámosle que se dirija a un público más amplio, más vasto»[61]. En este nuestro siglo de democratización se necesitan libros históricos de buena divulgación para inducir a los individuos a comprender más que a recordar, para poner al alcance de todos aquello que puede enriquecer la cultura, para precisar el papel de los hombres en la sociedad y para depurar el sentido de lo humano.

61. MARROU, H.-I.: *Comment comprendre le métier d'historien*, pág. 1538.

BIBLIOGRAFÍA GENERAL

ANTONI, C.: *L'historisme* (traducido por A. Dufour). — «Travaux d'histoire éthico-politique» (Genève), I (1963).

ARIÈS, PH.: *Le temps de l'histoire.* — Monaco, 1954.

ARON, R.: *Introduction à la philosophie de l'histoire. Essai sur les limites de l'objectivité historique.* — Paris, [8]1948.

ARON, R.: *Dimensions de la conscience historique.* — Paris, 1961.

BERR, H.: *La synthèse en histoire. Son rapport avec la synthèse générale.* — Paris, 1953, nueva edición.

BLOCH, M.: *Apologie pour l'histoire ou métier d'historien.* — Paris [6]1967. [Traducción española con el título *Introducción a la Historia.* — México, 1957.]

BOURDEAU, L.: *L'histoire et les historiens. Essai critique sur l'histoire considerée comme science positive.* — Paris, 1888.

CALLOT, É.: *L'histoire et la géographie au point de vue sociologique.* — Paris, 1957.

CALLOT, É.:*Ambigüités et antinomies de l'histoire et de sa philosophie.* — Paris, 1962.

CHATELET, F.: *La naissance de l'histoire. La formation de la pensée historienne en Grèce.* — Paris, 1962.

DARDEL, É.: *L'histoire, science du concret.* — Paris, 1946.

EHRARD, J.; y PALMADE, G. P.: *L'histoire.* — Collection U. — Paris, 1964.

FEBVRE, L.: *Combats pour l'histoire.* — Paris, 1953. [Traducción española. Barcelona, 1970.]

FEBVRE, L.: *Pour une histoire à part entière.* — Paris, 1962.

FUETER, ÉD.: *Histoire de l'historiographie moderne.* — Traducción de E. Jeanmaire. — Paris, 1914.

HALÉVY, D.: *Essai sur l'accélération de l'histoire.* — Paris, 1948.

HALKIN, L.-E.: *Éléments de critique historique.* — Liège, [3]1966.

HALKIN, L.-E.: *Critique historique.* — Liège, [5]1962.

HALPHEN, L.: *Introduction à l'histoire.* — Paris, [8]1948.

HANOTAUX, G.: *De l'histoire et des historiens.* — Paris, 1919.

HARSIN, P.: *Comment on écrit l'histoire.* — Liège, [7]1963.

L'histoire et l'historien, en «Recherches et Débats du Centre Catholique des Intellectuels Français», 47 (Paris, 1964).

L'histoire et ses méthodes, bajo la dirección de Ch. Samaran. — Encyclopédie de la Pléiade, XI. — Paris, 1961.
L'histoire et ses interprétations. Entretiens autour de Arnold Toynbee, bajo la dirección de R. Aron. — Paris, 1961.
L'histoire, science humaine du temps présent. — «Revue de Synthèse» (Paris), LXXXVI (1965).
HOURS, J.: *Valeur de l'histoire*. — Paris, 1954.
LACOMBE, P.: *De l'histoire considérée comme science*. — Paris, ²1930.
LANGLOIS, CH.-V.; y SEIGNOBOS, CH.: *Introduction aux études historiques*. — Paris, ⁵1902. [Traducción española de Domingo Vaca (Madrid, 1913).]
MARROU, H.-I.: *De la connaissance historique*. — Paris, ⁴1960. [Trad. española. Barcelona, Ed. Labor, 1968.]
MORAZÉ, CH.: *Trois essais sur histoire et culture*. — Paris, 1948.
MORAZÉ, CH.: *La logique de l'histoire*. — Paris, 1967.
Raisonnement et démarches de l'historien. — «Revue de l'Institut de Sociologie» (Bruxelles), núm. 4 (1963).
REINHARD, M.: *L'enseignement de l'histoire et ses problèmes*. — Paris, 1957.
RICŒUR, P.: *Histoire et vérité*. — Paris, ²1955.
SÉDILLOT, R.: *L'histoire n'a pas de sens*. — Paris, 1965.
VENDRYÈS, P.: *De la probabilité en histoire*. — Paris, 1952.
WIDGERY, A G.: *Les grandes doctrines de l'histoire. De Confucius à Toynbee*. Paris, 1965.

ÍNDICE

PRESENTACIÓN, *por Manuel Riu* 5

INTRODUCCIÓN 11

I. Conocimientos previos al trabajo histórico 35

A. CONCEPTOS PRINCIPALES 35
1. El concepto de verdad histórica 35
2. El concepto de hecho histórico 37
3. El concepto de documento histórico 39

B. LA BÚSQUEDA DE DOCUMENTOS (HEURÍSTICA) 40

1. La búsqueda de los documentos inéditos 41
a) *Conservación de los documentos*, 41, — b) *Centralización de los documentos*, 43. — c) *Inventario de los documentos*, 46.
2. La búsqueda de los documentos impresos 46
3. La búsqueda de documentos grabados 49
a) *Los archivos sonoros*, 49. — b) *Los archivos fotográficos y los archivos de películas*, 50.

C. LAS CIENCIAS AUXILIARES DE LA HISTORIA 53

II. El método crítico 71

A. LA CRÍTICA EXTERNA O CRÍTICA DE AUTENTICIDAD 71
1. La crítica de procedencia 72
2. La crítica de restitución 81

B. LA CRÍTICA INTERNA O CRÍTICA DE CREDIBILIDAD 89

1. La crítica de interpretación 90
2. La crítica de competencia 97
3. La crítica de sinceridad 102

4. La crítica de exactitud 108
5. La verificación de los testimonios 112

III. La síntesis histórica 125

1. La agrupación de los hechos 125
2. La interpretación de los hechos 133
3. La explicación de los hechos 138
4. La exposición de los hechos 147
5. La utilidad de la historia 150

BIBLIOGRAFÍA GENERAL 157

En esta colección:

Elementos y técnica del trabajo científico. D. Romano.
Classificació decimal. Adaptació per a les biblioteques catalanes. J. Rubió.

El lenguaje. J. Roca Pons
Introducción a la gramática. J. Roca Pons
Introducción en la lingüística teórica. J. Lyons
Introducción en la lingüística matemática. S. Marcus, E. Nicolau, S. Stati.

Introducción a la historia. J. Reglá
Historia y crítica. P. Salmon
Lecciones de prehistoria. A. Arribas
Manual de arqueología medieval. De la prospección a la historia. M. de Boüard y M. Riu
Lecciones de historia medieval. M. Riu
Textos comentados de época medieval (siglos V al XII). M. Riu y colaboradores
Textos, mapas y cronología de historia moderna y contemporánea. E. Giralt, R. Ortega, J. Roig
Historia de España. Ubieto, Reglá, Jover, Seco
La Península en la Edad Media. J. L. Martín
Historia de las doctrinas económicas. L. Beltrán

Teoría de la probabilidad. K. Krickeberg
Espais de probabilitat finits. E. Bonet, G. Ferrater
Introducción al espacio de Hilbert. S. K. Berberian
Espacios vectoriales topológicos. H. H. Schaefer

El pH en medicina. W. R. Frisell

Editorial Teide - Barcelona